Amor con Cautela



EVERALDA OCAMPO

AMOR, CON CAUTELA

Una historia de Pilsen

Libro 4

EVERALDA OCAMPO

Derechos de autor © **2024 Everalda Ocampo**

Diseño de portada: KC & G

Editora: Isabel Pettibone

Correctora: Anuradha Raj

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin el permiso escrito de la autora, excepto para la inclusión de breves citas en reseñas.

Este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, establecimientos, organizaciones e incidentes son productos de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

www.everaldaocampo.com

Por el AMOR.

El poder, la fuerza, la energía de el amor.

Este es para ti.

Índice

Spotify Playlist
Pilsen, Chicago
Advertencia de Contenido

Prólogo
1. Ella se lo merecía…
2. Hermanos y hermanas
3. El Chisme
4. La Loteria
5. El Valiente
6. Raíces y revelaciones
7. Rosas
8. El chat grupal familiar
9. Estoy en un barco
10. Nuestros padres
11. Una indicación
12. Un triángulo no tiene centro (done)
13. Nombres que empiezan con M
14. De vuelta a ti
15. Algo bueno
16. Vale la pena intentarlo
17. Sentimientos encontrados
18. Nuestro Hogar
19. El Amor
20. La Razón

Otras Obras de Everalda Ocampo
Acerca del Autor

Spotify Playlist



Cada canción corresponde con el capítulo numerado.
Para escuchar la playlist, haz clic aquí:
The Spotify Playlist

Prologue. It's Gonna Be Me – N'Sync

1. get him back – Olivia Rodrigo

2. The Way – Ariana Grande, Mac Miller

3. Sour Candy – Lady Gaga, Black Pink

4. Total Eclipse of the Heart – Bonnie Tyler

5. Kiss Me – Sixpence None The Richer

6. Despacito – Luis Fonsi, Daddy Yankee, Justin Bieber

7. The Name of the Game – Abba

8. I Feel it Coming – The Weekend

9. Out Of My Head – Fastball

10. How to Love – Lil Wayne

11. Know that I Know – Lakestreet Dive

12. Only Girl In The World – Rihanna
13. Give Your Heart A Break – Demi Lovato
14. Wonderwall –Oasis
15. As Long As You Love Me – Backstreet Boys
16. Try A Little Tenderness – Otis Redding
17. I Choose You – Sara Bareilles
18. Canta Corazon – Alejandro Fernandez
19. Eres Mi Religion – Mana, Joy
20. I’m The One – Dj Khaled, Justin Bieber, Lil Wayne

Pilsen, Chicago

Pilsen, Chicago

Los libros se pueden leer de forma independiente, pero este es el orden de la serie. <3

•*Libor 1*: Sigueme Por Siempre (Daisy y Michael)

•*Libro 2:* Hoy y Ayer (Alex y Carlos)

•*Libro 3:* Destino o Deseo (Judit y David)

•*Libro 4:* Amor, Con Cautela (Mari y Marcos)

•*Libro 5:* La Caridad en el Amor (Sophia y Leo) - *Mar 16, 2025*

•*Libro 6:* Hacia un Sitio (Kate y Kris) - *Mayo 4 2025*

•*Libro 7:* Dentro del Corazón *(*Javy y ?) - *Nov 8 2025*

•*Libro 8:* El Caos del Corazón (Anthony y ?) - *Enero 18, 2026*

Cada historia en esta serie de pueblo pequeño es independiente y termina con un final feliz.

Sin embargo, todas están entrelazadas.

Pilsen, un barrio en el corazón de Chicago, sirve como telón de fondo para partes de esta historia y muchas otras que contaré. Es un lugar rico en cultura, con increíbles restaurantes y el Museo Nacional de Arte Mexicano.

El Pilsen de mi historia ha experimentado transformaciones significativas, al igual que su contraparte en el mundo real desde la década de 1970. La zona ha evolucionado y está cambiando incluso ahora, especialmente con la introducción de una universidad y la

construcción en East Pilsen.

Mi conexión personal con Pilsen es profunda: crecí en el límite de Pilsen y Little Village. Mis padres vivían allí, a cuadras de distancia, antes de encontrarse. Mi papá trabajaba allí, y mi hermana actualmente trabaja allí.

Para aquellos familiarizados con Pilsen, podrían notar diferencias entre la realidad y la versión que he creado.

Esto es intencional.

Para citar a mi amigo KC, "Hace una mejor historia."

Así que, aunque inspirado en la verdadera esencia de Pilsen, lo he reinventado para adaptarlo a mis historias, inventando negocios y ajustando el escenario según sea necesario. Esta libertad creativa me permite crear un Pilsen que, aunque arraigado en la autenticidad, es único para mí.

¡Invito tus comentarios y pensamientos sobre el mundo que he creado o cualquier cosa en realidad!

Envíame un correo electrónico a everaldocampo@gmail.com o visítame en everaldaocampo.com.

También estoy en todas las redes sociales, solo busca everaldaocampo.

Advertencia de Contenido

Advertencia de Contenido para la Historia de Judit y David

Este libro está dirigido a un público de 18 años en adelante.

Esta historia se trata sobre perder la virginidad/un fin de semana de sexo. Contiene descripciones explícitas de encuentros sexuales y lenguaje fuerte.

¡Es candente, con mitad sexo y mitad historia! ¡Es breve! ¡Es una aventura!

Aunque mi intención fue escribirlo desde un lugar de diversión ligera, entiendo que cada persona puede tener una experiencia diferente con estos temas.

Animo a los lectores a cuidar de su bienestar emocional mientras leen esta historia.

Prólogo

HACE 16 años

Marcos

Marcos López pedaleaba su bicicleta por las calles de Pilsen, mientras la brisa alborotaba su cabello negro.

A los doce años, la vida era perfecta. Amaba a su familia, las clases de ciencias con la siempre entusiasta Sra. Robbins y, sobre todo, aprender sobre el ciclo de vida de los árboles. Para él, era algo mágico contemplar cómo aquello que parecía desnudo y sin vida en invierno podía estallar en color y vitalidad en primavera.

Había releído su copia con las esquinas dobladas de "Todo sobre las plantas" unas quince veces y estaba convencido de que los árboles eran los verdaderos superhéroes, transformando el mundo en silencio. Se comunicaban a través de sus raíces, ¡como una red secreta!

Siempre que veía árboles, imaginaba que chismeaban como su familia, y eso le sacaba una sonrisa. Las plantas y los superhéroes eran su fascinación. Por eso le encantaba Swamp Thing, el héroe de cómic que aprovechaba el poder de las plantas para proteger el medio ambiente. Había algo realmente inspirador en eso.

Su hermana de ocho años, Daisy, odiaba a los superhéroes.

"Todo es pura fantasía", había gritado ayer, molesta, mientras discutían sobre qué ver. "¿Quién querría vivir en un mundo lleno de superhéroes, Marcos? Seríamos gente normal tratando de llegar a tiempo al trabajo, y de repente una batalla cualquiera se nos atravesaría. ¡Eso da miedo!"

Marcos sacudió la cabeza.

"¿Pero y si fueras la heroína que ayuda a la gente?", preguntó, sin poder entender su punto de

vista. ¿Quién veía algo con héroes y se veía como alguien común? Daisy se rió.

Mientras pedaleaba por calles salpicadas de luz, su mente regresó a las palabras de Daisy. Ella lo amaba, aunque no lo entendiera.

Pero todos tenían profundidades ocultas, igual que los árboles con sus redes invisibles bajo tierra. Había visto a gente defender lo correcto, igual que los superhéroes. Gente normal.

Sacudió la cabeza, esbozando una sonrisa. Le mostraría que estaba equivocada. Empezaría un cuaderno, como su diario de ciencias, catalogando el heroísmo cotidiano.

Una prueba de que incluso en Pilsen había héroes caminando entre ellos.

La tienda de abarrotes familiar apareció a la vista, el toldo verde era un consuelo mientras se acercaba a la cuadra donde vivía su familia. Al aproximarse, un destello de movimiento captó su atención.

Su prima Judit, con el rostro surcado de lágrimas, estaba acorralada por dos chicas.

Sin pensarlo dos veces, dio la vuelta con su bicicleta. Al acercarse, pudo escucharlas.

“¡Basta!”, gritó Judit López, con la voz entrecortada por las lágrimas.

Los niños a su alrededor eran implacables, cantando la música de Porky Pig y soltando apodos crueles.

“¡Estás tan gorda, Judit!”, se burlaban.

De repente, una voz resonó desde atrás.

Marcos giró y vio a Mari Ortega, una niña de su clase a la que sus primos temían.

Ella salió de la tienda con una mirada decidida.

“¡Sólo le tienen envidia!”, declaró Mari. “Judit es inteligente, hermosa y amable. Mientras ustedes se confunden con ‘ellos’ y ‘allí’, ella estará escribiendo libros. ¡Deberían desear ser como ella!”

“¿Y a ti qué te importa?”, soltó una de las chicas, haciendo un gesto despectivo. “Vámonos, Mari.”

Los ojos de Mari brillaron con determinación mientras se plantaba frente a ellas.

“Quiero a las personas más inteligentes y atractivas a mi alrededor”, dijo, su voz firme y segura. “Eso me hace mejor. Inténtenlo algún día.”

“Ufff, Mari, qué tontería”, se burló otra chica.

Marcos observó cómo Mari mantenía su mirada al frente, con la barbilla alzada.

“No lo inventé yo; lo decía Naomi Campbell”, aclaró Mari. “Ahora lárguense antes de que llame a mi papá. Él está en la tienda.”

Marcos contempló, impresionado, cómo las chicas se dispersaban.

De pronto, Judit abrazó a Mari. Mari se puso tensa un segundo antes de relajarse, alejándose luego con evidente incomodidad ante la muestra de afecto.

Marcos nunca había pensado en Judit como “más grande”; simplemente no era tan delgada como Daisy o Mari. Pero los niños podían ser crueles, enfocándose en diferencias irrelevantes.

Sin saber qué decir, se bajó de su bicicleta y se acercó con cautela.

“Oye, Judit, ¿estás bien?”, preguntó con preocupación.

Volteó hacia Mari y añadió:

“Mari, ¡eso fue increíble!”

Mari le dedicó una pequeña sonrisa e intercambió una mirada con Judit.

Judit, siempre pacificadora, se volvió hacia él con una sonrisa que intentaba ocultar sus lágrimas.

“Estoy bien, Marcos. Sólo estaban siendo raras. Mi cuento salió en el periódico y el de ellas no. Eso es todo”, dijo, encogiéndose de hombros, su voz algo tensa.

Marcos no estaba convencido. Sacudió la cabeza.

“Estaban siendo unas… bueno, unas perras”, murmuró, cuidando que ningún adulto lo escuchara.

Judit asintió con tristeza.

“Sí, pero ¿no es así la mayoría de la gente?”

Mari avanzó y rodeó con un brazo protector el hombro de Judit.

Con una mirada firme hacia Marcos, Mari dijo:

“A nosotras nos basta, Marcos. Poder femenino. Ya se pueden ir.”

Marcos las vio alejarse, con los brazos entrelazados en una silenciosa muestra de solidaridad. Su mente se dirigió a los árboles que bordeaban la calle, sus ramas meciéndose con la brisa.

Algo desanimado, Marcos murmuró una disculpa.

“Sí, claro. Nos vemos en la escuela, Mari. Te llamo luego, Judit”, dijo mientras daba la vuelta con su bicicleta.

Judit se despidió con la mano; Mari lo ignoró. El viento golpeaba su cabello mientras pedaleaba con más fuerza, pero no bastó para calmar el calor que sentía en el pecho.

El rostro de Mari inundaba sus pensamientos: sus ojos castaño oscuro, la determinación de su barbilla, la forma en que sus palabras habían silenciado a las bullies como un hechizo.

Era una heroína de todos los días, la primera entrada de su nuevo cuaderno. Pensó en las páginas gastadas de “Todo sobre las plantas”, en cómo había trazado detallados diagramas de los sistemas de raíces, maravillándose con las conversaciones silenciosas que ocurrían bajo tierra.

Mientras estacionaba la bicicleta y entraba a su casa, se preguntó sobre las profundidades ocultas

de Mari.

¿Qué la hacía tan intrépida? ¿Tan dispuesta a defender a alguien más? ¿Habría defendido a Judit?

No estaba seguro. Pero Mari lo había hecho, había actuado como en los cómics que tanto leía. Quería entender a Mari como entendía a los árboles: cada raíz intrincada y secreta que les daba fuerza y resistencia.

Una nueva curiosidad echó raíces en su interior. El principio del amor brotaba en su corazón, igual que los árboles que tanto admiraba.

Se escondía dentro de él, asomando en los momentos más inesperados.

UNO

Ella se lo merecía...

"EL CAMINO DEL AMOR VERDADERO NUNCA HA SIDO FÁCIL." - WILLIAM SHAKESPEARE

MARI

El ruido del motor se apagó, y el repentino silencio pareció espesar el aire. Javier bajó la mirada hacia los pies de Mari Ortega, frunciendo el ceño.

"¿Puedes caminar con esos tacones?", preguntó, mezclando desaprobación y fastidio.

Mari lo encaró con la barbilla en alto, desafiándolo. "Están bien, Javier. Claro que puedo. Podría hasta correr un maratón con estos." Para subrayar sus palabras, golpeó el suelo con un tacón, esbozando una sonrisa pícara y guiñándole un ojo.

Javy —como a él no le gustaba que le dijeran— asintió con rigidez y salió de la camioneta. Rodeó el vehículo y le abrió la puerta con una sonrisa forzada. "¿Necesitas ayuda?"

Ignorándolo, Mari saltó con facilidad de la camioneta y sonrió ampliamente. "¿Ves? Te dije que podía."

"Tú ganas, Mari. Siempre ganas", respondió Javy con un tono seco, sin un ápice de entusiasmo.

Empezó a caminar con zancadas largas, obligándola a acelerar el paso para seguirle el ritmo. Al otro lado del estacionamiento, el parque en Pilsen hervía de actividad, vibrante con la multitud reunida para la barbacoa familiar de su mejor amiga, Judit López. Celebraban la llegada de un nuevo bebé o tal vez un bautizo; a Mari no le importaba mucho. Con su historia con los López, dudaba pasarla bien.

Al acercarse al parque, Mari notó cómo el pasto firme bajo sus tacones resultaba un alivio. Observó las miradas de las mujeres dirigidas a Javy mientras saludaban a medio mundo. Era impactante: alto, delgado, con un físico atlético, ojos color avellana que viraban a verde con la luz y el cabello castaño claro revuelto con un encanto descuidado. Sí, era atractivo.

Llegaron a la mesa de las bebidas. Javy le ofreció una botella de agua y bebió un sorbo de la suya antes de decir: "Quiero ir a saludar a David a solas. ¿Estás bien aquí? Tengo algunas

preguntas para él."

Mari forzó una sonrisa. "Claro. Voy a buscar a Judit. Avísame cuando termines."

David era el abogado de Javy y uno de sus buenos amigos; también socio de Judit. Javy asintió y se fue, dejándola sola en un evento al que ni siquiera quería asistir. Típico de él.

"¿Cuándo entenderá que odio estar sola con la familia López?" se preguntó Mari. Probablemente el mismo día que notara lo mucho que le chocaba su camioneta, o el desorden en su departamento, o su forma de vestir tan relajada —playeras y jeans en lugar de camisas de vestir —. Además, le molestaba que insistiera en el nombre “Javy” en vez de Javier. Detalles, detalles.

Tenía casi veintinueve años y salir con Javy, tres años menor, era diferente a sus relaciones pasadas con empresarios seguros de sí mismos, que sabían lo que querían y lo presumían sin reparos. Javy, en cambio, era más relajado y no se obsesionaba con hacer crecer su dinero ni con demostrar nada.

Resignada, tomó otro trago de agua y miró la hora en su teléfono: las cuatro de la tarde. Tenía hambre y Javy no se había ofrecido a traerle nada. La decepción la invadió. ¿No se suponía que eran equipo?

Lo buscó con la mirada y lo encontró hablando con Abby López, prima de Judit. Frunció el ceño. "¿No dijo que iba con David? ¿Qué hace con Abby?" Intentó aplicar las técnicas de calma mental que escuchaba en podcasts, pero no funcionaron.

Abby se reía con Javy y le tocaba el brazo. Mari sintió un nudo en el estómago, mezcla de celos y fastidio. Javy ya no se reía así con ella. Antes de que pudiera hacer algo, una mano apretó su hombro.

Era Judit, su mejor amiga, radiante con su vestido verde azulado.

"Relájate, Mari. Solo platican", dijo con suavidad. "No pasa nada."

Mari siguió mirando más allá de Judit, viendo la mano de Abby sobre el brazo de Javy. El calor subió por su cuello.

"¡Pero, Judit, lo está agarrando!", soltó, furiosa.

Tito, el tío de Judit, lanzó una carcajada y alzó su cerveza en un saludo burlón.

"Órale, Flaca, ve por tu hombre", se mofó.

El apodo "Flaca" le hervía la sangre a Mari. Odiaba que los López la llamaran así, como si fuera un defecto. Judit suspiró, le quitó la botella de agua a Mari y la llevó a un lado.

"Mari, es Abby. Ella tiene novia, relájate", insistió Judit. "Respira."

Mari sabía que Judit tenía razón, pero eso no calmaba su rabia. Abby siempre la había sacado de quicio desde la primaria, cuando competían por los mismos papeles en las obras escolares.

"¡Lo hace a propósito!", espetó Mari. Sin escuchar a Judit, caminó con determinación hacia Abby y Javy. Se sintió triunfante cuando Abby al verla dio un paso atrás, quitando la mano del hombro de Javy. Él se giró, con el ceño fruncido.

"Mari", dijo Javy, pero Abby lo interrumpió con falso desinterés:

"Hola, Mari. Solo charlábamos. ¿No te sientes sexy con eso?" Abby señaló el atuendo de Mari con fingida preocupación. Luego miró sus tacones. "Ay, tus tacones están hechos polvo. Seguro te salieron caros, ¿no?"

Mari entrecerró los ojos, molesta por el tono de Abby, y forzó una sonrisa sarcástica:

"Todo bien, Abby. ¿Y tú qué onda? ¿Qué has estado haciendo?"

Pasó un brazo alrededor de los hombros de Javy, consciente de que a él no le gustaba esa clase de contacto en público, pero dispuesta a marcar su territorio. Javy se tensó.

"¿Estás aquí sola otra vez?" continuó Mari, con tono dulce pero filoso. "Escuché lo de tu ruptura con Allison. Lástima."

Todos sabían que las relaciones de Abby no duraban nada, y a Mari le encantaba recordárselo. La sonrisa de Abby titubeó antes de recuperarse.

"Estoy bien, gracias. El museo va genial y estoy aquí con mi novia, Elaine."

La sonrisa de Mari se endureció. Fingir con Abby la agotaba.

"Me alegra", dijo con una voz tensa. "Disculpa, pero Javier y yo necesitamos un poco de privacidad. Deberías ir con tu novia. Hay que aprovechar el tiempo, ¿no?"

Se le escapó una risita burlona al final.

Abby se alejó con una risa forzada, y Mari sintió una breve victoria. Abby: cero, Mari: uno.

Pero cuando volteó hacia Javy, esa sensación se esfumó. Él la miraba con una emoción indescifrable.

"Eso estuvo de más, Mari. Ya no puedo con esto", dijo Javy, serio. "No puedo lidiar con esto otra vez."

Mari frunció el ceño. ¿Qué había hecho mal? ¿No era normal querer pasar tiempo con su novio? Él trabajaba tanto que solo se veían los fines de semana. ¿No entendía que Abby siempre la provocaba?

"Javier, Abby solo me estaba molestando, ¿no lo ves?", dijo Mari.

Javy elevó la voz con frustración: "No quiero escuchar tus problemas con Abby. Tienes problemas con todos."

Se detuvo, más calmado. "No se trata de ella. Se trata de nosotros. Siempre estamos discutiendo."

"Todos discuten, Javier", soltó Mari, restándole importancia. Estas charlas la cansaban. Javy tenía cero tolerancia al conflicto.

Él la miró con cansancio. "Me importas, Mari, pero no quiero una relación así. La única forma de que esto funcione es si te relajas. ¿Por qué todo tiene que ser un drama contigo?"

Mari sintió las miradas de la gente. Le invadió la inseguridad. Sabía que Javy siempre quería que ella cambiara, pero esta vez no había sido culpa suya. Apoyó la mano en su brazo, tratando de calmarlo.

"Javier, cariño, lo siento. Ya sabes cómo soy, exagero. Solo fue una broma. Abby entiende que bromeaba. Seguro ya está ansiosa por volver con Elaine. Le gusta el cotorreo tanto como a mí."

La ira ardía bajo la piel de Mari, pero la expresión derrotada de Javy le provocó algo parecido a la culpa. Él miró a lo lejos.

"Mari, ¿por qué quieres estar conmigo?", preguntó, su voz cansada.

La pregunta confundió a Mari. "Tenemos química. Nos gustan las mismas cosas. Sí, discutimos, ¿y qué? Así es la vida. ¿Quieres una relación falsa? Yo no soy así, Javier."

A veces se preguntaba si él creía que las relaciones debían ser fáciles. La gente podía ser falsa, pero ella no. Era directa, transparente.

La expresión de Javy se endureció. Separó su brazo del de ella con cuidado.

"El problema, Mari, es que piensas que una relación pacífica es falsa. Me importas, pero esto no está funcionando. Hemos terminado mil veces en ocho meses. Ya no aguanto los celos y el drama. Me siento observado por todos. Además, mi nombre es Javy. Me gusta que me llamen así. Te lo he dicho."

Su tono fue definitivo y se dio la vuelta.

Mari frunció el ceño: "No estaba celosa. Te dije que era por Abby."

Él se giró: "Ya déjalo, Mari."

La ira de ella subió otro nivel: "No era por ti. ¿Por qué no me escuchas?"

"Terminamos", soltó él, cortante.

Javy se alejó de la fiesta. Mari sabía que no debía ir tras él; seguramente volvería en una o dos semanas. Un dolor sordo se instaló en su estómago. ¿No debería querer abrazarla? Eso era una fantasía de película. La gente real tenía problemas, y estos eran los de Javy.

La ira nubló su visión. Él estaba más distante estos últimos meses. Mari escaneó los rostros a su alrededor. Allí estaba Daisy López, la “angelita” de la familia, radiando inocencia. Mari sabía mejor: Daisy la juzgaba, como todos.

Bajó la mirada, tratando de respirar, y luego sonrió con falsa confianza. Si fingía no importarle, nadie podría lastimarla.

Judit la agarró del hombro y la llevó a un banco de picnic, lejos de las miradas.

"¿Estás bien?", preguntó con preocupación.

"Tu familia me odia", masculló Mari, con la furia aún presente.

Estar con los López siempre la hacía sentir fuera de lugar. Judit amaba a su familia, pero también amaba a Mari, y Mari no quería poner a prueba esa lealtad.

Judit se encogió de hombros, divertida.

"La mitad cree que estoy loca, y la otra mitad dice que estaría bonita si bajara diez libras. No les hagas caso. ¿Estás bien?"

Mari resopló, notando el cariño de Judit. Eran más familia entre ellas que con los verdaderos parientes. Sin embargo, no pudo evitar mencionar:

"Daisy definitivamente me odia."

Judit puso los ojos en blanco.

"Daisy ni piensa en ti, Mari. Está casi casada con Michael. No tiene cabeza para otra cosa."

Mari se encogió de hombros, rindiéndose. No tenía caso.

"Javy terminó conmigo", admitió en voz baja.

Judit apretó su hombro con cariño.

"¿Y eso qué? ¿No terminaron hace unas semanas también? Tal vez ya fue suficiente, Mari."

Se detuvo y añadió: "Él te altera. A veces parece que disfruta alimentando tus inseguridades. ¿Leíste los artículos que te mandé sobre relaciones sanas?"

Mari negó con la cabeza, sonriendo con ironía.

"No, cerebrito. A diferencia de ti, no necesito investigarlo todo."

Judit exhaló, cansada pero comprensiva.

"Como quieras, Mari. No necesitas un artículo para ver que ustedes no hacen buena pareja."

La miró con genuina curiosidad: "¿Él sabe que casi no hablas con tus papás? ¿Conoce tu historia? Solo… parece encender tu peor lado."

Mari soltó una carcajada sarcástica y miró hacia la colorida familia López.

"¡Pero a mí me gusta, Judit! Es el indicado para mí, lo siento."

Sus palabras sonaban a desafío e incertidumbre a la vez.

"Tú y yo nos apoyamos, ¿recuerdas? ¿No supiste enseguida que David era el indicado?" preguntó Mari.

La expresión de Judit se suavizó.

"Sabes que siempre estoy de tu lado", aseguró con calidez. "Con David… bueno, algunas cosas se sienten correctas sin pensarlo mucho. Pero lo tuyo con Javy es distinto."

Señaló discretamente hacia la familia.

"Es puro drama. A veces siento que él lo hace a propósito para ponerte celosa."

Mari negó con la cabeza.

"¿Por qué haría eso? El problema con Javy es que todos lo quieren."

Judit estaba a punto de discutir, pero Mari alzó la mano.

"Yo no soy tú, Judit. No busco lo que tú tienes. No me importa discutir. Él vuelve, trabajamos en ello. Algunas relaciones requieren esfuerzo…"

Sabía que era cierto. Nada en su vida había sido fácil. Sus ojos se posaron en David, que reía con los padres de Judit. Sintió una punzada de envidia, preguntándose cómo sería tener una familia que te aceptara sin condiciones.

Judit notó su mirada y luego la estudió.

"¿Hablamos de Javy o de algo más?"

Mari suspiró. Esa era la cosa con una amiga de toda la vida: no podías esconderte.

"Claro que hablamos de Javy. ¿De quién más?"

"De acuerdo", concedió Judit, con un suspiro cansado y una leve sonrisa.

"Si de verdad quieres a Javy, entonces queremos a Javy."

"Queremos a Javy", repitió Mari, usando las palabras como un escudo contra su propia duda.

Una oleada de determinación la invadió. Pronto Javy se arrepentiría, volvería y estarían bien otra vez. Quizás podría llegar a ser lo que él quería.

Quizás.

DOS

Hermanos y hermanas

"LA MAYORÍA DE LOS HOMBRES VIVEN UNA VIDA DE SILENCIOSA DESESPERACIÓN." – HENRY DAVID THOREAU

MARCOS

El pecho de Marcos López se tensó ligeramente cuando la mano de su hermana Daisy se aferró a su brazo. Su cabello negro, grueso y ligeramente ondulado, se agitaba con la brisa de la tarde, y su figura alta y de hombros anchos proyectaba una larga sombra sobre el pasto.

Acababa de levantarse de la silla de jardín. La tela de su camisa aún conservaba el calor del sol, y ahora Daisy también estaba de pie, sujetándolo con un agarre firme e insistente.

Marcos había sentido la urgencia de acercarse a Mari después de la escena explosiva con Javy, tal vez decirle alguna broma para distraerla. Esa necesidad lo sorprendió, como un eco de viejos sentimientos o un dolor fantasma.

Miró detrás de su hermana hacia el banco del parque, donde Mari y Judit charlaban. Había algo en Mari Ortega: siempre lucía impecable, su presencia exigía atención sin esfuerzo. Ese día vestía completamente de blanco, resaltando aún más su belleza. Su cabello, una oscura cascada, captaba la luz del sol. Podía imaginar su rostro: esos ojos marrones llenos de inteligencia y calidez, y ese labio superior apenas más lleno que el inferior.

El agarre de Daisy lo devolvió a la realidad.

"¿Por qué te importaría?" pensó. Después de todo, ¿no eran solo contrincantes en un juego de pullas amistosas?

Daisy le lanzó una mirada dura, entrecerrando los ojos mientras negaba con la cabeza con vehemencia.

"Detente", siseó, con la voz cargada de desaprobación.

Marcos, más alto que su hermana rubia y menuda, se soltó fácilmente de su agarre y se pasó las manos por el cabello castaño, denso y con una ligera ondulación.

"No puedes ir allá. Está con Judit. Y, Marcos, ella te odia. Es una perra. ¿Por qué siempre sientes

la necesidad de hablar con ella?", murmuró Daisy, su voz apenas audible entre las risas y el murmullo de la reunión.

Marcos se burló, poniendo los ojos en blanco.

"Ella no me odia. Solo bromeamos. No pasa nada. Además, quería mostrarle la parte del parque que estoy remodelando. ¿Crees que se impresionará?"

Como arquitecto paisajista, su amor infantil por las plantas había florecido en una pasión por el diseño de espacios. A sus casi treinta años, ya había asumido varios proyectos importantes en la ciudad. Su trabajo más destacado hasta ahora era el Parque Pilsen.

Pensó en lo que dijo su hermana. Personalmente, no creía que Mari lo odiara o pensara mucho en él. La buscaba en todas las fiestas, invitándola a salir aunque supiera que ella lo rechazaría, solo para escuchar sus críticas mordaces. Era un juego que jugaba con ella, o consigo mismo, una forma de fastidiarla y, al mismo tiempo, de probar esos sentimientos que él mismo no terminaba de entender.

Daisy gimió y preguntó:

"¿Ya te das por vencido?"

Normalmente, él bromeaba que Mari era su alma gemela, pero esta vez quería saber si Daisy había notado lo mismo que él. Nunca había prestado atención a con quién salía Mari antes de Javy. Había algo en ese tipo que a Marcos no le gustaba.

Le encantaba observar a la gente, y nunca había confiado en Javy De La Torre desde que llegó a Pilsen hace cuatro años. Con su altura imponente y su físico atlético, Javy atraía miradas femeninas, pero para Marcos eso solo incrementaba su desconfianza. Parecía demasiado seguro, como si el sol brillara solo para él. Exasperante.

"En serio, ¿no viste lo que hizo Javy? Era como si buscara sacarle una reacción a propósito. ¿Crees que planeó todo con Abby?"

Conociendo a su prima Abby, seguro que aceptaría cualquier plan que molestara a Mari. Nunca entendería la dinámica que su familia, especialmente sus primas, tenían con Mari.

Daisy se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

"Suenas mal", dijo con sarcasmo. "Marcos, conocemos a Maricela Ortega desde siempre. Créeme, ella es el problema, no Javy ni Abby."

Marcos suspiró y agarró una cerveza.

"Mira, Daisy, sigo siendo tu hermano mayor y sé manejar mi vida personal."

"Ya sé." Daisy se inclinó y le dio un beso en la mejilla. "Solo me preocupa verte ir tras alguien que nunca te aprecia. Me duele."

Incómodo, desvió la mirada. No le gustaban esas conversaciones. Bebió un trago largo de cerveza antes de responder:

"Salgo con muchas mujeres. ¿Quieres una lista de las que he visto este mes?"

"Sí, por favor." Daisy sonrió. "Pero luego. Ahorita hay que planear la cena de aniversario de mis papás. ¡Treinta años! Michael ha sido súper lindo y quiere pagar todo. Pero deberíamos tomar la iniciativa."

Marcos hizo una mueca al mencionar a sus padres. La única razón por la que estaba ahí era porque Daisy insistió, alegando que se estaba aislando demasiado. Ahora que ella vivía con Michael, parecía sentir culpa y quería que la familia se reuniera constantemente.

Daisy lo miró directo a los ojos.

"Mamá dijo que no te han visto en cuatro meses. ¿Tiene que ver con tu discusión con papá?"

Marcos observó por encima de la cabeza de su hermana, recordando sus diferencias. Aunque crecieron juntos, Daisy veía en sus padres un cuento de hadas, mientras él notaba cada resentimiento oculto. Él y su padre no coincidían en nada. La última vez que hablaron, terminaron a gritos por la decisión de Marcos de invertir sus ahorros para expandir su negocio fuera de Pilsen. Su padre lo calificó de irresponsable, algo que Marcos halló absurdo dadas las decisiones pasadas de su propio padre.

Pero como hermano mayor, no iba a contaminar la visión optimista de Daisy. Su trabajo era protegerla, no destruir su burbuja. Desviarla del tema funcionaba mejor.

Nada la distraía tan rápido como hablar de Mari.

Forzó una sonrisa. "¿Cuatro meses? Supongo que he estado ocupado."

Tomó otro sorbo de cerveza y añadió, con un tono condescendiente:

"Deberías moderar tus sentimientos sobre Mari. Puede que algún día sea tu cuñada. Me pregunto si hay más carne asada."

Antes de que Daisy pudiera responder, Michael, su novio, apareció. El aroma de la carne asada llenaba el aire. Michael era alto, robusto, con una presencia tranquila y confiable. La abrazó por la cintura.

"¿Todo bien aquí?" preguntó con preocupación.

Marcos vio cómo la tensión se iba del cuerpo de Daisy. Ella se relajó contra el pecho de Michael.

"Pregúntale a Marcos", dijo Daisy, haciendo pucheros como la hermana menor que era, con un brillo juguetón en la mirada.

Marcos forzó una sonrisa a Michael, sintiendo una punzada de incomodidad. Su hermana brillaba de felicidad. Él se sentía un poco solo al verlos. Para él, las relaciones eran complicadas y sobrevaloradas.

Buscando aligerar el ambiente, soltó:

"Daisy está celosa", declaró con una sonrisa burlona. "Siempre ha guardado rencor contra Mari porque ganó el título de Reina del Festival de Otoño en el centro comunitario durante la prepa."

Daisy se rió y le dio un codazo.

"Por favor, estaba arreglado. Su familia patrocinaba el evento. Además, era un concurso para

adolescentes, ¡y ella participó hasta los veintiún años! Volaba desde su universidad cada año."

Marcos fingió ofenderse.

"¡¿Ves?! ¡Puros celos!"

La diversión de Daisy se apagó un poco, frunció el ceño.

"No estaba celosa, Marcos", protestó, perdiendo el tono juguetón. "Ella siempre ha sido… mala. Y desde que regresó hace cuatro años, peor."

Antes de que Marcos contestara, Michael intervino con amabilidad:

"Daisy no tiene por qué sentir celos, y estoy de acuerdo. Pero hay que dejarlo así. Estamos aquí para divertirnos, ¿no?"

Marcos soltó un leve quejido. Michael tenía una manera de calmar todo y guiar las emociones a un punto más estable.

"Solo tú puedes hacer que tu hermana se enoje tanto", bromeó Michael, abrazándola de nuevo y besándole la cabeza.

Marcos se mantuvo neutral. Siempre le incomodaba la seriedad de Michael incluso al bromear. ¿Por qué no podía ser todo más sencillo?

Con una seña de la cerveza, comentó:

"Lo tomaré como un cumplido."

Entonces apareció Anthony, el hermano menor de Michael. Alto, rubio, con ojos azules igual de intensos, pero con un encanto relajado y ligero.

"Uf, ¿cómo aguantas estar cerca de ellos en ‘modo amor’?" preguntó Anthony, codeando a Marcos.

Marcos soltó una risa auténtica. Le gustaba Anthony, tenía una ligereza que Michael no poseía.

"Solo tú me entiendes. Deberíamos formar un grupo de apoyo: ‘Hermanos con cuñados molestamente enamorados’."

Anthony asintió, riendo.

"¡Sí! Y podríamos hablar de lo perturbante que es su afecto en público. ¡Soy un niño, mis ojos!"

Michael suspiró.

"Está bien, ya entendimos. Sabemos cuándo no somos bienvenidos."

Se volvió hacia Daisy.

"Cariño, tu tía Olga preguntó por la recaudación de fondos del hospital."

Daisy rió y asintió.

"¡Claro! Vamos."

Antes de irse, Daisy besó rápidamente las mejillas de Anthony y Marcos.

"No se metan en problemas, ¿ok? Y aléjense de Mari Ortega", advirtió, mirando fijamente a Marcos.

"Sobre todo tú, Marcos."

Marcos se encogió de hombros, sin comprometerse. Observó cómo se alejaban, sintiendo una punzada que no podía nombrar. ¿Soledad, envidia? Sacudió la cabeza. Las relaciones familiares siempre eran un lío.

Anthony se sentó en la silla plegable junto a Marcos. Tenía una expresión pensativa.

"Tu abuela me envió", dijo Anthony de pronto. "Cree que Daisy te gritaba por Mari. ¿Tenía razón?"

Marcos rió.

"Mi abuela es mi humana favorita. Daisy y Mari siempre han tenido una dinámica rara. Creo que se trata de Judit y la amistad que comparten. No estoy seguro."

Anthony miró su teléfono.

"Bueno, a tu abuela le agrada Mari. ¿Tú qué piensas? Además de tu eterno ‘amor’ por ella."

Marcos se encogió de hombros, divertido de que Anthony viera más allá de sus bromas.

"Mari es quien es, no finge. Eso me gusta. Pero tú eres nuevo en esta locura. ¿Qué opinas tú?"

Anthony sonrió con calma.

"Soy voluntario en el centro comunitario. Mari es eficiente, trabajadora, no se cuelga medallas. Sin ella, ese lugar no funcionaría. Es fuerte."

Marcos asintió, impresionado. Anthony veía más de lo que otros notaban. Y estaba de acuerdo. Mari era intensa, comprometida con su comunidad.

"Sí, es así", concedió Marcos. Luego, cambiando de tema, añadió:

"Pero no lo digas en el chat familiar. Desencadenarías una avalancha de historias de cómo supuestamente lastimó a todas las primas López."

Anthony silbó mientras sacaba el teléfono, sus ojos brillando con travesura.

"No puedo resistirme. Aquí va."

Marcos se rio al leer lo que Anthony escribió:

"Creo que Mari es demasiado buena para Javy y debería estar con alguien mejor, como Marcos."

Las notificaciones explotaron. Primos, tías y tíos respondían con un “sobre mi cadáver” o sus variantes.

Marcos guardó su teléfono, aún riendo.

"Tienes corazón López, Anthony Coppens."

"Es lo más lindo que me has dicho", bromeó Anthony. Sus ojos rastrearon la multitud.

"Me voy. Ahí viene tu tía Lola, y no se ve feliz."

Marcos vio a la tía Lola acercarse con cara de pocos amigos.

"Buena suerte, la vas a necesitar después de ese mensaje."

Anthony alzó la mano en señal de despedida.

"Valió la pena por el caos. ¡Nos vemos!"

Mientras Anthony se alejaba, Marcos se recostó en la silla. La música de bachata, las risas, los niños jugando... todo mezclado en el aire. ¿Cómo sería disfrutar de la familia sin la carga emocional? Sus ojos viajaron a Mari, que reía por algo que Judit le decía, la luz del atardecer resaltando sus rasgos.

Se encontró perdido observándola, rodeada de árboles y flores, despreocupada y feliz. Apartó la mirada, recordando las palabras que ella pronunció años atrás, a los quince.

Él, ingenuo, le había dejado rosas del jardín de su madre. La escuchó llamarlo “acosador” a través de una ventana. Ese recuerdo aún le dolía, su vergüenza adolescente todavía le ardía en las venas.

No la culpaba, ambos eran unos niños entonces. Pero el momento quedó marcado. No había vuelto a dejarle flores. Y sin embargo, ahí estaban sus sentimientos enterrados, creciendo a escondidas. Una atracción innegable que se negaba a reconocer del todo.

"Es mejor así", pensó mientras se acercaba a Claudia Martínez para coquetear con ella, intentando convencerse de que si Mari algún día lo viera como algo más que molesto, se perdería por completo.

TRES

El Chisme

"NINGÚN HOMBRE ES UNA ISLA, UN TODO EN SÍ MISMO; CADA HOMBRE ES UN TROZO DEL CONTINENTE, UNA PARTE DEL TODO." – JOHN DONNE

MARI

El calor del verano se reflejaba en el pavimento cuando Mari salió de su coche, alisándose los cómodos pantalones y la camiseta holgada. Había pasado una semana desde la barbacoa, pero ¿quién llevaba la cuenta?

Los escalones de entrada del Centro Comunitario de Pilsen estaban llenos de gente local, cuya animada charla se mezclaba con el zumbido del tráfico matutino, mientras otros saludaban al personal en la entrada con cálidas sonrisas.

En el interior, la vibrante actividad era palpable. Los miembros del personal se preparaban para el día y los voluntarios ayudaban con diversas tareas.

Los niños estaban absortos en sus proyectos en la sala de arte, la emoción vibraba en el laboratorio de informática y el rítmico golpe de una pelota de baloncesto resonaba en la cancha, que estaba situada al final del pasillo a la derecha.

Mari podía ver caras conocidas entre la multitud, lo que la hacía sentir a gusto.

Como directora de operaciones, todos los días aquí eran un poco diferentes.

Hoy se reuniría con el equipo de investigación de la universidad para hablar sobre el próximo programa extraescolar. Aunque los matices de la investigación de la Dra. Kate Novak y la Dirección de Arte de Alex Santana a veces no le resultaban claros, Mari había aceptado con entusiasmo el desafío de desarrollar programas de arte atractivos basados en la ciencia con expertos locales.

Todo lo que hacía ahora estaba muy alejado de los horarios rígidos y los plazos de entrega de alta presión de su vida pasada en Ecotech Solutions en San Francisco, donde había gestionado cadenas de suministro y lanzamientos de productos durante cuatro años después de la universidad.

Aunque la había agotado, estaba agradecida por la pequeña fortuna en opciones sobre acciones que Ecotech le había proporcionado.

Esa seguridad financiera le permitió elegir su trabajo en función de su pasión y propósito en lugar de sus ingresos.

Al mirar su teléfono, Mari descubrió que había llegado quince minutos antes a la reunión. Esto no era una sorpresa: siempre llegaba temprano.

Llegó a su oficina y dejó escapar un suspiro, recibiendo actualizaciones de algunos miembros del personal, complacidos de que los programas de la mañana hubieran ido bien.

María, desde la sala de arte, informó que la sesión de pintura de la mañana fue un éxito, y Jacob mencionó que la nueva clase de codificación del laboratorio de computación estaba completamente reservada.

Los voluntarios se apresuraban por todas partes, entregando formularios de inventario y ayudando con la instalación. La oficina de Mari estaba cerca de la entrada del ala administrativa, lo que ofrecía una vista clara de las principales áreas de actividad.

El centro comunitario estaba atrayendo a más familias, en parte gracias a los incentivos del proyecto de investigación, pero a Mari le gustaba creer que ella también había desempeñado un papel.

Su jefe, Arturo Tejada, el director del centro, parecía pensar lo mismo. Sus padres pensaban que su trabajo en el centro comunitario era un desperdicio de la licenciatura en administración de empresas por la que habían pagado.

Mari sentía el peso de las expectativas de sus padres presionándola como una mano invisible, su constante presión para que fuera más grande, más rápida, más, siempre rondaba en su mente.

Una familia.

Ese era su sueño, su manera de demostrar que todavía podía tener éxito en sus propios términos. Y durante un tiempo, realmente había creído que Javy era ese sueño.

Hizo caso omiso de sus propios pensamientos y, en cambio, se concentró en prepararse para la próxima reunión de equipo.

Alex Santana, la directora del programa de arte, entró prácticamente de un salto en la sala, con una amplia sonrisa iluminando su rostro mientras se dirigía directamente al escritorio de Mari, una ola de sol iluminando la oficina habitualmente oscura.

"¡Hola, Mari!", dijo Alex alegremente. "¿La reunión es hoy arriba? ¡Estoy emocionada! ¡Encontré a alguien increíble para reemplazar al Sr. Hughes en el programa de circuitos!".

El entusiasmo de Alex era contagioso mientras se dirigían a la sala de reuniones en el segundo piso, pasando por un grupo de voluntarios que se preparaban para las sesiones de la tarde.

La sala de reuniones daba al salón principal, lo que brindaba una vista aérea del bullicioso centro.

Mari no pudo evitar sonreír en respuesta. El entusiasmo de Alex era contagioso y era imposible

no dejarse llevar por su energía positiva.

"¿En serio? ¿A quién encontraste?" Mari logró sonreír, pero sus dedos se apretaron alrededor de su bolígrafo, un hábito nervioso del que nunca se había librado.

El sabor del café se volvió amargo en su lengua, un recordatorio repentino de las noches de insomnio que había pasado tratando de reclutar para el programa. ¿Debería haber hecho más?

Alex asintió.

"Todo fue una coincidencia. Carlos y yo estuvimos en el baby shower de Lucy la semana pasada. Creo que te extrañamos. De todos modos, Marcos López y yo comenzamos a hablar sobre su trabajo. Le dije que me enviara un correo electrónico si se le ocurría algo. Me envió un correo electrónico anoche y se le ocurrió una idea para un programa de irrigación".

Mari asintió, sin sorprenderse de que Marcos aceptara ayudar, pero sabiendo que interactuar con él la irritaría. Debería haber pensado en preguntarle. El centro comunitario era más importante que su pequeño drama con él.

"Eso suena interesante", dijo, tratando de mantener un tono neutral.

Alex continuó:

"Entonces cancelamos la sesión de grupo más grande para desarrollar esta reunión. Arturo dijo que podrías unirte a nosotros y ayudarnos a pensar en suministros. Te habría dejado saltearla, sabiendo que estarías aquí hasta la medianoche de anoche, pero nadie entiende el flujo de trabajo como tú".

Mari asintió, su voz más firme que la de él.

Mientras terminaban la reunión, Alex confirmó los siguientes pasos.

"Todo esto suena fantástico", dijo Alex, radiante. "Buscaré los materiales de decoración y ustedes dos pueden coordinar los materiales de construcción. Desafortunadamente, no puedo asistir a la próxima reunión, pero sé que Mari tiene todo bajo control. Ella es básicamente la experta en desarrollo de programas en este momento".

Mari asintió mientras Alex se disculpaba.

Marcos se volvió hacia Mari con una sonrisa tímida en su rostro.

"Solos por fin. Es como estaba destinado a ser".

Mari ignoró el comentario y siguió adelante.

"Es decente de tu parte ayudar con esto. Escuché que estás rehaciendo todo el Parque Pilsen".

"¿Escuchaste?", interrumpió Marcos y puso los ojos en blanco. "Este lugar. Estas personas. No tienen nada mejor que hacer que hablar de nosotros. ¿De quién escuchaste esto?"

"Fue solo Arturo", le aseguró. "Y bueno, ya sabes que los señores toman café por la mañana con su chisme".

"Conozco a Arturo. Probablemente lo escuchó de mis padres", intervino Marcos. "Solo deseo por

una vez poder compartir mis noticias con alguien sin que ellos ya lo sepan".

Mari sintió que su tensión se aliviaba un poco al darse cuenta de que compartían una molestia común con los chismes de la comunidad. La conversación había tomado un giro y necesitaba volver a dirigirla al proyecto.

"Lo entiendo. Pilsen es Pilsen, pero planifiquemos la próxima reunión. Tengo algunas ideas sobre cómo podemos simplificar la organización para las familias".

Marcos asintió, su expresión se volvió seria.

"Seguro. Hagamos que esto sea un éxito".

Mari señaló la línea de tiempo del proyecto, con voz firme mientras guiaba a Marcos por los próximos pasos. Este no era su habitual enfrentamiento verbal, lleno de golpes y respuestas ingeniosas.

No, esto era diferente. Muchos hombres coqueteaban con ella, la encontraban atractiva, pero nadie la había mirado nunca como Marcos la miraba ahora.

Cuando levantó la vista, las palabras se le atascaron en la garganta. Marcos no miró el horario; fijó sus ojos en sus labios, firmes e intensos, provocando un escalofrío por su columna vertebral.

El aire entre ellos crepitaba con una energía desconocida.

El calor ardió en las mejillas de Mari, su pulso se aceleró. Buscó torpemente los papeles, las palabras de repente se le enredaron en la lengua.

"Y luego... tendremos que completar la lista de materiales... y..."

Respiró temblorosamente, abandonando la pretensión de profesionalidad.

"Mira, Marcos", soltó, mirándolo directamente a los ojos, "este proyecto es realmente importante para el centro. ¿Podemos simplemente... centrarnos en eso? Sin coqueteos, sin... invitarme a salir..."

Hizo una pausa, gesticulando vagamente hacia él con una mezcla de frustración y una extraña especie de anhelo.

"¿…o lo que sea que creas que estás haciendo?"

Marcos echó la cabeza hacia atrás y se rió, un sonido profundo y retumbante que le provocó un escalofrío a Mari.

"Touché", dijo, con una sonrisa cada vez más amplia.

"Está bien, Mari. Me portaré bien... por ahora. Pero", añadió, con un brillo travieso en los ojos, "si de repente te sientes abrumada por la urgencia de invitarme a salir, todo está perdido".

Mari tragó saliva reflexivamente.

"Estamos aquí por motivos profesionales. Voy a esperar un comportamiento profesional de ambas partes".

Cuando él no respondió, sintió una rápida y tonta decepción. Nadie la había mirado nunca como lo hacía Marcos.

Su repentino acuerdo de dejar de preguntar la tomó por sorpresa, devolviéndola a una época en la que había creído que sus intenciones eran genuinas. Cuando eran niños.

Se acordó de las rosas que le había regalado, sus flores favoritas.

Estaba demasiado asustada por lo que sentía por él en ese entonces como para contárselo a alguien. Le preocupaba ser demasiado para alguien como Marcos. Ni siquiera Judit sabía toda la verdad.

El recuerdo de haber oído a Daisy decirle a Abby que Marcos solo la había invitado por lástima todavía le dolía. Había sucedido cuando tenía quince años, escondida en la parte trasera de la tienda de su padre, escuchándolos hablar de ella. El dolor de esa comprensión todavía persistía, dando forma a sus interacciones con él desde entonces.

De niña, Mari siempre había sentido la necesidad de defenderse, por lo que había pasado de ignorar a Marcos en su mayoría a idear formas creativas y entretenidas de rechazarlo.

Esto continuó hasta que las flores dejaron de llegar, pero las bromas coquetas persistieron, aunque se preguntó si siquiera se podía llamar coqueteo. Era más como una broma.

Los ojos de Mari se movían entre el rostro de Marcos y los planes del proyecto extendidos ante ellos. Había estado de un humor muy extraño últimamente. Se preguntó si Judit tenía razón y si ella y Javy no eran el uno para el otro.

El corazón le latía con fuerza en el pecho, una sinfonía caótica de confusión, ira y una extraña e innegable emoción. ¿Qué le estaba pasando?

Su voz la devolvió al presente.

"Estoy de acuerdo. Tú ganas".

MARCOS

Marcos siguió con la mirada la curva del cuello de Mari mientras se inclinaba sobre los planos, y la luz revelaba sutiles reflejos castaños en su trenza oscura. Su blusa de seda blanca, impecable y entallada, de alguna manera no se sentía fuera de lugar en la atmósfera informal del centro comunitario. Ella exudaba una elegancia sin esfuerzo que lo intrigaba y lo inquietaba al mismo tiempo.

Observó fascinado cómo sus manos bailaban sobre las páginas, explicando las complejidades del proyecto con la confianza de un ejecutivo experimentado. La tensión entre ellos se olvidó mientras ella lo guiaba a través del contrato que tenía que firmar.

Esta era una faceta de Mari que nunca había visto antes: decidida, autoritaria, completa en su elemento. Trató de mantener la expresión en blanco, no quería que ella lo llamara la atención de nuevo, pero era un desafío.

Había oído hablar de su éxito en el mundo de la tecnología y ahora, al verla en acción, comprendió lo que había dejado atrás y quién había sido.

Había algo en estar con Mari que relajaba a Marcos. Una sensación de rectitud. Una atracción que estaba arraigada en su identidad de hombre. Marcos se sentía atraído por todas las mujeres que de alguna manera encarnaban una variante de ella.

Así se sentía con las plantas y los árboles: sabía que florecerían o que necesitarían atención especial. Entendía cómo todos los elementos, desde las espinas hasta la tierra adecuada y la estación correcta, contribuían a su florecimiento. Eran las piezas que se unían para crear un todo.

Pero las piezas nunca serían el todo, nunca replicarían la flor.

Era una tontería, pero era verdad. Le gustaba como persona y no podía explicar por qué, incluso después de todos estos años.

Cuando Alex le había pedido que trabajara en el proyecto, había dudado, ya que estaba trabajando en varios proyectos e intentando expandir su negocio.

No tenía tiempo para ofrecerse como voluntario, apenas tenía tiempo para pensar.

Pero había dicho que sí, y si era honesto consigo mismo, era porque la oportunidad de trabajar con Mari lo había intrigado.

La mujer era una amenaza, decidió; incluso pensar en ella le hacía aceptar cosas que no quería o para las que no tenía tiempo.

Estaban saliendo de la sala de conferencias cuando Marcos notó que Javy se acercaba con determinación, con la mandíbula tan apretada que los músculos se marcaban claramente debajo de su piel bronceada.

Caminó hacia Mari, sus ojos marrones se entrecerraron en una mirada hostil, y le entregó un paquete.

Mari parecía confundida mientras tomaba el paquete de Javy.

"¿Qué es esto?", preguntó, frunciendo el ceño.

Marcos observó a Mari con atención.

Parecía que cada vez que la veía con Javy, ella parecía sorprendida e inquieta.

Javy la miró fijamente antes de poner los ojos en blanco mientras decía:

"Llegó a La Flor dirigido a ti. Mari, no aprecio que envíes paquetes a mi lugar de trabajo".

Mari enderezó la columna, su confusión dio paso al desafío.

"No envié esto a La Flor. Y si lo hiciera, te lo diría. No miento, Javy".

Marcos sonrió para sí mismo. Le encantaba que Mari nunca se echara atrás y también le encantaba su confianza en sí misma. Mientras miraba a Javy, se preguntó sobre la escena que estaba creando.

La mayoría de la gente hablaba de cómo Mari comenzaba a discutir con Javy, pero el hombre que tenía delante no era el tranquilo dueño del bar que había conocido en el pasado.

Javy levantó la mano y dijo:

"Basta. No más juegos. Solo quiero dejar en claro que terminamos y no quiero sentirme sorprendido por cosas como esta".

Marcos vio a Mari jadear antes de que rápidamente enmascarara sus sentimientos detrás de un muro de indiferencia.

Mari dijo en un tono tranquilo:

"Bueno, lo siento y me aseguraré de dejarte en paz, ya que eso es lo que quieres, pero no envié nada a tu bar".

Javy gritó entonces:

"¡No te creo!"

Fue un golpe bajo que Javy le dijera eso, especialmente frente a él tan fuerte. Los niños se dieron la vuelta. Un estudiante mayor los estaba mirando directamente.

Antes de que pudiera decir nada, Marcos se interpuso entre Mari y Javy. Su voz, aunque tranquila, tenía un tono de acero cuando se dirigió a Javy:

"Estás siendo grosero".

Javy lo miró con fastidio.

"No te metas en esto. No te concierne, hermano. Ella..."

Marcos agitó las manos con desdén, interrumpiéndolo, su voz goteaba desdén.

"Estás llevando esto a un lugar público, su lugar de trabajo. Todavía eres nuevo en la ciudad. Mari no miente. Nunca lo ha hecho, hermano".

Sintió que todo su cuerpo se ponía rígido.

Javy miró de Marcos a Mari con los ojos entrecerrados. Un ceño fruncido de desconcierto apareció entre sus cejas oscuras.

"¿Por qué estás aquí?", preguntó Javy, mirándolo con curiosidad.

Una oleada de ira, inesperada y no deseada, lo invadió.

Mientras miraba a Javy, se dio cuenta de que nunca le había gustado la naturaleza tranquila del hombre, sabía que había sido una fachada. Allí estaba él, causando una escena que eventualmente llegaría a todo Pilsen por ¿qué? ¿Un paquete? Era una tontería.

"Eso no es asunto tuyo".

Javy parecía uno de esos niños que nunca estudian para un examen y obtienen sobresalientes en todo.

Probablemente esa era la razón por la que no podía entender a alguien como Mari. Mari se parecía más a Marcos, alguien que tenía que esforzarse para llegar a ser grande.

Javy miró a ambos; su mandíbula se tensó.

"No sabes de lo que estás hablando".

Un músculo saltó en la mandíbula de Marcos, todo el humor abandonó su rostro.

De alguna manera, mirando hacia abajo al hombre más alto, su expresión dura y tranquila, dijo:

"Conozco a Mari desde la secundaria. ¿De qué estás hablando? No la conoces".

Dentro de su mente, los pensamientos se agitaban: la honestidad era una parte integral de su ser. No siempre era amable, pero nunca era deshonesta.

Como si despertara de un sueño, Javy suspiró, luego, sin decir otra palabra, salió.

Marcos se volvió hacia Mari, quien lo miró y respiró profundamente, mirando el paquete que tenía en las manos.

"No le envié nada a La Flor. De verdad que no sé qué es esto".

Ella parecía hablar consigo misma y lo miró, sorprendida.

Marcos asintió.

"Te creo".

Ella era demasiado directa y probablemente manipularía a alguien con la verdad en lugar de una mentira.

Ella asintió, luchando por encontrar las palabras adecuadas. La vio hacer una pausa antes de decir suavemente:

"Gracias. Nunca había visto a Javy de esta manera. Supongo que está muy molesto conmigo".

Marcos nunca había visto a Mari parecer vulnerable antes, y algo en eso lo desconcertó.

Le puso una mano tranquilizadora en el hombro. Caminaron por el bullicioso centro comunitario, pasando junto a niños que jugaban y adultos conversando.

Doña Rosa, una voluntaria, hizo una pausa a mitad de la oración, sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a Marcos y Mari caminando uno al lado del otro. Un murmullo recorrió el grupo de señoras acurrucadas en el rincón, sus cabezas giraban al unísono para seguir el camino de la pareja.

Una vez que llegaron a su escritorio, Mari se sentó pesadamente en su silla, mientras Marcos permaneció de pie junto a ella, apoyado contra el borde del escritorio.

"Se estaba comportando como un idiota. No puede haber sido por ti. Cualquiera que sea el trato que tengan, no se trata solo de ti", dijo.

Mari asintió, todavía desconcertada.

"Suenas como Judit. Lo siento, Marcos, sé que necesito la lista de ti. Solo quiero abrir este paquete".

Su tono de voz cambió. La vio ocultar rápidamente sus emociones; sus rasgos se asentaron en una expresión serena.

Marcos la observó mientras abría cuidadosamente el paquete. Dentro, encontró un collar con una inscripción. Se quedó mirando la nota que lo acompañaba.

"Es de su madre. ¿Para mí? ¿Por qué enviaría algo a su bar, o algo así?"

La miró con curiosidad. Estaba claro que el collar era caro y no era algo que alguien debería enviar por correo.

"Es un gran regalo. ¿Se acerca una celebración?" Incluso mientras preguntaba, se preguntó si ella respondería.

Mari negó con la cabeza lentamente, sus pensamientos eran una maraña de confusión e inquietud.

"Nos conocimos una vez, brevemente, en la fiesta de compromiso de Carlos y Alex", murmuró, más para sí misma que para Marcos. "Fue cordial, pero no hablamos mucho. Javy la evitó esa noche".

Hizo una pausa.

"Su madre es Alana Shapiro-Farkas, la editora de la revista. Ella y Javy no han hablado desde el robo en el bar. Ese cuadro que robaron era suyo... Hasta donde yo sabía, estaba en Europa con su marido, disfrutando de su jubilación".

Mari pensó en lo que sabía sobre Alana. Era una mujer increíblemente elegante y no alguien que pareciera tener sentimientos, buenos o malos, hacia ella.

Toda esa noche habría sido extraña si no hubiera crecido con una madre que regularmente le aplicaba el tratamiento del silencio.

Miró a Marcos.

"Por favor, no le cuentes esto a nadie. Tengo que contárselo a Javy primero".

Marcos asintió, asimilando la información.

"No se lo diré a nadie".

Miró su reloj.

"Escucha, me tengo que ir, pero te cubro las espaldas, ¿recuerdas? Dije lo que quise decir. Es nuevo aquí, ¿qué? Hace cuatro años, ¿verdad? Nadie que te conozca creería una mentira suya. Eres más fuerte que eso".

Mari lo miró como si evaluara la honestidad de sus palabras. Luego se volvió gélida de nuevo.

"No me estaba llamando exactamente mentirosa".

Sintió que algo se apretaba en su pecho. Su necesidad de defender a Javy no le sentaba bien.

Una sensación no muy distinta a la de ahogarse lo invadió. Notó sus ojos marrones. La forma en que siempre se veía perfecta en contraste con él en todos los sentidos. Mari era leal a quienes amaba, incluso cuando no lo merecían.

"Hasta luego, Mari", dijo, con la voz cargada de emoción.

Antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse, se dio la vuelta rápidamente y se alejó.

JAVY

Cuando Javy salió del centro comunitario, notó que la gente del lugar se quedaba afuera, sus conversaciones se entremezclaban con miradas curiosas en su dirección.

El zumbido familiar del vecindario lo envolvió mientras se alejaba, la entrada ahora detrás de él, lo que lo conducía de regreso a las vibrantes calles de Pilsen.

El calor del día persistía, opresivo, pegado a la piel de Javy de manera muy similar a los problemas sin resolver que se agitaban en su mente. Los ecos de la discusión con Mari lo perseguían, mezclados con una inquietante sensación de desplazamiento.

Odiaba sentirse enojado y fuera de control. Siempre había luchado con eso cuando era niño, especialmente después de que su hermano mayor se mudara a la universidad, pero ahora era peor.

Mientras caminaba de regreso al bar, sintió la vergüenza que generalmente seguía a su enojo. Tendría que hablar con su terapeuta.

La presión de los últimos meses lo estaba afectando.

Evitar a su madre todavía le pesaba en el corazón, y el compromiso de su hermano le despertó un recuerdo de la infancia: la misma sensación de haber sido dejado atrás.

Los recuerdos de estar aislado lo inundaron: días interminables solo en la enorme casa de su madre, la presencia distante de su padre mientras lloraba el fin de su matrimonio.

Carlos, siempre absorto en su propio mundo, había sido inseparable de Alex, dejando a Javy solo para que atravesara su infancia. Cuando Carlos se mudó, Javy se mudó a Pilsen para estar más cerca de Alex, que era lo más cercano a la familia que le quedaba.

Un nudo familiar de ansiedad se apretó en su estómago. Sus padres tenían sus propias vidas, Carlos tenía a Alex... y él tenía su bar.

Pero esa noche, eso no parecía suficiente.

Había roto con Mari, convencido de que era la decisión correcta. Pero verla con Marcos lo dejó confundido. ¿Por qué estaba allí?

Mari había actuado obsesionada con él, ¿y ahora simplemente estaba... siguiendo adelante? Algo

en eso tenía poco sentido.

Ella siempre había sido una fuerza: hermosa, inteligente e irradiaba una confianza sin esfuerzo que lo había atraído desde el principio.

Halagado por su búsqueda, se sintió deseado de una manera que nunca había experimentado. Era como si a ella le importara todo lo que él era, no solo las cosas superficiales que les importaban a los demás.

Apretó los puños, sorprendido de sentir una oleada de posesividad que lo invadía.

Tal vez romper con Mari no había sido la decisión correcta después de todo.

¿Sentirse así significaba que lamentaba que las cosas terminaran?

CUATRO

La Loteria

"CUANTO MÁS SE JUZGA, MENOS SE AMA.» – HONORÉ DE BALZAC

MARI

Los domingos por la mañana Mari iba al gimnasio. O corría ocho kilómetros en la cinta, sincronizando su ritmo con su lista de reproducción de ejercicios, o se desafiaba a sí misma en una sesión grupal de Orange Theory, compitiendo en secreto con las mujeres que estaban a su lado.

Exigirse más, igualar su ritmo, tal vez incluso superarlo, eso era lo que lo hacía divertido.

Pero este domingo, los eventos de la noche anterior la hacían sentir demasiado claustrofóbica para ir al gimnasio.

En cambio, optó por una caminata de cinco kilómetros por el parque, esperando que el aire fresco y el sol aliviaran la tensión que se aferraba a ella como una segunda piel.

Cada paso en el pavimento quemado por el sol reflejaba sus tumultuosos pensamientos: las duras acusaciones de Javy, la inesperada defensa de Marcos y la calidez persistente de su toque en su hombro.

Echó un vistazo a una sección cerrada del parque, buscando la vista familiar de su amado jardín de rosas.

Una punzada de decepción la golpeó cuando se dio cuenta de que la zona estaba en renovación, cortesía del negocio de jardinería de Marcos. "Genial", pensó, "otro recordatorio del hombre que se había convertido en una parte inesperada de mi vida".

Mientras las vistas familiares de la ciudad se difuminaban ante ella, Mari no podía quitarse de encima la sensación de que junio no sería su mes. Repitió las palabras de Javy una y otra vez en su cabeza, el aguijón de sus acusaciones todavía fresco. No había visto venir su enojo, y la dejó conmocionada.

Y, sin embargo, una pequeña sonrisa involuntaria tiró de sus labios.

"Tal vez este sea un punto de inflexión", pensó, "una oportunidad para que Javy reconozca el dolor y la frustración que experimenté cuando él se negó a definir nuestra relación".

Pero el recuerdo de sus duras palabras, la acusación pública, eclipsó rápidamente la satisfacción fugaz.

"No", se recordó a sí misma, mientras una punzada de decepción la atravesaba. "Puede que él haya estado celoso, pero eso no excusa su comportamiento".

Por otra parte, nada podía compararse con los ataques verbales de su propia madre, Joanne Ortega.

Mientras el cansancio la agobiaba, la imagen de Marcos atravesó sus pensamientos: de pie, con la voz firme.

"'Ella nunca mentiría'", había dicho.

Esas palabras simples pero poderosas habían agrietado las paredes que rodeaban su corazón.

"Tal vez", pensó, "debería dejar atrás el pasado". Claro, ella y Marcos siempre discutían, intercambiaban puyas e insultos. Pero también estaban esas rosas, dejadas en su puerta como ofrendas silenciosas.

Incluso si Daisy decía que todo era una broma, una travesura, una parte de Mari no podía evitar aferrarse al recuerdo de su dulzura.

Cuando abrió la puerta de su apartamento, una risa cansada escapó de sus labios.

"Los hombres", pensó, sacudiendo la cabeza. "Realmente son lo peor".

Los rosas apagados, los duraznos y los beiges que su madre usaba para decorar su apartamento creaban una atmósfera serena. A pesar de su atractivo estético, nunca se sintió como en casa: su belleza se veía eclipsada por una frialdad que la hacía sentir como una invitada en su propio espacio, probablemente porque su madre había contratado a alguien para decorarlo.

Escuchó sonar su teléfono y exhaló ante el nombre que apareció: **Joanne Ortega**.

"Hola, mamá, ¿cómo está D.F.?" preguntó Mari, dejando caer las llaves sobre el impecable mostrador de mármol.

"¡Qué preguntas!", respondió su madre, exasperada. "Ya sabes cómo es esto ahora. Hay turistas por todas partes. Los precios están subiendo. Maricela, a veces me pregunto por qué te enviamos a una escuela privada".

Maricela se hundió en su sofá, con sus cojines suaves pero no reconfortantes. Su madre solía detallar cuánto habían invertido ella y su padre en ella, cada palabra era un recordatorio de las expectativas que nunca podría cumplir.

Era tan deprimente como normal, y no podía tomárselo en serio. Mientras escuchaba a su madre quejarse y criticar, se sentía retraída. Su madre nunca necesitaba más que sus ruidos afirmativos.

"Sí, mamá... lo sé... Mmm-hmm", murmuró Mari, mirando la alineación perfecta de su estantería, sintiéndose desconectada de su entorno.

Se quitó los tacones y deseó que su cuerpo se relajara.

Su dentista no dejaba de advertirle que no apretara los dientes.

De repente, su madre dijo:

"¿Cómo van las cosas con Javier? No te estás haciendo más joven, Maricela. No entiendo por qué eres tan exigente. ¿Dejarás que tu relación fracase como lo hizo tu carrera?"

Mari sintió que la frustración la invadía. Apretó el puño un momento antes de obligarse a relajarse.

"Todo está bien, mamá", mintió, con la voz tensa.

Escuchó a su madre regañar a su padre de fondo, luego dijo:

"Nuestra mesa está lista, Maricela. Estaremos en casa en dos semanas. Cenemos todos entonces".

“Claro, mamá”, respondió Mari, con la voz apagada. Terminó la llamada, arrojando su teléfono al sofá a su lado.

Respiró profundamente, sintiendo el peso del collar en su bolso. Cuando comenzó a salir con Javy, había sido fácil. Había fingido ser la chica alegre y divertida que lo había invitado a salir en broma.

Los problemas habían comenzado cuando mostró su lado controlador. Ella quería que él compartiera su ubicación y la visitara después de que cerrara el bar. Al principio, él había aceptado, pero cuanto más le pedía, más se enojaba.

Para citar a su madre, “Ella no tenía problemas para atraer a alguien; su problema era mantenerlo con ella”.

A veces, se sentía como diez personas diferentes en una.

Tenía que ser la hija segura de sí misma de los Ortega, la mejor amiga de Judit. Trataba de ser la novia perfecta con Javy, pero en todas esas relaciones, sentía constantemente que no era lo suficientemente buena.

No era suficiente.

Especialmente con Javy.

Él nunca notaba el esfuerzo que ella ponía para verse bien o las pequeñas cosas que hacía para demostrar que le importaba. Pensaba en los atuendos meticulosos, las horas que dedicaba al cabello y al maquillaje, y los gestos considerados que planeaba para hacerlo feliz.

Un nudo familiar se apretó en el pecho de Mari. La voz de su madre resonó en su cabeza: “Demasiado emocional, Maricela. Necesitas controlarte”. Incluso Judit, su amiga más cercana, a menudo sacudía la cabeza con un suave, “Cálmate, Mari, estás exagerando”.

El peso de sus palabras la oprimía, un implacable tamborileo de desaprobación. Mari se obligó a mantener la calma. No lloraría.

Sin embargo, los pensamientos seguían llegando. Ella era demasiado ruidosa. Demasiado

sensible. Demasiado. Las etiquetas se le pegaban como una segunda piel, ocultando las dudas e inseguridades que la carcomían por dentro.

Miró el collar de la madre de Javy, frío contra su piel mientras lo agarraba. Se sentía como una broma cruel, una recompensa por un papel que nunca había querido desempeñar. Era un símbolo de la ceguera de Javy, su incapacidad para ver a la mujer detrás de la fachada cuidadosamente elaborada.

Una lágrima solitaria se escapó, trazando un camino por su mejilla. Se la secó apresuradamente, el gesto era un reflejo perfeccionado durante años de ocultar sus vulnerabilidades. Deseaba, solo por una vez, que alguien viera más allá de sus defectos y apreciara a la persona que se esforzaba tanto por ser.

El pensamiento persistió mientras recordaba a Marcos defendiéndola. Nadie había hecho eso nunca. Incluso Judit había pasado la mayor parte de su infancia calmándola en lugar de apoyarla.

Sus pensamientos eran tontos, se dijo a sí misma. *Marcos no era la respuesta, o tal vez no entendió la pregunta*.

Su estómago rugió, recordándole que se había olvidado de comer otra vez.

Las manos de Mari se movían en piloto automático, midiendo la leche de almendras y echando mango congelado en la licuadora mientras miraba un video de YouTube “Prepárate conmigo” de su creador favorito.

La rutina era relajante, un camino trillado en un día lleno de giros inesperados. El rítmico zumbido de las cuchillas de la licuadora casi enmascaraba su persistente preocupación.

De la nada, su video fue reemplazado por una llamada entrante. Su iPad vibró y una sonrisa se dibujó en su rostro cuando vio que era Judit. Respondió de inmediato.

El rostro de Judit llenó la pantalla, sus ojos abiertos por la preocupación.

“Es tu llamada diaria de ‘no llames a Javy’”, prácticamente gritó, levantando las manos en fingida exasperación.

Mari se encogió de hombros y se apoyó en la encimera de la cocina.

“Demasiado tarde”, dijo, con una voz que desmentía la inquietud que sentía en el estómago. “Vino a verme”.

Judit arqueó las cejas.

“¿Qué? ¿Por qué?”

Mari tomó un largo sorbo de su batido y frunció el ceño mientras explicaba el incidente con el paquete.

“Fue... un desastre. Nunca lo había visto actuar de esa manera. Parecía celoso”, terminó, y su voz se fue apagando.

Judit se inclinó, y su rostro volvió a llenar la pantalla.

“Mi primo Marcos es increíble, y sabes que siempre ha tenido algo por ti”, dijo con un brillo

travieso en los ojos.

Mari negó con la cabeza.

“Simplemente disfruta coqueteando”.

Judit no parecía convencida, frunciendo el ceño.

“No creo que eso sea del todo cierto. Solo lo he visto coquetear constantemente contigo...”

Su voz se apagó cuando vio la expresión de Mari, una mezcla de fastidio y enojo.

Con un suspiro, Judit cedió.

“Pero lo dejaré pasar”, concedió. “No puedo esperar al karaoke de esta noche”.

Mari puso los ojos en blanco.

“¿Tenemos que ir a eso?”

Judit asintió con firmeza.

“Sí. Es el cumpleaños de tu primo, y nos lo contó hace meses. David no puede venir porque trabaja los lunes, imagínate, pero tú y yo deberíamos ir”.

Mari sonrió ante la tontería de su primo.

“Sabes que Juan codifica videojuegos cuando quiere. No sabe qué es un trabajo normal más que tú o yo”.

Hizo una pausa y agregó en voz más baja:

“Me pregunto si Javy aparecerá”.

Judit gimió.

“Espero que no. Ha estado muy errático últimamente”.

Mari suspiró y dejó su vaso vacío con un ruido sordo.

“Déjalo ya, Judit”, le espetó, con un dejo de desesperación en la voz. “Está pasando por un momento difícil, obviamente. Dale un respiro”.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de calmarse y concentrarse en el día que tenía por delante.

La voz de Judit se suavizó.

“Bien. Pero nunca te había visto perseguir a nadie antes. Y no me gusta”.

Judit tomó un sorbo de su café mientras un brazo musculoso la rodeaba por los hombros. Mari se puso rígida instintivamente cuando David la atrajo hacia un beso prolongado.

Mari se aclaró la garganta torpemente y dijo:

“Parece que tu peor mitad ha vuelto. ¿Hablamos más tarde, entonces?”

Judit se apartó del beso, con una sonrisa juguetona en los labios.

“¡Lo haremos! ¡Esta conversación no ha terminado, Mari! ¡Te veo esta noche!”

La llamada terminó, pero las palabras de Judit permanecieron en la mente de Mari mientras caminaba hacia su armario. Sacó el vestido nuevo que había comprado y se miró el reflejo en el espejo.

“Esta es la última vez que intentaré conseguir la aprobación de Javy”, pensó con firmeza. Judit tenía razón: no era una persona a la que le gustara perseguir a nadie. Si él no quería estar con ella, estaba bien.

———

JUDIT

Judit terminó la llamada con el ceño fruncido por la preocupación. David, sintiendo su inquietud, la acercó más y le rodeó la cintura con el brazo.

“¿Todo bien?” —murmuró, su voz era un murmullo bajo contra su oído.

Ella se inclinó hacia su calor; el familiar aroma de su colonia fue un ancla reconfortante. Extendió la mano y le apartó un mechón de cabello castaño rojizo de la frente, sus dedos se demoraron en su piel.

“No estoy segura”, admitió con voz suave. “Estoy preocupada por Mari. Ella siempre ha tenido el control de sus relaciones, pero con Javy... tengo la sensación de que la está utilizando”.

David frunció el ceño con preocupación.

“No lo conozco bien”, respondió. “Pero parece un buen tipo. No del tipo que lastima a alguien a propósito”.

Judit se acurrucó más cerca y apoyó la cabeza en su pecho.

“Lo sé, pero ya la lastimó sin querer. No es tan dura como pretende. Su problema es que quiere controlarlo todo”.

Una risita escapó de los labios de David.

“Suena muy parecida a ti”.

Judit asintió, sus ojos se desviaron hacia su foto enmarcada de Jane Goodall. Siempre había imaginado que sería como Jane: sola, siguiendo sus pasiones.

No podía entender cómo había terminado viviendo con su novio mientras su mejor amiga estaba soltera. Nada tenía sentido en estos días.

“Somos muy parecidos”, asintió suavemente. “Es por eso que somos amigos”.

Su mano le acarició suavemente la espalda, un ritmo relajante que calmó sus pensamientos acelerados.

“Bueno, si ella es como tú”, dijo, “entonces tal vez dejes que suceda”.

Judit inclinó la cabeza, sus ojos buscando los de él.

“¿Qué estás diciendo?”

La sonrisa de David se ensanchó, un dejo de travesura bailando en sus ojos.

“No planeaste lo que pasó entre nosotros, ¿verdad?” susurró. “No pudiste controlarlo, aunque lo intentaste, ¿verdad?”

Se inclinó, su aliento cálido contra su mejilla.

“No pudiste controlar lo que haría cuando me pediste que pasara la noche contigo. O que quisiera más. El control nunca funciona con otro humano porque la otra persona tiene poder de decisión”.

Un rubor calentó las mejillas de Judit. Enterró su rostro en su pecho, sus brazos apretándolo.

“No podría haberte planeado”, confesó. “O lo que tenemos. ¿Estás sugiriendo... qué estás sugiriendo?”

Le acarició el cuello, su voz era un murmullo ronco.

“Honestamente, no lo sé. Soy un planificador y controlador también”.

Hizo una pausa, sus labios rozando el lóbulo de su oreja.

“Pero que me eligieras... a nosotros... me hizo creer en dejar que las cosas se desarrollen”.

Judit rió, el sonido amortiguado contra su pecho.

“¿Una creyente, eh?”

Él asintió, sus brazos apretándola alrededor de ella.

“Sí. Creo en la gente. Deja que Javy y Mari lo resuelvan. Ambos son buenas personas. Todo saldrá bien”.

“Lo intentaré”, aceptó Judit, sintiendo una ola de esperanza que la invadía.

“Mientras tanto”, murmuró David, dejando un rastro de besos en su mandíbula, “¿por qué no me compensas por dejarme solo en este apartamento para ir a cantar canciones?”.

Judit sonrió, con el corazón henchido de afecto.

“¿Cómo puedo compensarte?”

Sus ojos brillaban de deseo.

“Tengo algunas ideas”, susurró, sus labios descendiendo sobre los de ella en un beso que la dejó sin aliento.

MARI

Más tarde ese día

Mari abrió la pesada puerta de madera de **La Lotería**. De lunes a viernes, era una simple bolera, pero los fines de semana, se transformaba en un lugar de karaoke.

Una ola de aire cálido con aroma a cerveza la recibió, mezclándose con el leve olor a cera de la pista. El sonido familiar de cantos desafinados, risas estridentes y el rítmico retumbar de las bolas de bolos la rodearon en el espacio tenuemente iluminado.

Las cartas de Lotería multicolores colgaban por la habitación, agregando un toque de fantasía a las desgastadas pistas de madera.

Un grupo heterogéneo de clientes habituales y recién llegados llenaban el área del bar, alzando sus voces en un coro de *"Livin' on a Prayer"* mientras una figura solitaria se balanceaba en el escenario improvisado, agarrando un micrófono como un salvavidas.

El aire crepitaba con una mezcla de anticipación y diversión mientras el siguiente contendiente se preparaba para tomar el micrófono. Más allá del bar, las pistas pulidas se extendían bajo el resplandor de las luces de neón, el rítmico repiqueteo de los bolos al caer puntuaba las serenatas desafinadas.

Mari vio algunas caras conocidas entre los jugadores, sus cuerpos balanceándose al ritmo de la música mientras jugaban sus turnos. Escudriñó a la multitud, un nudo de miedo y anticipación apretándole el estómago. No había señales de Javy todavía, pero sabía que era solo cuestión de tiempo. La idea de enfrentarlo después de su enfrentamiento anterior le provocó un escalofrío en la columna vertebral.

En ese momento, Judit emergió de la multitud, su sonrisa brillante en la penumbra.

"¡Por fin lo lograste!", exclamó Judit, abrazando a Mari con fuerza. "Te perdiste mi interpretación de *'Total Eclipse of the Heart'*".

Mari se rió. Cuando Judit cantaba *Total Eclipse*, narraba durante los largos instrumentales explicando a la multitud que era científicamente probable que alguien se desenamorara de ti y que la gente podía cambiar de opinión.

Siempre era entretenido ver las reacciones de la gente, y nunca se cansaba de los ataques de Judit a las emociones dramáticas.

Como si surgiera de la nada, Judit mágicamente sacó un trago de tequila, su bebida de karaoke favorita compartida, y dijo:

"Juan nos invitó a una ronda antes y guardé esto para ti. Está afuera ayudando a alguien a encontrar estacionamiento".

Mari dio las gracias en silencio por haber tenido la previsión de tomar un auto compartido.

"Mi primo Juan, el hombre más amable del mundo. Lamento haberme perdido tu canción. Estoy segura de que fue histórica".

Miró a su alrededor nuevamente, y el alivio la inundó cuando no vio señales de Javy. Al menos por ahora, podía fingir que todo era normal, disfrutar del caos familiar de **La Lotería** y tal vez

olvidarse de las complicaciones que la esperaban afuera de sus puertas.

Judit, notando la mirada distraída de Mari, le dio un codazo.

“Entonces, ¿pensaste en lo que dije? ¿Sobre el collar?”

Mari suspiró y dejó caer los hombros como si los agobiara el collar que llevaba escondido en el bolso.

“No sé qué hacer, Judit”, admitió, con la voz cargada de indecisión. “Las cosas con Javy son... complicadas”.

Mari recorrió con la punta de un dedo el borde de su copa, con la mirada perdida.

“Está siendo tan... hostil. Es como si ya ni siquiera me conociera”.

Una sombra se apoderó del rostro de Judit.

“Deberías contarle lo del collar antes de hablar con su madre”, le aconsejó, con voz firme pero amable. “Sobre todo porque las cosas ya están tensas entre ellos”.

Mari asintió lentamente, frunciendo el ceño. Después de un momento de silencio, forzó una sonrisa, alejando las preocupaciones que amenazaban con consumirla.

“Tienes razón”, convino, con la voz más ligera ahora. “No arruinemos la noche hablando de él. Es noche de karaoke y pienso deleitarme con un canto realmente terrible”.

A medida que avanzaba la noche, el turno de Mari en el micrófono del karaoke llegó y se fue en un borrón de abucheos y vítores. La atmósfera despreocupada y dos tragos calmaron su mente.

La Lotería estaba llena de gente: amigos celebrando todo tipo de eventos, jugadores de bolos entrando en la sala de karaoke para añadir sus nombres a la lista.

Mientras se abría paso entre la multitud hacia el bar, a Mari se le retorció el estómago al ver de repente a Javy. Estaba inclinado hacia una mujer que no reconocía, y sus risas resonaban en la penumbra.

La intimidad del momento le provocó una punzada de dolor.

Javy giró la cabeza cuando ella se acercó. Sus ojos la recorrieron de cerca, e incluso con la música y la charla, podía sentir la desaprobación que irradiaba de él. La ira hervía en su interior, alimentada por una vida de ser juzgada.

Apretó la mandíbula y dio un paso hacia ella, abandonando a la mujer en la barra.

“Supongo que ahora tienes una explicación para el paquete”, acusó.

El calor inundó las mejillas de Mari, la vergüenza se enfrentaba a la indignación.

“No te hagas ilusiones, Javy”, replicó, levantando la barbilla. “Estoy aquí por el cumpleaños de Juan. No olvides que te invitaron. Y por última vez, no envié ningún paquete a tu bar”.

Ella había querido decirle que su madre lo había enviado, pero él estaba siendo ridículo.

La confusión se apoderó del rostro de Javy.

“Cierto”, murmuró, la palabra apenas audible. “Creo que lo olvidé. Acabo de llegar”.

Su tono despectivo fue la gota que colmó el vaso.

“¿Qué te da derecho a irrumpir en mi lugar de trabajo y gritarme por un paquete enviado a tu bar? Esto no tiene que ver conmigo, Javy. Dices que odias mi temperamento, pero el tuyo es peor que el mío cuando se activa. Es como si ahora fueras mi enemigo. Cuando me enojo, es por algo. ¿Ahora simplemente me odias? No tiene sentido”.

Respiró hondo, su voz ahora más suave.

“Estoy bajo mucha presión y no me escuchas, Mari. Los problemas con el robo y el seguro de mi madre. Es todo…”

Hizo una pausa y luego dijo:

“No disfruto discutir, pero tú solo entiendes la ira”.

El temperamento de Mari estalló. Hace una semana, ella podría haberlo consolado, preguntándole sobre sus problemas. ¿Pero ahora? No le importaba. ¿Por qué debería importarle sus sentimientos cuando él tan fácilmente desestimó los de ella?

El silencio se quedó entre ellos, pesado y sofocante. Entonces Javy suspiró.

“Lo siento. Reaccioné exageradamente. No merecías eso”.

El silencio se extendió entre ellos, la música y las risas del bar se desvanecieron en un zumbido distante. Javy se movió incómodo, sus ojos yendo de Mari al suelo. El peso de su disculpa permaneció en la atmósfera tensa.

Mari lo miró fijamente, un caleidoscopio de emociones arremolinándose dentro de ella. Dolor, ira y una esperanza persistente de que tal vez pudieran resolverlo. Pero algo la detuvo.

Su temperamento estalló, sus ojos escaneando a la multitud en busca de una distracción. Y allí estaba, como si su ira lo hubiera convocado: Marcos, abriéndose paso entre la multitud.

Vestido con una camiseta ajustada azul marino que abrazaba sus anchos hombros y unos vaqueros oscuros que enfatizaban su delgada figura, exudaba un encanto natural.

Su mandíbula fuerte, ligeramente salpicada de barba incipiente, añadía un toque áspero a sus rasgos, y su pelo oscuro despeinado enmarcaba su rostro a la perfección.

Mientras se movía, la multitud parecía abrirse paso para él, su paso seguro y su sonrisa tranquila lo convertían en una presencia magnética en la sala.

Su presencia era magnética, y ella se sintió cautivada cuando sus ojos traviesos se encontraron con los de ella.

Su rostro se iluminó con una sonrisa genuina, una mezcla de alegría y reconocimiento. Su presencia era un bálsamo, un ancla reconfortante en el caos.

Sin dudarlo, ella agarró su mano mientras él se acercaba. En el momento en que sus pieles se tocaron, se encendió una chispa entre ellos, inesperada y electrizante. Fue más que la calidez de su agarre, más que las arrugas alrededor de sus ojos cuando sonrió: fue una comprensión

silenciosa, una conexión que trascendió las palabras.

En ese instante, Mari lo supo. Marcos era más que alguien de su pasado. Era un salvavidas, un potencial salvador.

Girándose hacia Javy, una sonrisa desafiante se dibujó en sus labios.

“Lo entiendo, Javy”, dijo, su voz sorprendentemente firme. “Tienes razón, no somos una buena opción. Estoy aquí en una cita con Marcos. Así que, si nos disculpas…”

Los ojos de Javy se abrieron, una mezcla de sorpresa e irritación torció sus rasgos mientras veía a Mari alejarse. Miró a ella y a Marcos, su expresión gélida.

Un silencio cayó sobre la gente cercana, sus conversaciones se olvidaron momentáneamente mientras se giraban para ver el drama que se desarrollaba.

“¿Qué?” Javy farfulló, su voz era una mezcla de incredulidad y enojo. “Mari, espera. Quiero hablar de esto. Creo que… tomemos un segundo”.

Mari hizo una pausa, todavía de espaldas a Javy. Con un breve asentimiento a Marcos, replicó:

“No, ahora es mi turno de irme furiosa”.

Sintió las miradas de la multitud sobre ellos mientras llevaba a Marcos a la pista de baile. Su voz era un susurro victorioso en su oído:

“Simplemente déjate llevar. Te lo explicaré en un segundo”.

Marcos se rió entre dientes, su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras le susurraba:

“No hay nada que hacer, Mari”.

CINCO

El Valiente

"EL MAYOR ENEMIGO DEL CONOCIMIENTO NO ES LA IGNORANCIA, ES LA ILUSIÓN DEL CONOCIMIENTO.» – STEPHEN HAWKING

MARCOS

Marcos sonrió, con la mirada fija en el rostro de Mari mientras se balanceaban al ritmo de una interpretación no del todo perfecta de "I Will Always Love You" que resonaba en el escenario del karaoke.

La pista de baile de La Lotería era un espacio improvisado, una sección despejada de la bolera donde todos podían (y lo hacían) bailar las canciones del karaoke, esperando a los habituales que realmente podían cantar y a quienes trataban como celebridades locales.

Unos momentos antes, había estado tratando de escapar de las incesantes preguntas de su hermana sobre la fiesta de aniversario de sus padres. La frustración lo carcomía. ¿Por qué cada evento familiar venía con un bagaje emocional? Tenía veintinueve años, vivía solo, pagaba impuestos y dirigía un negocio exitoso. Sin embargo, su familia nunca reconoció sus logros, lo que hizo que la evasión fuera un trabajo de tiempo completo. Pero cuando miró a Mari, sus cuerpos balanceándose en perfecta sincronía, un testimonio de innumerables quinceañeras pasadas en la pista de baile, no pudo evitar sentir una sensación de intervención divina.

Su presencia era una distracción bienvenida, un breve respiro del caos de las expectativas familiares. Su hermana no se atrevería a acercarse a él mientras estuviera con Mari. Odiaba la confrontación, y Mari era la última persona con la que querría enredarse. Era el descanso que necesitaba.

Mari susurró: "Lo siento por arrastrarte a mi drama otra vez. Te acabo de ver y actué por impulso".

Marcos se inclinó hacia ella, su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja a Mari cuando la canción terminó y salieron de la pista de baile.

Una sonrisa lenta y coqueta se extendió por su rostro, sus ojos se detuvieron en ella mientras navegaban por las miradas curiosas de sus vecinos y amigos.

“Está bien”, murmuró, su voz era un retumbar bajo. “Me salvaste. Estoy evitando a mi hermana”.

Mari pareció sorprendida, luego se rió entre dientes. “¿Por qué? Pensé que tú y la princesa eran muy unidas”.

Marcos la guió hasta una mesa apartada en la esquina, su sonrisa se desvaneció ante la mención del apodo de la infancia con el que todos llamaban a su hermana. Mientras ella se sentaba frente a él en la mesa de colores brillantes, él contempló todas las formas en que estaban conectados.

Siempre trataban a su hermana como una princesa, mientras que presentaban a Mari como la villana en esa historia.

Consideró su respuesta. ¿Qué podía decir? No podía contarle sobre sus padres o la infidelidad de su padre cuando era joven. No quería hablar sobre las dudas de su padre sobre expandir su negocio o cuánto había invertido Marcos para que su crecimiento valiera la pena.

Su familia tenía una reputación: eran la familia cálida y unida que la gente amaba. Todos eran miembros exitosos y respetados de la comunidad en la que vivían. Podía escuchar la voz de su madre en su cabeza: “Nuestro negocio familiar no es asunto de nadie”.

Le dio la versión más simple de la verdad. “Mi hermana quiere que ayude a planificar una fiesta para nuestros padres”, admitió, con frustración en su voz. “Y ahora mismo no tengo tiempo… ella no acepta un no como respuesta”.

Mari asintió con simpatía. “Entiendo a la familia, no entender que no significa no”.

Marcos levantó una ceja, intrigado por su elección de palabras. “¿Y tú?” preguntó, inclinándose más cerca. Sabía poco sobre los padres de Mari. Se habían mudado de Pilsen cuando él estaba en la universidad y, aunque todavía eran dueños de dos tiendas de comestibles, sabía que la tía de Mari las administraba.

Ella asintió, encogiéndose de hombros levemente, descartando su pregunta no formulada mientras miraba hacia otro lado.

Reprodujo mentalmente el torbellino de los últimos diez minutos. Fuera lo que fuese lo que había sucedido entre Mari y Javy, ella claramente lo había buscado como una distracción, o tal vez para poner celoso a Javy.

La vida era interesante. Esta era la vez que más había pasado con Mari desde que habían sido consejeros de campamento cuando eran niños, y no estaba enojado por eso.

Un destello de desafío se encendió en los ojos de Mari mientras se mordía el labio. “Bueno”, murmuró ella, inclinándose más cerca, “siempre has querido salir conmigo, ¿verdad? Ahora es tu oportunidad. Javy se estaba portando como un idiota. Así que considera esto como una cita”.

Se reclinó en la silla de plástico. Ella asumió que tenía todas las cartas, creyendo que su falta de interés en él era de conocimiento público, y que estaría agradecido de pasar tiempo con ella.

Su certeza de que él querría salir con ella no era sorprendente, pero fue una gran sorpresa para él. Había estado usando a Mari para evitar las preguntas de su familia sobre las relaciones románticas durante la mitad de su vida.

Su vida romántica real era un secreto bien guardado. Conocía mujeres por su cuenta, lejos de Pilsen durante viajes de trabajo o con amigos que no tenían conexiones con nadie en su comunidad.

Cuando salía con alguien, lo hacía de manera ligera y divertida, y pasaba página rápidamente cuando las cosas amenazaban con ponerse serias. Lo último que quería era lidiar con las consecuencias de una relación pública, las interminables preguntas y expectativas de su familia.

Sentarse con Mari, o con cualquier otra persona, en una cita pública de la que su familia sabía… era una receta para el desastre. Una vez que su familia se enterara, lo atacarían, queriendo hablar de ello, pensando que finalmente estaba listo para sentar cabeza y casarse. Lo pondrían en contacto con todas las mujeres que habían conocido.

Antes de que se diera cuenta, la gente lo bombardearía con presentaciones de todas las mujeres elegibles en un radio de ochenta kilómetros, no exactamente su idea de pasar un buen rato.

Y ahora, allí estaba Mari, al alcance de la mano, creando una escena que llegaría al chat grupal familiar. Con su hermana en la habitación. Todo lo que podía hacer era seguirle el juego.

Porque en un giro que debería haber predicho, en lo que respecta a Mari, su confianza habitual flaqueó. Se quedó sin palabras. Su mente le gritaba que abandonara el bar de karaoke como estaba planeado, pero su corazón susurraba una sugerencia mucho más imprudente: cubrirle la boca con la suya. Tal vez eso evitaría que ella volviera a mencionar a Javy.

Marcos alzó una ceja, con expresión divertida y escéptica. “¿Es así? Bueno, no estoy seguro de que usarme para poner celoso a tu verdadero amor califique como una cita”.

Ella levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de él, con una chispa de desafío en ellos. “Nunca dije que él era mi 'verdadero amor'. Ese tipo de cosas no existen”.

“¿Cómo lo sabes?” la desafió.

“Simplemente lo sé”.

“Sí, pero ¿cómo?” insistió.

Su sonrisa se agrió. “Tal vez exista para personas como tu hermana. Pero yo no tomo decisiones basadas en dibujar corazones en mi cuaderno o deseos en las estrellas. Javy y yo nos llevamos bien. Ambos somos financieramente estables y nos atraemos el uno al otro. Eso es suficiente para una relación funcional”.

Marcos consideró sus palabras. No podía estar en desacuerdo. Sus padres habían estado juntos desde siempre, pero su padre la había engañado. Sus amigos salían y rompían por cosas insignificantes. No vivían en una época en la que la gente parecía enamorarse. Y en su más profunda sinceridad, él tampoco creía en eso. Pero quería que ella creyera.

En ese momento, apareció Daisy, con su rostro lleno de determinación. “Marcos”, dijo con voz entrecortada, “¿podemos hablar?”.

Fue una sorpresa para él verla allí. Estaban celebrando el ascenso de su primo, y ella normalmente evitaba ese tipo de reuniones familiares.

Pero allí estaba ella, firmemente plantada junto a la mesa, con los ojos fijos en él con una intensidad que lo hizo retorcerse.

Sin perder el ritmo, Marcos acercó la silla de Mari y le rodeó la espalda con el brazo con indiferencia. “Lo siento, hermana”, dijo, con un tono firme pero juguetón. “Mari y yo estamos tratando de disfrutar de la noche”.

Un dejo de irritación se dibujó en el rostro de Daisy, pero rápidamente lo disimuló con una sonrisa tensa. “Por supuesto”, respondió con la voz tensa. “Te fuiste cuando estábamos en medio de una conversación, hermano”.

Marcos se rió entre dientes y apretó ligeramente el hombro de Mari. “¡Pensé que habíamos terminado! De todos modos, eso puede esperar”, agregó, con los ojos brillando con picardía, “soy todo de Mari”.

Daisy frunció el ceño, claramente disgustada, pero asintió de mala gana y dio un paso atrás, dándoles espacio. Sabía que ella nunca armaría una escena; no la llamaban la princesa por nada.

Mientras Daisy se retiraba, Mari se volvió hacia Marcos, con el corazón palpitando con una mezcla de gratitud y curiosidad recién descubierta. “¿Qué fue eso?” murmuró, su voz apenas audible sobre la música pulsante.

La sonrisa de Marcos se ensanchó, sus ojos brillaron con un dejo de picardía en la penumbra. “Te lo dije”, dijo, con voz baja e invitadora, “estoy evitando a mi hermana. Además”, añadió, inclinándose con complicidad, “no puedo interrumpir nuestra primera cita ahora, ¿verdad? Especialmente con una audiencia tan grande. Javy nos está mirando desde la barra. Mi hermana prácticamente está disparando rayos láser desde el otro lado de la habitación”.

Los ojos de Mari se abrieron con diversión. “¿Javy nos está mirando?”

Él asintió, la molestia se arrastró en su voz mientras su teléfono vibraba incesantemente. Lo silenció con un golpe. “Y no está contento con eso”. Mientras miraba al hombre, se preguntó sobre su enojo. ¿No había roto con ella hacía una semana? Era extraño reconocer que la gente siempre quería lo que no podía tener.

La voz de Mari se convirtió en un susurro. “Vas a tener que besarme”.

Marcos volvió a mirarla con sorpresa. “¿Lo haré?”

Ella asintió con voz firme. “Y vas a tener que hacer que parezca bueno. Javy sabe que odio las demostraciones públicas de afecto. Si nos ve besándonos, se volverá loco. Tal vez entonces entienda mi punto”.

Se pasó la lengua por los dientes, sus ojos atraídos por la elegante curva del cuello de Mari, desnuda por el escote pronunciado de su vestido. El pulso rítmico en la base de su garganta se aceleró bajo su escrutinio, un eco silencioso de la música vibrante que llenaba el aire.

Una pregunta tiró de un rincón de su mente: ¿Cuál era su punto? Mari y Javy eran un rompecabezas que nunca había podido resolver. Su relación parecía una danza tempestuosa de pasión ardiente y discusiones amargas, muy lejos de la compañía tranquila y constante que él solía buscar. A la primera señal de problemas, el instinto de Marcos era huir.

Sin embargo, allí estaba, atraído por el mismo caos que solía evitar. Siempre había visto a Mari como un torbellino, una fuerza de la naturaleza que podía admirar desde la distancia.

Pero ahora, de cerca, vio la sutil vulnerabilidad en sus ojos, el indicio de inseguridad debajo de su fachada de confianza. Era una grieta en su armadura, un atisbo de la verdadera Mari, y era más atractivo de lo que podría haber imaginado.

Ella era una Venus atrapamoscas, seductora y peligrosa, su vibrante belleza ocultaba un hambre oculta.

“Luces bien, ¿eh?” murmuró, su voz era un susurro ronco.

Mari extendió la mano, sus dedos rozando su brazo. “No disfruto besar”, admitió, “pero puedes tomar la iniciativa. Hazlo... convincente. Inclínate, toca mi cara. Ya sabes, todo el asunto”.

Y sin embargo, allí estaba ella, problemas multiplicados por tres mil y hasta ahora, él no estaba huyendo.

“Sé cómo besar a Mari”, respondió Marcos, su voz era un gruñido bajo. “Y resulta que lo disfruto. Pero...” Su boca se volvió demasiado seca, demasiado rápido.

“Sí, sí, estoy segura de que sí”, interrumpió Mari poniendo los ojos en blanco. Bajó la cabeza, como si fueran conspiradores y dijo suavemente: “Pero este beso debe ser estratégico”.

La neblina humeante de La Lotería se arremolinaba a su alrededor, el olor a cerveza derramada y margaritas de cinco dólares con el ligero olor a cloro de las mesas de billar cercanas. Una tarjeta de neón de la Lotería, El Valiente, titilaba sobre sus cabezas, arrojando un ligero brillo en el rostro de Mari.

Marcos estaba hipnotizado, un escalofrío de anticipación recorrió su columna vertebral, sacudió la cabeza cómicamente rápido.

Decidió entonces que la única forma de hacer que dejara de hablar era hacer exactamente lo que ella le pedía. Extendió la mano, su mano ahuecó suavemente su mejilla, su pulgar trazó la delicada línea de su mandíbula.

Se inclinó, sus labios se encontraron con los de ella, rozando ligeramente los de ella.

Su respiración se entrecortó, cálida contra su piel. Solo un sabor, se dijo, para calmar el fantasma de un amor de la infancia. Pero en el momento en que sus labios se tocaron, la calidez de su piel, el ligero sabor de ella, algo cambió.

Sus manos encontraron instintivamente su camino hacia su cabello, los mechones sedosos se deslizaron entre sus dedos como agua. Él inclinó su cabeza hacia atrás suavemente, sus pulgares trazando el arco alto de sus pómulos, la calidez de su rubor irradiando bajo las yemas de sus dedos.

Y fiel a su palabra, lo hizo lucir bien, le pasó las manos por el cabello y le inclinó la cabeza. Sintiendo la seda de su cabello entre sus dedos.

Se movió lentamente, dejando que se acostumbrara a la textura y forma de su boca, memorizando la de ella.

Mordisqueó su labio inferior entre los suyos mientras le acariciaba la cara con los pulgares, la suave presión enviando una descarga de electricidad a través de él.

Profundizó el beso, saboreando la forma en que sus labios se amoldaban a los suyos, el dulce sabor de su aliento mezclándose con el suyo. Cada movimiento era deliberado, una danza de familiaridad e intensidad recién descubierta.

El bajo retumbar de una bola de bolos en la distancia hizo eco del gemido silencioso que escapó de su garganta cuando ella abrió la boca tentativamente, invitándolo a entrar con un jadeo, y su lengua estaba dentro de su boca. Ella instintivamente chupó su lengua y lo hizo gemir.

Ella era suave y olía sexy, bloqueando los olores y sonidos a su alrededor. Y todo lo que pudo hacer fue sumergirse más y más en un lugar dentro de sí mismo que nunca había visitado antes.

La sensación de finalmente resonar en el centro de su ser, aterrorizándolo. La comprensión lo golpeó como una ola, estimulante y aterradora a la vez. Se apartó, sus ojos buscando los de ella.

Retiró su boca, no se decepcionó cuando la miró a los ojos vidriosos.

"Está bien", susurró, su voz ronca y baja. "Eso fue... inesperado".

Marcos se reclinó en su silla, una sonrisa satisfecha jugando en sus labios.

"Me alegra haber podido ayudar", murmuró, su voz áspera con un deseo tácito.

"¿Ayuda?" —repitió ella, con su atención todavía fija en él.

"Pon celos a Javy", le recordó él en tono burlón.

"Javy", repitió Mari, como si el nombre fuera un eco lejano. "Bien. Sí. Eres muy bueno en eso, Marcos".

Se rió entre dientes, incapaz de resistir la urgencia de extender la mano y apartarle un mechón de pelo de la cara.

El simple gesto envió una descarga de electricidad a través de él, y rápidamente retiró la mano. "Tú también eres bastante buena", respondió suavemente, su voz apenas un susurro.

No pudo evitar preguntarse si la chispa entre ellos era resultado de la atmósfera cargada, los tragos de tequila y la emoción de desafiar a Javy.

¿O había algo más, algo más profundo hirviendo a fuego lento debajo de la superficie... y acaso quería saber si lo había?

MARI

Las luces de neón de La Lotería parpadeaban al ritmo del ensordecedor karaoke, proyectando un caleidoscopio de colores sobre el rostro de Mari.

Se sentía un poco temblorosa, se rozaba los labios inconscientemente con la mano. El sonido de un canto desafinado y una risa estridente era un zumbido disonante en sus oídos. Sus

pensamientos se arremolinaban, un revoltijo de emociones e impresiones.

La voz de Marcos atravesó el ruido, un retumbar tranquilizador. “No sé ustedes”, dijo, con los ojos brillantes de diversión, “pero yo me muero de hambre. ¿Qué puedo traerles? Recuerdo que tenían debilidad por sus papas fritas en su época. No estoy seguro de si hay algo más que sea comestible aquí, pero ¿tal vez los palitos de mozzarella?”

Mari parpadeó y su mente volvió a concentrarse. El batido de mango y los chupitos de tequila estaban desapareciendo, dejándole un dolor hueco en el estómago. “Seguro”, asintió distraídamente, “eso suena bien. Voy a pedir la siguiente ronda”.

Marcos soltó una carcajada cordial, con los ojos entrecerrados. “Habla en serio”, bromeó, levantándose de su asiento con un guiño. “No voy a dejar que pagues en nuestra primera cita”.

Mientras se alejaba, Mari lo observó moverse entre la multitud con serena confianza. Respiró profundamente, tratando de calmarse mientras Judit y Juan se dejaban caer en las sillas vacías.

Sus voces se superpusieron en un coro de sorpresa y diversión.

“¡Ya era hora! Ese hombre siempre ha tenido algo por ti”, exclamó Juan, con una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro.

“Ese beso lo fue todo”, añadió Judit, con los ojos brillantes de picardía. “Fue como algo sacado de una película”.

Mari sintió que un rubor le subía por el cuello. “Fue solo un beso, y no se ven películas”, le murmuró a Judit, tratando de restarle importancia al momento.

Pero su corazón latía con fuerza en su pecho, como un recordatorio de la emoción inesperada que la había recorrido cuando los labios de Marcos se encontraron con los suyos.

Dijeron al unísono: “Pero odias besar”.

Juan se rió. “Jinx. Me debes una Coca-Cola”.

Mari miró los rostros ansiosos de Judit y Juan, un rubor de vergüenza se apoderó de sus mejillas.

Esta era exactamente la razón por la que odiaba las demostraciones públicas de afecto. El foco de atención, el escrutinio, las inevitables burlas. Miró a la izquierda la tarjeta de neón de la Lotería sobre sus cabezas, La Luna, su imagen de una luna serena era un marcado contraste con el caos de emociones que se arremolinaban en su interior.

Marcos siempre había sido un libro abierto, alguien a quien ella creía entender. Pero el beso... había sido inesperado. Territorio desconocido.

Nadie la había besado nunca con ese nivel de intensidad antes. Su mente recordó los rápidos besos de Javy y la forma en que ella siempre se apartaba cuando él intentaba profundizar sus besos.

Queriendo desviar la conversación de su incomodidad personal, replicó: "Dije que no era mi favorito, no que lo odiara".

Los ojos de Juan se abrieron con fingida ofensa. "No, lo odiabas. ¿Recuerdas a Trent Matthews

en la escuela secundaria? Después de que prácticamente te tragara por completo en esa fiesta, juraste no volver a besar con lengua y en público de por vida".

Judit intervino, con una risa burbujeante. "Incluso cuestionaste la higiene bucal de todo el acto. Estoy bastante segura de que usaste la palabra 'inmundo' en el pasado".

El rostro de Mari se puso aún más rojo, pero antes de que pudiera replicar, Marcos reapareció, balanceando varios cuencos humeantes de aperitivos en sus brazos. “¡Feliz cumpleaños, Juan!”, anunció, dejando los cuencos en la mesa con un gesto elegante. Juan asintió agradecido. “Gracias, Marcos. No estaba seguro de si ibas a venir, pero lo hizo toda tu familia. El clan López es muy fuerte”.

Marcos se encogió de hombros, con una sonrisa burlona en los labios. “Cualquier excusa es buena para una fiesta, ¿no? Aunque me gusta, estamos solos en esta mesa”, agregó, con los ojos fijos en Mari un segundo más de lo necesario.

Las bromas fluyeron sin esfuerzo entre ellos, la incomodidad inicial se desvaneció a medida que compartían chistes e historias. Mari disfrutaba genuinamente de la compañía de Marcos, su ingenio y sus agudas observaciones eran un cambio refrescante de las conversaciones habituales que tenía con Javy sobre autoayuda, espiritualidad o sus sesiones de terapia.

El brazo de Marcos la rodó casualmente por los hombros. Era atento y cálido, de una manera en que Javy nunca lo había sido.

Más tarde esa noche, Mari compartió el viaje a casa con Judit. Mientras conducían por las tranquilas calles de Pilsen, Judit miró a Mari con una sonrisa maliciosa. “¿Soy solo yo”, comenzó, “o estás en medio de un triángulo amoroso?”

Mari puso los ojos en blanco juguetonamente. “Solo eres tú, Judit. ¿Y no deberías estar más molesta? Tu primo está en una especie de triángulo imaginario”.

Sintió que su corazón latía más rápido. No había forma de que sintiera algo por Marcos López. Eso sería un desastre. Su familia la odiaba. Estaban trabajando juntos. Y ella nunca estaba segura de cuándo estaban teniendo una conversación seria.

Judit se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza. “Oh, por favor. No estoy preocupada. Mi primo va a ganar esta”.

Una sonrisa tiró de los labios de Mari. “Todo esto era para poner celoso a Javy. Fue solo un beso. Nadie en este mundo piensa que un beso significa algo”.

Lo estaba llamando Javy, eso era un progreso.

Judit la miró con escepticismo. “Pero significa algo para ti. Te vi”.

Mari miró por la ventana hacia las calles familiares. Había elegido mudarse de nuevo a Pilsen porque sentía que era un lugar donde podría formar una familia y porque Judit vivía aquí.

Suspiró. “Entre Marcos y yo no pasa nada. Él solo me hizo un favor. Sé lógico”.

Mari sintió una oleada de satisfacción y se rió de su propia broma. Había usado las propias palabras de Judit en su contra; tal vez eso la haría salir del tema.

“Está bien. Usemos la lógica. ¿No te parece extraño que nunca hayas disfrutado besar a Javy, pero que estuvieras prácticamente en el regazo de Marcos cuando lo besaste? Todo eso suena como datos contundentes que sugieren que tienes una conexión más física con Marcos que con Javy”.

Mari gimió. Judit era implacable.

Judit la ignoró y continuó: “¿No te parece extraño que hayas dicho que odiabas la forma en que Javy intentaba hacerte leer libros de autoayuda y que dijeras, y cito textualmente, ‘Es tan malo como tú enviándome artículos’. Mientras tanto, tú y Marcos parecían divertirse mucho hablando, discutiendo sobre los Cubs contra los Sox”.

“A Javy le gustan los deportes. Es voluntario en el Centro Comunitario. Simplemente no lleva la cuenta como yo porque está ocupado”.

“Tal vez”, respondió Judit con ojos brillantes. “Pero siempre pensé que era extraño. ¿No te gustaba Marcos cuando éramos niñas? Siempre tuve la impresión de que sí, pero luego algo cambió”.

Mari tragó saliva. “Judit, estás exagerando. Bien, ya no odio exactamente a tu prima, pero no… simplemente no quiero hablar de eso”.

Judit se encogió de hombros. “Bien. Creo que he expuesto mi caso. Además, no tiene lógica de quién terminamos enamorándonos”.

Mari miró por la ventana, las luces de la ciudad se difuminaban mientras intentaba ordenar sus emociones enredadas.

La risa de Judit llenó el auto, pero Mari no podía quitarse de encima la sensación de que estaba al borde de algo que no estaba lista para enfrentar.

SEIS

Raíces y revelaciones

"LA MEJOR SALIDA ES SIEMPRE A TRAVÉS DE ELLA." - ROBERT FROST

MARCOS

Habían pasado tres días desde la noche en el bar de karaoke, y Marcos estaba en modo de evasión total de la familia.

Sintió una punzada de culpa por silenciar las notificaciones del chat grupal de su familia, pero era su única defensa hasta que pudiera ordenar el torbellino de emociones y pensamientos que habían surgido desde la noche de karaoke.

Así que había usado un pase gratuito que le había dado un cliente para el Hotel Randolph y se había concentrado en el trabajo. Sabía que era infantil, pero no quería responder las preguntas de su familia hasta que supiera exactamente lo que quería decir. Y sabía que aparecerían en su apartamento inesperadamente.

La única persona a la que le había enviado un mensaje de texto fue a Daisy, para confirmar que asistiría a la fiesta de aniversario de sus padres en dos semanas y disculparse por no haber sido más servicial. Ella aún no había respondido.

Mientras conducía hacia el centro comunitario para reunirse con Mari, se dio cuenta de que había estado esperando para hablar con ella sobre lo que había sucedido entre ellos. Ya no era un niño tonto que dejaba flores, se había convertido en un hombre serio, práctico y eminentemente lógico. Que besara a Mari delante de su familia y de todo el vecindario era algo realmente gracioso.

Obviamente, Mari tenía un efecto sabotaje sobre su bienestar. Pero cuando uno sabe más, se comporta mejor, y no era probable que volviera a sufrir ese problema.

El centro comunitario bullía de actividad, el leve olor a pintura fresca y suelos limpios se mezclaba con el sonido distante de los niños que jugaban afuera. Marcos respiró profundamente, el aire fresco era un contraste bienvenido para sus pensamientos.

Mientras recorría los pasillos abarrotados, observó a Mari antes de entrar en su oficina.

Un voluntario masculino mostró un evidente encanto mientras le hablaba. Extraño. Eso no era algo que él notara; estaba tan cansado que no podía ver con claridad.

Estaba presionando para conseguir un contrato para otro jardín en los suburbios del oeste. Había pedido un préstamo para expandir su negocio, lo que significaba anuncios de formas convencionales y no convencionales. Según David, el objetivo era salir del rojo lo antes posible.

Estaba pegando volantes en los tablones de anuncios de la comunidad, ofreciendo consultas gratuitas en los mercados agrícolas locales e incluso patrocinando una competencia de jardines del vecindario, todo mientras hacía malabarismos con las demandas de sus proyectos existentes y la inminente presión del pago del préstamo.

Marcos soñaba con el día en que pudiera contratar más ayuda, pero por ahora, eran solo él y su pequeño equipo, que trabajaba muchas horas para llegar a fin de mes.

Odiaba dormir en un hotel.

Sus pensamientos se centraban en las inminentes presiones de su negocio en expansión cuando entró en el centro comunitario. Pero en cuanto vio a Mari, absorta en una conversación con un voluntario, sus preocupaciones por el negocio se desvanecieron momentáneamente, reemplazadas por una oleada de emociones inesperadas.

Mientras miraba a Mari desde la distancia, pensó en su noche de karaoke. La noche del domingo le había mostrado una faceta de Mari que no esperaba.

Esa era la única razón por la que las hormonas habían resurgido en su sistema. Había estado tan seguro, tan seguro, de que ella lo odiaba. No a una mujer que pudiera afectarlo. No a una mujer que se derritiera en sus brazos y lo hiciera sentir como si se estuviera ahogando.

Compartían tantas similitudes. Tal vez eso fuera parte de ello. Nunca esperó encontrar a alguien que comprendiera su agotamiento por la comunidad que compartían. La mayoría de la gente pensaba que vivir bajo un microscopio era encantador. Pero tenía la sensación de que Mari lo odiaba tanto como él. Y no podía dejar de pensar en que ella estaba de acuerdo con sus quejas sobre la familia.

“¿Marcos?”

De alguna manera, había caminado hasta ella, olvidando momentáneamente su cansancio mientras la miraba. Había pasado la mayor parte de su vida pensando en su boca, sus ojos, la forma en que su cabello oscuro se convertía en una cortina alrededor de su rostro. Pero ahora, los recuerdos eran viscerales: el sabor de sus labios, la sensación de ese cabello enredado entre sus dedos.

El peso de las noches de insomnio y los días de trabajo interminables lo derribó. Parpadeó, obligándose a volver al momento presente, y esbozó una sonrisa cansada.

"Vengo con el prototipo para el proyecto", dijo, con la voz más áspera de lo que pretendía, sosteniéndolo como si fuera lo único que lo mantenía erguido.

"Eso es genial", respondió Mari, con los ojos brillantes con una energía que él solo podía envidiar. "Vayamos a la sala de conferencias". Se dio la vuelta y la guió por la escalera, su paso rápido contrastaba marcadamente con sus pasos pesados. Él la siguió, el prototipo era una carga

pesada en sus manos, cada paso era un recordatorio del cansancio que lo derribaba.

Ella se sentó y él entró en modo de configuración, rodeado de un conjunto colorido de materiales cotidianos convertidos en herramientas educativas. El sistema de riego que había diseñado era ingeniosamente simple, destinado a enseñar a los niños sobre la agricultura sostenible a través de actividades prácticas.

La instalación incluía tubos de plástico transparente, pequeñas bombas de agua y varios sensores hechos con cajas de madera recicladas.

Después de terminar su trabajo, le hizo un gesto para que se acercara a un pequeño jardín de demostración. "Ven a ver esto, es más que un montón de tubos. Este es solo un prototipo para una sección del jardín. Estaba pensando que cuatro deberían ser suficientes para dividir a las familias en grupos".

Mari se acercó y él sintió la atracción de nuevo, zumbando entre ellos. Era su mejor trabajo, si él mismo lo decía. Le mostró los elementos que había elegido y sintió una sensación de orgullo. Había hecho cosas así cuando era más joven.

El sistema de riego utilizaba botellas de plástico vacías como depósitos de agua. Las había pintado para llamar la atención y válvulas de control sencillas hechas con grifos de mangueras de uso doméstico. “Parece que has asaltado tu sótano”, comentó ella, levantando una ceja con diversión.

“Eso es exactamente lo que hicimos”, respondió Marcos, con los ojos brillantes. “Dijiste que la idea era utilizar materiales que los niños pudieran reconocer de sus casas, haciendo que la parte tecnológica fuera menos intimidante. Aprenden mejor cuando pueden relacionar lo que ven aquí con lo que tienen en casa”.

Se quedó despierto hasta tarde buscando objetos que pudieran funcionar.

Le entregó una tableta que controlaba los sensores que había comprado. El sistema medía la humedad del suelo y ajustaba el flujo de agua en consecuencia. Los niños podían hacer coincidir lo que medían con un número preciso.

“Aquí puedes ver cómo riega automáticamente las plantas cuando el suelo se seca demasiado. Los niños pueden hacer un seguimiento de sus plantas y luego observar estos ajustes para ver cómo las diferentes plantas necesitan diferentes cantidades de agua”.

Impresionada, Mari tecleó en la aplicación y observó cómo el agua fluía suavemente por los tubos hasta llegar a los canteros de plantas. “Es inteligente. Los niños pueden ver el efecto inmediato de sus acciones”.

Pasaron la siguiente hora ajustando el sistema, asegurándose de que estuviera listo para que lo usaran los niños. Lo probarían con un grupo pequeño antes de usarlo.

Explicó el prototipo con una facilidad practicada, y los detalles familiares lo anclaron momentáneamente. Explicó cómo había usado pintura no tóxica de colores brillantes para hacer que el equipo fuera atractivo y seguro para los niños, y cómo había asegurado los tubos con abrazaderas simples que los niños podían manejar por sí solos, fomentando las habilidades mecánicas básicas.

Cuando terminó, sus palabras fueron como una taza de café caliente en una mañana fría, ahuyentando un poco el frío del cansancio. “Marcos, le dedicaste tanto esfuerzo a todo. ¿Y creaste una aplicación? No creo que nadie se lo esperara”.

Él agachó la cabeza, con una tímida sonrisa tirando de sus labios, su cansancio momentáneamente olvidado en el brillo de su elogio. “Quería asegurarme de que también entendieran el aspecto técnico”, explicó. “La aplicación tiene capacidades de codificación simples que funcionan para niños de su rango de edad”.

Sus ojos brillaron con genuina admiración. “Eres terriblemente inteligente. Siempre lo has sido”.

Una calidez cómoda se instaló entre ellos, un entendimiento compartido que trascendía las palabras.

No queriendo perder el momento, él preguntó: “¿Podemos probarlo afuera también?”.

Ella asintió, con un atisbo de sonrisa en sus labios. “Mi próxima reunión no es hasta dentro de una hora”.

Mientras caminaban, él trató de reprimir una sonrisa. La prueba al aire libre no era estrictamente necesaria, pero no estaba listo para dejarla todavía. Su presencia era un recordatorio reconfortante de un mundo más allá de los plazos y las noches de insomnio pensando en su propio éxito.

Se dirigieron al jardín y él comenzó a colocar los tubos, teniendo cuidado de no olvidar su ubicación.

“Sabes, las plantas son como las personas en algunos aspectos”, comenzó, con una sonrisa en las comisuras de su boca. “Necesitan el entorno adecuado para prosperar: suficiente agua, suficiente luz solar”.

Mari se rió, sacudiendo la cabeza. “¿Cómo sabes qué es suficiente? Nunca he podido mantener viva a una”.

Cuando comenzaron la reunión, ella había mostrado reservas y vacilaciones. Ahora él se preguntaba si eso era una máscara, una protección que usaba contra el mundo exterior. Ella no parecía darse cuenta de que durante los últimos quince minutos, había sonreído y bromeado con él.

Marcos percibió el sutil aroma de su perfume: rosas, frágiles, dulces y delicadas.

Se levantó del lugar, con movimientos deliberados y medidos, y cerró la distancia entre ellos.

Cuando se paró frente a ella, sus ojos se encontraron con los de ella, fijándose en ellos con una mezcla de intensidad y calidez.

"Cuando la planta crece. Cuando prospera", susurró, su voz tenía un dejo de convicción.

Se quitó los guantes que llevaba puestos y se los metió en el bolsillo. Sin pensarlo conscientemente.

Le tomó la mano con suavidad, su toque ligero pero tranquilizador. "Puedes verlo en la forma en que se mantiene más alta, la forma en que sus hojas se extienden para captar la luz del sol. Se

trata de comprender sus necesidades y responder a ellas".

La abrumadora necesidad de besarla de nuevo lo invadió, un impulso tan fuerte como la luz del sol que calentaba el jardín comunitario que los rodeaba. Allí, entre las plantas que crecían, sintió una conexión con Mari que quería gritar a los cuatro vientos.

Los ojos de Mari se suavizaron mientras escuchaba, sus dedos se curvaron ligeramente alrededor de los de él. "Supongo que nunca les he prestado tanta atención".

El teléfono de Mari interrumpió su conversación, la vibración llenó el aire entre ellos.

Ella saltó y miró su teléfono. Él vio cómo un ceño fruncido de preocupación cruzó brevemente su rostro, luego se transformó en una leve sonrisa en sus labios mientras miraba la pantalla.

"Soy Javy", dijo, con voz casual pero con ojos cautelosos.

La mandíbula de Marcos se tensó, pero forzó una sonrisa. "Parece que nuestra 'cita' dio sus frutos", bromeó, aunque las palabras se sintieron amargas en su boca. "¿No vas a responder?"

Ella negó con la cabeza. "Estoy en el trabajo. Estamos probando tu sistema afuera".

"No te preocupes por mí", Marcos se encogió de hombros y siguió con la mirada cada uno de sus movimientos. "Solo estoy probando el sistema de irrigación. Puedo hacerlo mientras me llamas".

Su expresión se endureció. La estaba poniendo a prueba y lo sabía. Quería ver qué diría y si llamaría a Javy de nuevo.

Evidentemente, los límites entre lo correcto y lo incorrecto habían desaparecido con ella, y su necesidad de poner a prueba su lealtad había desaparecido.

Pero la necesidad de saber, de estar seguro, ardía en su interior como un reguero de pólvora. ¿Aún quería a Javy? ¿Había imaginado la atracción que había entre ellos? Había tanto que no se decían, pero él no sabía lo que quería, así que no podía saber qué decir.

MARI

Mari miró a Marcos. La tranquilidad que había sentido a su alrededor se había roto de alguna manera. Era como si el recuerdo de Javy hubiera reemplazado la calidez entre ellos y los hubiera devuelto a la relación antagónica que habían tenido cuando eran niños.

Había estado segura de que él la iba a besar de nuevo.

Él le había agarrado la mano; había sentido que habían estado pasando un momento. Ella se había acercado a él, queriendo saber si el beso sería tan bueno sin alcohol en su sistema.

Había sido un impulso inapropiado; estaba en el trabajo donde cualquiera podía salir y atraparlos.

Había algo en la forma en que Marcos la miraba. La miró directamente a los ojos de una manera que nadie había hecho nunca.

La llamada de Javy rompió el hechizo. Ella miró el sistema de irrigación que él había creado; era como él, lleno de creatividad y diversión.

Se aclaró la garganta, reprimiendo la persistente decepción. "¿Lo probamos aquí abajo?", preguntó, con la esperanza de recuperar un sentido de profesionalismo.

Marcos asintió en silencio, con algo ilegible en sus ojos.

A salvo, pensó Mari, aliviada de que la tensión incómoda se hubiera disipado.

Lo que fuera que casi había pasado entre ellos ya había terminado. Llamaría a Javy, le explicaría lo del collar y las cosas volverían a la normalidad.

El resto de su reunión fue estrictamente de negocios, Marcos se fue quince minutos después y acordaron reunirse la próxima semana con los voluntarios familiares que encontró.

Mientras se dirigía de regreso a su oficina, tomó su teléfono y sus pensamientos regresaron a Javy. Él no la habría llamado al trabajo sin una buena razón.

Él respondió al segundo timbre. "Gracias por devolverme la llamada, Mari".

Ella asintió y sus ojos se desviaron hacia las fotografías en la pared de su oficina, en su mayoría instantáneas de sus viajes. La oficina era su santuario, un espacio que había decorado a su gusto, sabiendo que sus padres nunca pondrían un pie en el centro comunitario.

"¿Qué puedo hacer por ti, Javy?", comenzó, con voz vacilante. "Quería..."

Él la interrumpió, su tono de disculpa. —Mari, creo que he sido una idiota contigo y muy injusta. Es solo que creo que podríamos comunicarnos mejor, pero te extraño. Ella negó con la cabeza y una oleada de náuseas la invadió. Siempre que hablaba con Javy, pensaba demasiado en cada palabra que decía, queriendo convertirse en alguien que él quisiera. Pero esta vez no.

Esta vez, ella quería aclarar las cosas entre ellos, empezar desde un terreno de juego parejo. Ella lo había perseguido en el pasado y ya no quería esa dinámica entre ellos.

“Javy”, dijo, con voz firme, “eso es lo que dijiste la última vez que rompimos. Pero siempre terminamos en el mismo lugar, donde piensas que toda mi personalidad está mal. Y eso es agotador”.

Javy gimió. “¿Está mal querer discutir menos?”, replicó, con un dejo de frustración en su voz.

Mari suspiró, un sonido cansado escapó de sus labios.

“No lo sé”, admitió. “Pero esto es lo que sé. Tu madre me envió un collar, eso es lo que era ese paquete”.

Él maldijo en voz baja, sonando sospechoso. “¿Por qué te enviaría algo? La conociste una vez”.

Suspiró de nuevo. ¿Cómo iba a saber por qué su madre le había enviado un collar? Esto era tan típico de sus conversaciones. Él desconfiaba de ella, y la verdad era que todo lo que ella había hecho era tratar de darle lo que él decía que quería.

“No lo sé”, replicó ella, con la voz cargada de frustración. “¿Por qué quieres estar con alguien de quien sospechas tanto?”

“Mari”, suspiró él, “tienes que admitir que es extraño”.

“No más extraño que esta conversación”, replicó ella, con tono firme. “Creo que tenías razón la primera vez. Deberíamos tomarnos un descanso. Salir con otras personas. Ver si seríamos más felices separados”.

Javy maldijo de nuevo. “¿Quieres decir que quieres salir con Marcos? Vi la forma en que lo besaste”.

Mari no sabía qué decir. Esta era la mayor atención que Javy le había dado nunca, lo más celoso que había estado nunca. Una parte de ella estaba emocionada. Tal vez esto significaba que podían hacer que las cosas funcionaran, y él estaba pensando en ella seriamente.

Su mente se trasladó a pensar en Marcos, en la tranquilidad que había entre ellos, en la forma en que su cuerpo se relajaba a su alrededor. El beso. Su casi beso. Pero nada de eso era real. Marcos había querido que ella llamara a Javy. Quería ayudarla a ponerlo celoso.

Marcos no la quería más que Javy. Solo la estaba ayudando, y ella todavía no entendía por qué, pero sospechaba que tenía algo que ver con enojar a su familia.

“Creo que necesitamos tiempo para pensar en lo que cada uno quiere”, dijo.

Javy suspiró de nuevo. “Te deseo a ti”.

Miró una fotografía que había tomado cuando tenía dieciséis años. Estaba en el centro del collage en su pared y había sido el punto focal en cada oficina que había tenido.

La imagen mostraba el primer jardín en el que Marcos había trabajado cuando eran niños. Sus padres lo habían contratado para hacer el patio delantero. Su madre había quedado encantada con lo que ella veía como su espíritu emprendedor.

El resultado había sido un rosal rodeado de enredaderas que parecían parte de un jardín victoriano. A ella le encantaba esa casa y el esfuerzo que él había puesto en ese jardín, antes de que sus padres se mudaran de Pilsen.

Incluso ahora, ella todavía pasaba por allí, sintiendo como si él hubiera hecho ese jardín para ella, incluso aunque se sintiera tonta al pensar eso.

Su respuesta a Javy la sorprendió. "Creo que deberíamos tomarnos dos semanas y ver si al final de ellas queremos estar juntos".

Javy suspiró. "No puedo hacerte cambiar de opinión sobre esto, ¿verdad?"

Ella sonrió. "No puedes, pero aprecio que lo hayas intentado".

Después de colgar, se quedó mirando la foto. Tenía un plan. Había visto tantos videos en las redes sociales sobre cómo los hombres querían ser maltratados. Tal vez eso era lo que necesitaba hacer con Javy: hacerlo sufrir para que pudiera reconocer lo que tenía.

Parecía un buen plan: los celos, una jugada clásica sacada directamente de su manual de relaciones.

Pero cuando Mari fijó la mirada en la foto de ese jardín, una oleada de dudas la invadió. ¿Por qué

era uno de sus favoritos? ¿Qué pensaría Marcos cuando le pidiera que participara en su plan? Trató de imaginárselo y lo vio bromear con ella, tal vez incluso decirle: “Hagámoslo”. Marcos tenía la energía de un amigo, una ligereza en él. Probablemente se reiría y haría una broma sobre besarla. No la juzgaría ni la haría sentir mal por eso.

¿Alguien como él podía siquiera ponerse celoso? De repente, una extraña necesidad de devorar todas las relaciones que le había enviado Judit se apoderó de Mari. Pero en el fondo, no creía que los celos funcionaran en hombres tan seguros de sí mismos como Marcos.

No es que Javy fuera inseguro, per se, pero ansiaba su constante consuelo. No podía imaginar que Marcos lo necesitara alguna vez.

Por otra parte, Marcos provenía de una familia amorosa y comprensiva, todo lo contrario de la de Mari.

Javy, como ella, había crecido con padres exigentes y ausentes que rara vez lo priorizaban. Era algo que tenían en común, un hambre constante de afirmación.

Excepto que él rara vez alimentaba a la de ella, y por alguna razón, ella estaba harta de alimentarlo a él.

SIETE

Rosas

"NO HAY REMEDIO PARA EL AMOR SINO AMAR MÁS." - HENRY DAVID THOREAU

MARI

Mari caminaba por el parque Pilsen, el sol del atardecer salpicaba el camino con una luz dorada que se filtraba a través de las hojas. Se sintió atraída hacia él de nuevo, queriendo darle a Marcos su chaqueta y asegurarse de que todo estuviera bien entre ellos.

El sonido distante de las risas de los niños y el canto de los pájaros llenaba el aire, creando un contraste relajante con sus pensamientos tumultuosos.

Vio a Marcos, de pie cerca del jardín de rosas, todavía cerrado por reformas. Estaba revisando sus planes, con el ceño fruncido en señal de concentración, mientras que en el fondo, su equipo de paisajistas y jardineros estaban ocupados dando vida a su visión.

Algunos estaban podando cuidadosamente los rosales demasiado crecidos, mientras que otros estaban enmendando el suelo con un rico abono.

Marcos se alejaba del animado grupo de hombres, sus botas de trabajo levantaban polvo mientras cruzaba el césped reseco.

Se sentó en un banco desgastado cerca del jardín de rosas, su tableta era un marcado contraste blanco contra la madera desgastada. A lo lejos, las figuras de su equipo se inclinaban y se enderezaban en un movimiento rítmico, un testimonio del progreso del día.

Había un magnetismo en él, una autoridad tranquila que resonaba en él. Ella siempre había sabido que era brillante. Pero verlo allí, riendo fácilmente con su equipo un momento, luego agachado junto a ellos para mostrar una técnica de poda al siguiente, reveló una profundidad de amabilidad y fortaleza que nunca había experimentado.

No tenía miedo de trabajar junto a ellos, y claramente lo respetaban por eso. Con una respiración profunda, agarró su chaqueta, un peso reconfortante en su mano, y se acercó a él.

¿Realmente habían llegado tan lejos en una semana? Ella había pasado de verlo como un

torturador de la infancia a un aliado inesperado. Pero entonces, Marcos exudaba una sensación de no juzgar que se sentía como un bálsamo calmante para sus nervios deshilachados.

Él levantó la vista, la sorpresa revoloteó momentáneamente en su rostro antes de suavizarse en una cálida sonrisa.

"Mari, hola. ¿Qué pasa?"

Ella se relajó aún más. En Pilsen, la gente a menudo suspiraba cuando la veían llegar, actuando como si fuera alguien a quien había que evitar. Esto le había inculcado el deseo de molestarlos, de rechazar sus actitudes despectivas.

Pero con Marcos, era diferente. Siempre parecía genuinamente contento de verla, y esa calidez le permitía relajarse de maneras que no podía entender del todo.

Era desconcertante y reconfortante a la vez.

"Tengo tu chaqueta", dijo torpemente.

Miró sus ojos castaños oscuros, distraída. Marcos era diez centímetros más bajo que Javy, y mientras que Javy era delgado, Marcos era ancho.

Se sentía fuerte bajo sus manos, como algo sólido, una presencia constante que sostenía sus emociones arremolinadas.

Se aclaró la garganta y le entregó su chaqueta. A pesar de su determinación de pedirle que fingiera salir con ella, se sintió sin palabras.

"Podrías haberla conservado, ¿sabes?"

Sin saber qué decir, miró alrededor del trozo de parque en el que estaba trabajando.

"El jardín está tomando forma", comenzó, señalando el jardín de rosas, todavía lleno de tallos muertos y maleza crecida. "El otro día me preguntaba cuándo se abrirá de nuevo".

Marcos se reclinó contra el banco, cruzando los brazos.

"El primer obstáculo está superado", respondió, con un dejo de orgullo en su voz. "Desafortunadamente, había mucha maleza aquí, y el presupuesto hace que sea complicado mantener las rosas. Necesitamos una mezcla más resistente de plantas".

Miró a Mari, luego volvió a mirar el jardín.

"Entonces, estoy pensando en una manera de mantenerlo rentable y mantener la sensación del jardín de rosas que todos aman. Creo que será otro mes".

Ella asintió, con un dejo de timidez en su voz.

"Amo las rosas. Sé que eso es un cliché" —admitió, preparándose para su inevitable provocación.

Desde que tenía memoria, la gente se había burlado de ella por su falta de gusto sofisticado en flores.

Marcos se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza. “¿Cómo puede ser un cliché lo que amas? Las rosas son duras y resistentes. La planta en sí es resistente y puede soportar condiciones duras, pero aún así produce flores delicadas y hermosas. Protegen su belleza.”

“Eso es…” Mari hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. De repente se sintió inadecuada, insegura. ¿Qué estaba pasando dentro de ella?

La expresión de Marcos cambió ligeramente, un dejo de sospecha en su rostro. “¿Viniste a ver el progreso o llamaste a Javy?” Dio una palmadita en el espacio a su lado en el banco, una invitación que ella no podía rechazar.

Con un suspiro de resignación, Mari tomó asiento. “Llamé a Javy. Y tenías razón. Quiere volver a estar juntos.”

Se preparó para lo que él diría. Tal vez él haría como Judit y le diría que lo dejara.

Una mirada de complicidad cruzó el rostro de Marcos. “Los celos funcionan de esa manera,” reflexionó. “Obligan a las personas a ver lo que pueden perder. Debes ser feliz.”

Sus palabras sonaron como un golpe, una acusación sutil. Mari se movió incómoda en el banco, sintiendo que había capas tácitas en su conversación que ella estaba perdiendo. Ella estaba feliz. Esto era lo que quería. Y demostraba que Javy se preocupaba por ella, tal vez incluso más de lo que él creía.

Se sintió perdida sobre cómo responder, así que se apegó a los hechos de lo que había sucedido.

“En realidad,” confesó, “le dije que deberíamos tomarnos un descanso. Salir con otras personas.” Dudó, su voz se convirtió en un susurro. “Asumió que me refería a ti.”

El sol se hundió más en el cielo, proyectando largas sombras sobre el parque. Los labios de Marcos se curvaron en una sonrisa burlona mientras miraba su reloj y decía: “Son las 6 p.m. No lo pienses.”

Observó cómo él se levantaba del banco, se sacudía una hoja suelta de sus pantalones de trabajo y caminaba hacia su equipo. Unas palabras y un gesto después, empezaron a recoger sus herramientas, sus risas y charlas llenaban el aire mientras se preparaban para salir por el día.

Marcos regresó al banco, su sonrisa se ensanchó mientras se giraba hacia Mari. “Ahora, ¿dónde estábamos?” preguntó, su voz un murmullo indistinto. “Ah, sí. ¿Quieres que salgamos durante dos semanas?”

Sus mejillas se sonrojaron, su corazón latía aún más fuerte. “¿Siempre eres así de directa?” se atragantó. Era extraño que Marcos no la hiciera esforzarse por las cosas.

Sacudió la cabeza, con un dejo de diversión en sus ojos. “No, por lo general soy bastante bueno evitando mis problemas. Pero estás en una situación difícil.”

Marcó las razones con los dedos mientras hablaba. “Javy se presentó en tu trabajo. Fingimos una cita para llamar su atención... Incluso me pediste que te besara. No veo una razón para hacerte sufrir más de lo que ya has sufrido.”

Mari sintió que una calidez se extendía por su pecho ante sus palabras, una mezcla de gratitud y

algo más que no podía definir. Bajó la mirada, sus dedos jugueteando con el dobladillo de su camisa, una sonrisa tirando de sus labios.

Habían pasado muchas cosas. Hizo una pausa, un brillo juguetón apareció en sus ojos. “Aunque me pregunto qué hay en esto para mí.”

Las cejas de Mari se alzaron. “Pensé que la familia López se trataba de buenas acciones,” bromeó.

Era una conversación ridícula, pero se sentía cuidada. Confiaba en que de alguna manera él haría las cosas menos incómodas.

Eran sus ojos. Tenía unos ojos geniales, pensó, rasgos fuertes resaltados por el cabello oscuro.

Su boca se suavizó un poco cuando sonrió, y siempre sonreía cuando la miraba.

Él se rió entre dientes, un sonido profundo y retumbante que le provocó un escalofrío en la espalda. “Estás pensando en Daisy.”

Hizo una pausa y miró a lo lejos y luego dijo: “Pero me vendría bien tu ayuda. Tengo algunas obligaciones familiares por delante y preferiría no asistir solo. Si aceptas ir conmigo y protegerme de mi familia, sin hacer preguntas, entonces fingiré que salgo contigo donde sea que quieras ir.”

“¿Protegerte?” —repitió Mari, inclinando ligeramente la cabeza. La pregunta quedó en sus labios por un momento antes de dejarla sin decir, no queriendo pasarse de la raya.

Marcos se inclinó más cerca, su voz se redujo a un susurro conspirador. “Hagas lo que hagas, no me dejes solo con nadie con quien tenga parentesco.”

Mari se echó a reír, una reacción espontánea que la sorprendió incluso a ella. “Puedo hacer eso. Lo he estado haciendo por Judit desde que éramos niños.”

Mari recordó las fiestas familiares a las que Judit la había obligado a asistir para evitar que sus tías y tíos cuestionaran sus hábitos alimenticios. Mari solía decir algo tan loco que terminaban regañándola y la dejaban en paz.

Marcos extendió su mano. “Deberíamos estrecharnos la mano.”

Mientras Mari apretaba la mano grande y cálida de Marcos, rezó en silencio para que ese fuera el paso correcto y que Javy finalmente viera que su relación era algo por lo que valía la pena luchar. “Siento que deberíamos tener reglas o hablar de las cosas. ¿No es eso lo que hace la gente, para mantenerse a salvo en situaciones como estas?”

Riendo, él le soltó la mano y se señaló a sí mismo y luego a ella. “¿Reglas? ¡Yo soy un galán! Soy un caballero. No necesitamos reglas. Podemos jugar sobre la marcha. Si no te gusta algo, entonces hablamos de ello. No hay necesidad de drama, Mari. Mira nuestras vidas. Mira nuestras elecciones.”

Una calidez desconocida se extendió por ella. Marcos le había demostrado con sus acciones que la respaldaba y, en su presencia, ella no podía evitar sentirse segura y a salvo.

Cada vez que sus caminos se cruzaban, irradiaba una silenciosa tranquilidad, una sensación de

que la veía, la veía de verdad y la encontraba digna. Nunca la había juzgado, nunca había menospreciado sus sueños o inseguridades. Simplemente era una persona fuerte, robusta y con los pies en la tierra.

Tampoco la había hecho sentir que lo que le estaba pidiendo era extraño. Era justo que lo ayudara, considerando lo mucho que él ya la había ayudado.

Sin mencionar el hecho de que disfrutaría molestando a la familia López.

Mari miró los cálidos ojos color ámbar: "Tienes razón. Está bien, confío en ti si confías en mí".

Marcos la miró fijamente, su lenta sonrisa le provocó un escalofrío en la columna vertebral. Era peligrosa para su salud mental. Esa sonrisa, pensó. Tal vez miraba a todas las mujeres con la misma intensidad, con ese interés concentrado, pero eso la hacía sentir desequilibrada, vulnerable y deliciosamente mareada.

“Confío en ti, Mari," dijo, en voz baja y firme. "Pero no puedo explicar por qué no quiero quedarme sola con mi familia más allá de decir que estoy tratando de aprender a ponerles límites, y que ha sido un momento infernal."

Mari inclinó la cabeza y estudió su expresión. "Mis padres tuvieron una hija, yo, pero siempre tuve la sensación de que podían aceptarme o dejarme. Todo lo que hago, o he hecho, está mal a sus ojos. El lenguaje del amor de mi madre es la crítica. He pasado la mayor parte de mi vida evitándolas. No tienes que explicar tus razones o tu necesidad de poner límites. Entiendo que ames a tu familia desde la distancia... y que necesites espacio."

El peso que se le quitó de encima la hizo sentir aliviada. Estaba expresando algo que había sentido de niña, pero que nunca había articulado realmente.

No disfrutaba pasar tiempo con sus padres. Las palabras resonaron en su mente, una extraña mezcla de culpa y alivio.

"Sí," murmuró Marcos, su voz apenas un susurro por encima del suave susurro de las hojas. "Mi familia no es perfecta. Aunque sé que les gusta fingir que lo son."

Mari se giró para mirarlo de frente, con los ojos muy abiertos. "¿De verdad?" preguntó, inclinando la cabeza. Siempre había imaginado lo divertido que sería tener una familia numerosa, gente en la que confiar y que te cuide cuando el mundo se volviera desafiante.

Solo tenía a su primo Juan y a Judit. Ambos estaban tan ocupados últimamente que sentía que no tenía a nadie.

Los últimos rayos de sol se hundieron en el horizonte, pintando el cielo con un lienzo de color naranja intenso y morado oscuro.

Las luciérnagas comenzaron su danza centelleante en el crepúsculo que se acercaba, y una suave brisa tiró de un mechón suelto del cabello de Mari. Se lo colocó detrás de la oreja, atraída hacia Marcos por la intensidad que sentía que emanaba de él.

"No son mis secretos para contar. Pero hay mucho debajo de la superficie..." confirmó, con un suspiro profundo que se escapó de su amplio pecho como si se hubiera liberado de un peso.

"En realidad, es una de las razones principales por las que no quiero involucrarme seriamente con nadie," admitió, con un dejo de vulnerabilidad en su voz. **"Me gustan las citas casuales. Incluso si sintiera una atracción inusual por alguien, no podría involucrarlo en mi drama familiar. Y honestamente, estoy tan ocupado con el trabajo y todo lo demás, que es más fácil. Disfruto estar soltero."**

Mari se aclaró la garganta, conmovida por su honestidad, y también un poco decepcionada. Todo parecía una advertencia, lo cual era una tontería. Ella quería a Javy, no a Marcos. Lo que él hiciera con su vida amorosa no tenía nada que ver con ella.

Sin embargo, podía ver a Marcos como un padre con tanta claridad en su mente.

Él no se quedaría callado como su padre, que dejaba que su madre le hiciera y le dijera cualquier cosa. Él sería cariñoso, llevaría a sus hijos al parque para enseñarles a reconocer la belleza en el mundo. Sus hijos estarían bien adaptados y no creerían que tenían que convertirse en robots perfectos solo para ganarse el derecho a respirar.

Era un desperdicio que alguien tan bueno no quisiera procrear.

Tragó saliva y decidió que podía ser tan honesta como él.

"Está bien. Yo... gracias por compartir eso," ofreció suavemente. **"Supongo que soy lo opuesto. Siempre he querido... Estoy lista para formar una familia propia. Hacer las cosas bien. Amar a mis hijos incondicionalmente."**Podía verse a sí misma con tanta claridad como madre, ahorrando la mayor parte de su dinero para hacerlo cómodamente.

No quería perseguir ascensos ni convertirse en alguien famoso en el mundo. Tampoco quería fingir que estaba contenta viviendo su vida sola. Quería amar y ser amada y tener una familia que fuera suya.

Marcos se reclinó, con una expresión pensativa en su rostro. "Bueno, entonces te ayudaremos a conseguirlo," propuso, con una mirada juguetona en sus ojos. "Por lo que he visto, el amor es todo un juego, de todos modos. También podemos jugar el juego para ganar. Javy no sabrá qué lo golpeó."

"No recuerdo haber sido tan honesta con nadie más que Judit," confesó Mari, su voz apenas un susurro. Se había sentido liberadora al simplemente expresar lo que quería, sin juicios, incluso de ella misma.

"Odio sugerir algo loco," comenzó Marcos, su voz baja y vacilante, "pero ¿crees que hay una posibilidad loca de que podamos ser amigos? Me vendría bien un amigo con el que no sea pariente."

Una ola de calidez invadió a Mari, y una sonrisa genuina se extendió por su rostro. "Creo que tal vez podamos," estuvo de acuerdo, sintiéndose más liviana de lo que se había sentido en días. "Pero veamos cómo va."

Marcos sonrió, sus ojos brillando en la luz tenue. "Tienes que hacerme trabajar para conseguirlo, ¿eh?" Se inclinó más cerca y su voz se convirtió en un susurro juguetón. "Me gustan los desafíos."

"Siempre," respondió ella, con una sonrisa que reflejaba la de él. Su tono declaraba que el tema

había terminado. "Siempre."

Se preguntó por qué era tan fácil bromear con Marcos, ser ella misma a su lado. Era como si él la entendiera sin que ella tuviera que explicarle nada, llenando los vacíos no expresados con una calidez que disipaba sus ansiedades.

Las luciérnagas centelleaban a su alrededor, añadiendo un coro silencioso a su nueva conexión.

OCHO

El chat grupal familiar

"NO LE TENGO MIEDO A LAS TORMENTAS, PORQUE ESTOY APRENDIENDO A NAVEGAR MI BARCO." – LOUISA MAY ALCOTT

MARCOS

Marcos abrió la puerta de su apartamento y entró, mientras el aire fresco de su santuario lo inundaba.

Su apartamento era un modesto apartamento de un dormitorio en el cuarto piso, con vista a las calles concurridas de abajo. La sala de estar se abría a una pequeña área de cocina, con un pasillo que conducía a su dormitorio y baño.

Soltó un largo suspiro, el peso del mundo se levantó temporalmente de sus hombros. Finalmente, estaba en casa. Y ahora, tenía un plan.

El sofá de cuero desgastado lo recibió con los brazos abiertos, un abrazo reconfortante en comparación con la habitación de hotel estéril en la que había estado encerrado durante los últimos días.

Echó un vistazo alrededor del espacio familiar, notando las pilas de libros en la mesa de café y el leve olor del ambientador de lavanda que había comprado recientemente.

¿Había sido dramático evitar a su familia? Absolutamente. ¿Lo había estado haciendo la mayor parte de su vida? Además, absolutamente. Era el tipo de cosas que solo podías entender si estabas emparentado con tanta gente, parecía como si una pequeña nación insular estuviera siguiendo cada uno de tus movimientos. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Miró su teléfono. Había un mensaje de texto de Nicole diciéndole en términos muy claros que había terminado con él.

Se dirigió a la pequeña cocina, abrió el refrigerador para tomar una botella de agua fría. Frunció el ceño ante su mensaje, sin saber qué responder.

Él y Nicole habían tenido tres citas agradables, pero más allá de eso, nada más. Ella había actuado con mucha dulzura hasta este mensaje. Él había sido honesto al decirle que tenía muy

poco tiempo y que estaba tratando de hacer crecer su negocio.

Navegar por las expectativas y las reglas tácitas de las mujeres, incluidas las de su familia, se sentía como tratar de resolver un rompecabezas irresoluble. Nunca supo exactamente qué querían o necesitaban.

Pero Mari... imaginó su rostro y sonrió. Mari era diferente. Era refrescantemente honesta y directa, sus emociones se mostraban abiertas como una insignia de honor.

Si ella estaba disgustada, lo hacía saber, eliminando cualquier pretensión con su agudo ingenio. Si era tu amiga, te defendía ferozmente, su lealtad inquebrantable. No es que entenderla hubiera ayudado mucho a su vida amorosa: la mayoría de las mujeres parecían preferir un poco más de misterio, un toque de persecución.

Aunque tal vez no entendiera a las mujeres, entendía la dinámica de su familia. Su objetivo inmediato era claro: lograr que su familia se alejara lo suficiente para que él pudiera concentrarse en expandir su negocio y sobrevivir al aniversario de sus padres.

Su pulgar se cernió sobre la pantalla de su teléfono, una sensación de pavor recorrió su columna vertebral mientras abría el chat grupal familiar. Se apoyó contra la encimera de la cocina, sus ojos escanearon los mensajes mientras tomaba un sorbo de agua. Preparándose para la avalancha de mensajes, escaneó rápidamente las respuestas a su beso con Mari en la bolera.

Se acercó a la única persona normal en ese chat, Anthony Coppens. Caminó hacia la ventana de la sala de estar, mirando las luces de la ciudad que titilaban en la distancia.

“Hola Anthony”, escribió, “perdón por el mensaje aleatorio, pero he estado evitando el chat grupal. Me preguntaba qué está diciendo la familia”.

Unos momentos después, aparecieron tres emojis crípticos en su pantalla, seguidos del mensaje de Anthony: “El consenso del grupo es que Mari te ha atrapado en su red y quieren ofrecerte opciones ‘mejores’”.

Marcos hizo una mueca y sintió un sabor amargo en la garganta. “Gracias”, escribió de vuelta, mientras sus dedos golpeaban la pantalla con demasiada fuerza.

Anthony envió una calcomanía de gato y dijo: “Les dije que tu amor era verdadero y me bloquearon, así que no sé qué está pasando ahora”.

Marcos se rió entre dientes. Anthony Coppens era un hombre valiente y un amigo leal, dispuesto a arriesgarse a la ira del clan López para defender su vida amorosa. Impulsado por una repentina oleada de desafío, escribió un mensaje de texto al chat grupal familiar: “Querida familia, estoy saliendo con Mari. Todavía es muy nuevo, pero agradecería su respeto. Me voy de este chat hasta que lo reciba”.

Volvió a leer su mensaje, con el pulgar sobre el botón de enviar. Necesitaba un momento para considerar las consecuencias que se producirían.

En ese momento, se levantó y se preparó un café tardío. Se dirigió a la cocina, llenó la tetera con agua y la puso a hervir. La rutina familiar ayudó a calmar sus pensamientos acelerados. Todavía tenía que repasar los planos del parque y hacer cambios en el proyecto del centro comunitario basándose en los comentarios del director artístico Alex.

Ella quería que los niños participaran más en la creación de piezas únicas, lo cual estaba bien, pero significaba que él tenía más cosas que hacer.

Sus pensamientos eran un caos. Volvió a la sala de estar, sus ojos se desviaron hacia la pila de papeles en la mesa de café: los planes para la renovación del parque y el proyecto del centro comunitario.

Pensaba en su familia, la propiedad que quería comprar, su trabajo comunitario. Y sí, pensaba en Mari. La estaba arrastrando a la locura de su familia, pero no por mucho tiempo.

Si fuera por él, cuando rompieran, la haría parecer la heroína y tal vez cambiaría la percepción que tenían de quién era ella.

Mientras miraba por la ventana las luces de la ciudad, dijo una oración silenciosa de agradecimiento. Tenía suerte de que ella quisiera a Javy. Ninguna mujer lo había tentado tanto como para querer correr el riesgo de una relación real.

Ninguna otra mujer había despertado tanto deseo en él.

Pero pensar en un futuro con ella no tenía sentido; nunca sucedería. Aunque parecían llevarse mejor ahora que en el pasado. Lo había intentado cuando eran niños. Ella no le había devuelto ningún gesto.

Vivía su vida siguiendo reglas y se centraba en su propio éxito. Había sido honesto con Mari, había asumido en algún momento que permanecería soltero.

Porque ser soltero era fácil, y a Marcos le gustaba lo fácil.

Miró su mensaje de texto una última vez, luego presionó enviar, saliendo inmediatamente del chat, con el corazón latiendo en su pecho. Casi al instante, su teléfono vibró con una llamada entrante. Respiró profundamente y respondió la solicitud de FaceTime.

"Hola, hermana", saludó Marcos, preparándose para la reacción de Daisy. Su rostro estaba preocupado, y pudo ver a Michael trabajando en su computadora portátil en el fondo.

Un profundo suspiro resonó en el teléfono. “¿Por qué enviaste eso al chat grupal?”

A través del teléfono, la voz de Daisy tenía un tono de desaprobación. “Nuestros tíos y tías están en ese chat. Estás hiriendo sus sentimientos y sabes que solo están bromeando”.

Marcos sacudió la cabeza, negándose a sentirse culpable. “No quiero lidiar con eso. Todos son groseros. ¿Por qué sienten la necesidad de comentar sobre mi vida amorosa?”

Daisy gimió y él la vio levantarse y mudarse a otra habitación. “Todos estaban a favor del chat grupal cuando apostaban por mi relación con Michael”.

Marcos pensó en su hermana conociendo a Michael. Todos los que eran parientes se convirtieron en casamenteros debido a esa situación.

Pero fue divertido y alegre, nada como los sentimientos negativos que su familia tenía hacia Mari.

“Eso fue diferente”, replicó Marcos. “A todos les agradaba. La gente habla mierda de Mari, y

estoy harto de eso. No lo voy a soportar. Todos la odian sin razón alguna".

“Nadie la odia. Pero te quieren a ti”, dijo Daisy.

“¿Qué se supone que significa eso?”, preguntó Marcos. Estaba harto de la idea que su familia tenía de él. Esa suposición de que necesitaba su ayuda y protección era tan equivocada como molesta.

Un momento de silencio llenó sus oídos, la tensión crepitaba en las ondas de radio entre ellos.

Finalmente, la voz de Daisy, cargada de preocupación, rompió el silencio. “Nos preocupamos por ti, Marcos. ¿Por qué no sales con alguien a quien le gustes y construyes algo real? Que estés solo no tiene sentido”.

Tomó un sorbo lento de su café, el calor contrastaba marcadamente con el hielo que se formaba en sus entrañas. “Daisy”, comenzó, con la voz tensa, “aún no tengo treinta años. Se me permite estar soltero y salir con muchas mujeres”.

Pero Daisy tenía más que decir. Vio que su ira aumentaba cuando dijo: “¿Y sabes qué más no tiene sentido? Esta relación con Mari. ¿De dónde vino? ¿Y por qué estás ayudando en el centro comunitario? Pensé que no tenías tiempo para nada”.

Sintió que el enojo aumentaba. “Estoy trabajando en el centro comunitario porque eso es lo que quiero hacer”.

Daisy entrecerró los ojos y exclamó: “¿Por qué finalmente está aceptando una cita contigo? ¡Hay algo en toda esta situación que no tiene sentido!”.

Marcos apretó la taza con más fuerza. “¿Estás diciendo que no soy lo suficientemente bueno para que ella quiera salir conmigo?”. Toda la conversación estaba resaltando cosas que preferiría ignorar, dudas que había metido en lo más profundo de su mente.

Vio a su hermana moverse para poner el teléfono en un soporte. Su rostro se veía claramente en la pantalla.

“Marcos, te está usando para poner celoso a Javy. Lo sabes. No le importa usarte para conseguir lo que quiere. Es una perra manipuladora. Todos están hablando de lo drogado que está Javy por ella”.

Le era imposible admitir que su hermana tenía razón. No quería delatar a Mari ni exponer su vulnerabilidad.

“¿Una vez más, estás diciendo que no soy suficiente? ¿Que Mari no podría quererme? Además, lo creas o no, no me importa una mierda lo que Javy esté haciendo o piense”.

Ella negó con la cabeza. “Estás siendo irrazonable. Solo estoy tratando de protegerte”.

Su voz se elevó, un extraño borde de ira agudizando sus palabras. “Lo creas o no, las mujeres salen conmigo voluntariamente”.

La voz de Daisy tembló, su fachada de compostura se desmoronó. “No estoy hablando de otras mujeres, Marcos. Estoy hablando de Mari, que acaba de romper con Javy y nunca ha querido salir contigo”.

Sintió una oleada de protección, un impulso primario de proteger a Mari del juicio de su familia. “Ya es suficiente, Daisy”, espetó, su voz más intensa de lo que había sido nunca con ella. “Esta conversación se acabó. No tienes voz ni voto. Nadie tiene voz ni voto. Si ella me está utilizando, tal vez yo quiera que me utilice. Para, o colgaré. No tienes por qué gustarte. Me gusta”.

Silencio. Luego, un suave suspiro. “Te escucho”, dijo Daisy, su voz ahora más tranquila. “Nunca discutimos. Siento que esta distancia... es por ella”.

Marcos se pellizcó el puente de la nariz, la tensión irradiaba de sus sienes. “Daisy”, dijo, su voz baja y firme, “ella no es el problema. Yo lo soy. No quiero que nadie se entrometa en mi vida nunca más. Soy un hombre adulto. Mari y yo estamos saliendo. Tal vez salgamos durante dos años, tal vez una semana, lo que sea el plazo. Ella merece que la traten bien”.

Siguió un momento de silencio antes de que Daisy finalmente concediera: “Está bien. Se lo diré. Pero no me gusta esto, Marcos”.

“Además”, continuó Marcos, tratando de sonar casual, “la llevaré al baby shower del hijo de Lechuga”.

Su primo Lechuga se llamaba Lechuga (o lechuga) porque era vegetariano y, aunque odiaba ese apodo, rara vez impedía que la gente lo llamara así, porque la mayoría había olvidado cuál era su verdadero nombre.

Daisy suspiró, su enojo era evidente. “El bebé se llama James y Marcos. ¿Estás seguro de esto? Todos estarán allí. No creo que sea una buena idea”.

Marcos asintió, aunque ella no podía verlo. “Lo sé. Pero es lo que quiero hacer. ¿Puedes apoyarme?”

Contuvo la respiración. No eran solo hermanos, sino amigos, y su apoyo significaría que todos los demás seguirían su ejemplo. Entendía lo que quería decir Daisy.

No estaba diciendo nada que no le hiciera dudar.

¿Podría Mari estar utilizándolo? Una duda se abrió paso en sus pensamientos, pero un instinto más profundo la descartó rápidamente. Habían sido increíblemente honestos el uno con el otro, más que con cualquier otra persona que él conociera.

Una calidez se extendió por su pecho al recordar su conversación, las bromas fáciles, las vulnerabilidades compartidas. Era una conexión que no había esperado, una chispa de algo genuino en medio del caos de su vida.

Terminó su café, los últimos restos amargos en su lengua, y un suspiro escapó de sus labios.

“Bien”, murmuró ella hacia la habitación vacía, “te apoyaré, pero Marcos, la estoy vigilando”.

Una sonrisa genuina tiró de sus labios. “Gracias, Daisy. Yo también te amo, y no tienes que cuidarla, porque está conmigo”, susurró, con los AirPods todavía en sus oídos.

Ella frunció el ceño y dijo: “Eso es lo que me preocupa”.

Él se rió y dijo: “Tengo trabajo que hacer, princesa. Hablamos más tarde”.

Ella asintió. “Está bien. Que tengas una buena noche, no te quedes despierto hasta tarde trabajando. Te ves cansado”.

Él se encogió de hombros sin comprometerse y terminó la llamada.

Sabía que ella tenía buenas intenciones, incluso si sus métodos eran... cuestionables. Al menos esta distracción con Mari le daría la cobertura perfecta para evitar a su padre en el baby shower.

Con un renovado sentido de propósito, caminó hacia su escritorio, una pila de papeles esperando su atención. Tenía un negocio que manejar, un futuro que asegurar.

Y aunque Daisy pudiera dudarlo, Marcos sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Él tenía el control.

Miró una última vez por la ventana, las luces de la ciudad reflejaban su determinación. Mañana era otro día y tenía trabajo que hacer.

NUEVE

Estoy en un barco

"HAY CUERDAS EN EL CORAZÓN HUMANO QUE ES MEJOR NO TOCAR". – CHARLES DICKENS

MARI

Mari cuidaba especialmente su apariencia.

Había asistido a innumerables eventos de la familia López como acompañante de Judit, pero ser la acompañante de Marcos era algo completamente diferente.

Caminando por el límite entre lo sexy y lo sofisticado, optó por un sencillo pero elegante vestido negro, complementado con sus joyas más discretas pero caras. Su cabello caía largo y suelto por su espalda. Se maquilló cuidadosamente para acentuar sus ojos ya grandes.

Al mirar el protector de pantalla de su iPad, una presentación de diapositivas de fotos de Naomi Campbell, enderezó la columna. Esta noche, canalizaría a su supermodelo interior. Entraría y sería esa perra.

Lo bueno de que la gente te odie es que no tienes que gastar energía en agradarles.

Ella agarró su bolso y revisó sus tacones. Eran verde azulado y el sonido que hizo mientras se dirigía a la puerta la hizo sentir poderosa.

Mientras se aseguraba de tener lo que necesitaba en su pequeño bolso, sonó una notificación de texto, seguida por el sonido de su timbre. Era Marcos. "Estoy afuera", decía el mensaje.

Bajó las escaleras, esperando que él la estuviera esperando en su auto, pero él se paró en su puerta, con una sonrisa en su rostro. Silbó, le silbó, antes de declarar: "Te ves absolutamente hermosa. Vas a volver locas a todas las mujeres en esta fiesta".

Ella se rió, sintiéndose secretamente emocionada. "¿Y por qué es eso?"

Él hizo un gesto de arriba a abajo sobre su figura. "Lo acabo de decir. Eres hermosa. No puedo esperar a ponerlas celosas a todas". Ella se rió de nuevo, sintiendo un escalofrío de emoción. Luego una sombra de duda cruzó su rostro. No es muy feminista de mi parte, pensó, pero tenía que admitir que ser admirada se sentía bien.

La agarró del brazo y la ayudó a bajar las escaleras.

Tal vez no fue el gesto más empoderador, pero ¿a quién le importaba? Ella merecía sentirse bien, especialmente esa noche. Pasar tiempo con su familia nunca había sido divertido.

Se rió entre dientes, abrió la puerta para ella antes de rodear el auto y sentarse en el asiento del conductor.

Cuando entró en las calles de Pilsen, ajustó la temperatura del auto. "Si hace demasiado frío, tu asiento tiene sus propios controles de temperatura", explicó. "Yo me acaloro un poco, pero hay una manta en la parte de atrás si tienes frío".

Mari sonrió ante su consideración. "Gracias".

Se limitó a asentir, con un dejo de diversión en los ojos. "Tengo un millón de primas y una hermana", dijo encogiéndose de hombros. "Sé lo frías que pueden llegar a ser algunas prendas".

Se detuvo en Lakeshore Drive.

"Entonces", comenzó Marcos, con un dejo de diversión en la voz, "este bautismo es en una casa flotante. Aparentemente, mi prima Lechuga tiene una. “No tengo idea de qué esperar.”

Hizo una pausa y miró a Mari antes de agregar con una risita: "Espero que no implique mucho balanceo".

Los labios de Mari se curvaron en una sonrisa. "Judit me envió un mensaje de texto para decirme que se lo salta porque se marea", respondió, sus ojos atraídos por las luces de la ciudad que comenzaban a brillar contra el cielo que se oscurecía. "Tal vez ella sepa algo que nosotros no".

Secretamente se había sentido decepcionada de que su única aliada no asistiera a esta función familiar, pero estar en la cálida presencia de Marcos la relajó tanto que olvidó el motivo de su preocupación.

La hora dorada arrojaba un cálido resplandor sobre los edificios, los detalles arquitectónicos de repente resaltaban contra el cielo que se oscurecía.

La miró con un brillo en los ojos. "Qué suerte tiene. Siéntete libre de cambiar la música. No soy exigente, quien sea que viaje de copiloto puede poner la banda sonora".

Con Javy, normalmente escuchaban podcasts espirituales cuando iban a algún lado. A ella le gustaban en su mayoría, aunque a veces la hacían dormir.

Encantada, Mari preguntó: “¿En serio? ¿Ninguna banda o podcast favorito que te mueras por escuchar?”. Él negó con la cabeza. “Por lo general, solo Top 40. Ya no tengo energía para seguir el ritmo de la música. Soy fácil de complacer”.

Cambió la radio a una estación de música en español y se acomodaron en un cómodo silencio, mirando las luces de la ciudad pasar borrosas.

Después de unos minutos, Marcos rompió el silencio. “Oh, una cosa más que probablemente debería mencionar... y está totalmente bien si quieres echarte atrás. Pero... cuando llevo citas a mi familia, soy... cariñoso. Entonces, creo que necesito ser cariñoso contigo ya que todos piensan que estamos saliendo. Solo para que parezca real, ¿sabes?”.

Mari sintió una sensación nerviosa en el estómago. La mayoría de las personas la hacían sentir incómoda con su tacto, incluso Judit, a quien conocía desde hacía años.

Pero luego recordó el momento en el patio del centro comunitario cuando Marcos le había tomado la mano. Se había sentido sorprendentemente seguro.

Además, ya la había besado delante de todos. Ella se encogió de hombros. “Puedo manejarlo. ¿De qué tipo de ‘cariño’ estamos hablando?”

Disminuyó la velocidad a medida que se acercaban a la salida. “Principalmente nos tomamos de la mano, tal vez un brazo alrededor de la cintura. Es algo así como dejarse llevar por la corriente”.

Una calidez vertiginosa se extendió por ella. Una que no quería cuestionar demasiado. “Muy bien, vamos a ir improvisando”.

Cuando estacionaron, Marcos esperó a que Mari saliera del auto y colocó su mano en la parte baja de su espalda, guiándola suavemente hacia el puerto deportivo.

Terminaron en una pequeña casa flotante de dos pisos amarrada en el borde del muelle. La casa flotante era encantadora y acogedora, con luces de cadena colgadas a lo largo de la barandilla, que arrojaban un cálido resplandor sobre el agua. Tenía un diseño elegante y moderno, con grandes ventanales que ofrecían vistas panorámicas del lago Michigan.

Un color de pintura blanca nítida en el exterior creaba un contraste con el azul profundo del lago. Una plataforma de madera envolvía el barco, adornada con plantas en macetas y cómodos asientos al aire libre.

Mientras se acercaban a la casa flotante, los sonidos apagados de risas y música se dirigían hacia ellos.

Marcos hizo una pausa, con un dejo de escepticismo en su voz. “Me pregunto cómo mi primo Lechuga, el vendedor de seguros de autos, puede permitirse esta cosa en el techo de una casa”.

Mari se rió entre dientes, dándole un codazo. “Para alguien que supuestamente odia los chismes, seguro que te encanta una buena sesión de chismes”.

Él le apretó la mano, con una mirada traviesa en sus ojos, y se encogió de hombros. “Contengo multitudes, Mari”.

“¿Lista?”, preguntó, su voz se suavizó mientras le ofrecía una sonrisa tranquilizadora.

Los ojos de Mari escanearon la reunión, su corazón se saltó un latido cuando vio a Javy acechando cerca del borde de la multitud.

Él concentró su mirada en ellos. ¿Qué está haciendo aquí?, se preguntó, descartando rápidamente el pensamiento. Se volvió hacia Marcos, su determinación se endureció. “Tan lista como nunca lo estaré”.

Al entrar en el barco, la sala de estar, amplia y abierta, decorada con un tema náutico, la sorprendió. Todo estaba hecho con buen gusto, con pisos de madera clara y paredes blancas, acentuadas por una decoración en azul marino y verde mar.

En el piso principal había una acogedora cocina y un comedor, con un bufé de comida deliciosa que invitaba a los invitados a servirse.

Los aromas de platos recién preparados llenaban el aire, haciendo que el estómago de Mari rugiera de anticipación.

Mari sintió una mezcla de emoción y nerviosismo mientras contemplaba la escena, agradecida por la presencia tranquilizadora de Marcos a su lado.

Algunos de los miembros de la familia de Marcos los saludaron cálidamente, mientras que otros los miraban con curiosidad y escepticismo.

Lechuga era una figura llamativa, su piel oscura bronceada por el sol y sus ojos de un marrón profundo y rico que brillaba con picardía. Su cabello, espeso y negro, estaba peinado hacia atrás, enmarcando sus rasgos fuertes y cincelados. Tenía una complexión ancha y musculosa, y su sonrisa era contagiosa, revelando una dentadura blanca perlada.

Vestía jeans y un polo, lo que le daba una apariencia robusta y carismática.

"Bueno, bueno, miren quiénes aparecieron juntos", bromeó Lechuga, con un brillo travieso en los ojos. "Esto debería ser interesante. Sabes que mi primo ha estado enamorado de ti la mayor parte de su vida, Mari. ¡Salir con él me hizo ganar doscientos dólares!"

Mari, sorprendida por la franqueza de Lechuga, miró instintivamente a Marcos, que le estaba lanzando a su primo una mirada que podría derretir el acero. Ella siguió el juego. "¿Doscientos dólares?" —repitió con una sonrisa—. "Bueno, espero que valga cada centavo".

Marcos se rió entre dientes, apretándole la mano. "No tienes precio, pero tienes que entender que mis primos apuestan por todo".

Lechuga asintió y respondió: "Eso hace que la vida sea interesante".

"Está bien, primo. Felicidades. Trajimos regalos. ¿Dónde está el bebé James?" —preguntó Marcos.

"Con mi señora, Nancy", respondió, con la voz llena de orgullo. "Por favor, come y bebe. Deja los regalos en la mesa. Muchas gracias por venir".

Se volvió hacia Mari, con una cálida sonrisa en su rostro. "Mari, te ves tan bonita como siempre. No dejes que Nancy sepa que dije eso".

Mari se rió, sintiendo que la tensión se aliviaba un poco. "Conocí a Nancy", respondió con un guiño. "Nunca traicionaría tu secreto". Sabía que los celos de Nancy eran parte de la leyenda familiar, una broma inofensiva que nunca dejaba de provocar una risa.

A pesar del caos de la fiesta y la mirada vigilante de la familia López, el encanto relajado de Lechuga era contagioso. La forma en que hablaba, con una inclinación de cabeza y una calidez genuina en sus ojos, la hacía sentir como si fueran viejos amigos que compartían un secreto.

Lechuga sonrió, dándole un codazo a Marcos. "Será mejor que te ocupes de esta, Marcos. Es una buena chica".

Marcos sonrió cálidamente, su brazo sutilmente apretando la cintura de Mari. "Pienso hacerlo".

Mari sintió que se inclinaba hacia Marcos, percibiendo el orgullo en su voz, y se preguntó por qué eso hacía que su corazón se acelerara.

Solo estaban fingiendo. Ella lo sabía. Pero, a medida que avanzaban hacia el interior de la casa flotante, Mari no pudo evitar sentir una sensación de pertenencia que no había esperado. El tacto de Marcos era cálido y reconfortante, y se inclinó hacia él, ansiando el consuelo que le proporcionaba.

Las líneas se difuminaron y la velada se sintió más real que cualquier otra cita en la que hubiera estado.

Marcos se dirigió hábilmente a la fiesta, protegiéndola del clan López mientras cortaban la tarta y participaban de las festividades.

Más tarde, cuando llegaron a la mesa del bufé, los ojos de Mari escudriñaron la variedad de comida, pero una oleada de náuseas la invadió. "No estoy segura de poder comer nada", admitió, con un dejo de incomodidad en su voz. "El movimiento me está provocando náuseas".

La preocupación de Marcos fue inmediata. "¿Por qué no cojo unos aperitivos y sostengo el plato?" —sugirió—. "Si tienes hambre, puedes picotear".

Llenó un plato con una variedad de bocadillos, manteniéndolo firme mientras seguían mezclándose. Mientras pasaban de una conversación a otra, Mari instintivamente tomó un bocado aquí y allá, los sabrosos sabores la distrajeron momentáneamente de las náuseas.

Antes de que se diera cuenta, se había comido la mitad del plato. Lo miró mientras comía el último trozo de camarón y dijo: "¿No vas a decir nada?"

Él se rió. "¿Quieres más?"

Ella lo golpeó en el hombro mientras dejaba el plato. Habían estado en la fiesta dos horas, y todo había ido tan bien que no sabía por qué estaba preocupada.

Eso fue hasta que el Sr. López, el padre de Marcos, se acercó a ellos. Le sonrió a Mari, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos. "Qué bueno verte, Maricela".

Ella asintió cortésmente, con el corazón acelerado. "Qué bueno verlo, señor".

La sonrisa del señor López permaneció fija mientras decía: "¿Le molesta si hablo con mi hijo? Es difícil llegar a él estos días".

Mari sintió que Marcos se ponía rígido bajo sus dedos. Pensando rápidamente, dijo: "Ay, señor López, lo haría, pero necesito encontrar el baño, y Marcos prometió que me llevaría".

El señor López frunció el ceño ligeramente, pero asintió. "Por supuesto, Mija. Mi hijo te llevará. Lo crié bien".

Marcos le hizo un gesto respetuoso a su padre. "Hasta luego, papá".

Mientras se alejaban, Mari susurró: "Espero que no haya problema. Dijiste que no te dejara solo con tu familia. No estaba segura de si eso se refería a tu papá".

Marcos le apretó la mano con suavidad. "Sí, gracias. Busquemos ese baño y tomemos un

respiro".

No ofreció resistencia cuando él tomó su mano una vez más, permitiéndole guiarla a través de la multitud. Una calidez se extendió por ella ante el simple gesto, una tranquila tranquilidad de que estaban juntos en esto. Se alegró de haber podido ayudarlo, tal como él la había ayudado a ella. Una nueva sensación de calma floreció entre ellos, una comprensión silenciosa que trascendió las palabras.

Su toque le provocó un escalofrío en la columna vertebral, una sorprendente sensación de seguridad que no quería analizar demasiado de cerca. Era una presencia imponente, que atraía la atención dondequiera que iba, pero su toque se sentía suave y protector.

Maniobraron a través de la sala de estar abarrotada, los sonidos de risas y conversaciones creaban una atmósfera cálida y acogedora.

Cuando llegaron a la parte trasera de la casa flotante, Marcos hizo un gesto hacia un pasillo angosto, una sutil invitación a explorar un rincón más tranquilo de la fiesta.

“Los baños deberían estar aquí abajo”, dijo, guiándola más allá de unas cuantas puertas cerradas. Llegaron a un baño pequeño y acogedor con decoración de temática náutica, y Mari sintió una ola de alivio que la invadió.

“Aquí estamos”, dijo Marcos con una sonrisa. “Pero parece que solo hay un baño aquí. Buscaré otro y nos encontraremos aquí”.

Mari asintió y se deslizó hacia el baño. Se tomó un momento para recomponerse, salpicándose agua fría en la cara y respirando profundamente. La noche había sido un torbellino de emociones y estaba agradecida por el breve descanso.

Se había divertido más con Marcos que en cualquier otra cita en la que hubiera estado. Lo cual era sorprendente, ya que estaban en medio de tanta gente a la que no le gustaba. Y, sin embargo, todos habían sido amables con ella.

Había tenido conversaciones agradables, había comido bien y se sentía tan relajada que podía quedarse dormida de pie.

Cuando salió, todavía no vio a Marcos. Decidió esperarlo y se apoyó contra la pared del pasillo, observando la fiesta desde su lugar tranquilo. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no vio a Javy acercarse a ella.

“Hola”, la saludó, con una sonrisa extendiéndose por su rostro. “Te estaba buscando”.

Mari le devolvió la sonrisa, tratando de ocultar su irritación. “Hola. Aquí hay bastante gente”.

Se quedó mirando a Javy; era tan estereotípicamente atractivo y, sin embargo, había algo en él que la inquietaba. Estaba en su dinámica. Algo que no podía precisar.

Se sentía incómoda a su lado, como si pudiera oírlo catalogar en silencio todas las formas en las que ella no era lo suficientemente buena. Mari lo miró y sintió que la distancia se ampliaba entre ellos. ¿En qué podría haber estado pensando?

Había pasado incontables horas explicándose a sí misma, sus necesidades, sus sueños, sólo para

sentirse incomprendida y no escuchada. La comprensión la golpeó como una ola: su relación siempre había sido unilateral, con ella dando más y recibiendo menos.

Incluso su vida sexual se había convertido en un reflejo de su relación: emocionante en los altibajos, pero absolutamente devastadora en los bajos.

Javy se acercó, su mano se extendió para rozar su cintura. Mari se estremeció involuntariamente. "Me di cuenta de que no quiero perderte", declaró, su voz cargada de emoción. "Estoy dispuesto a luchar por ti".

Mari abrió los ojos y sus labios se separaron con sorpresa. ¿Luchar por ella? Una risa amenazó con escapar de su garganta. ¿Quiénes creía que eran, personajes de una telenovela dramática?

"De repente, sonó como un chico de veinticinco años. Era el mismo hombre que había roto con ella en una fiesta. Ahora, solo porque estaba con Marcos, la deseaba de nuevo. ¿Qué era eso?"

Mari lo miró con enojo, cruzándose de brazos a la defensiva.

"Solo estás diciendo esto por Marcos", dijo, su voz teñida de incredulidad.

Javy dio un paso más cerca, su expresión seria.

"No, no se trata solo de Marcos. He sido un idiota, lo sé. Verte con él me hizo darme cuenta de lo que puedo perder. Sé que querías que formáramos una familia y yo también quiero eso".

Dudó, miró al hombre frente a ella, luchando por expresar emociones, y pensó en las suyas. Quería una familia, había querido una con Javy.

Él vio la vacilación en sus ojos y se acercó.

"No soy el mejor expresando mis sentimientos. Pero tienes que escucharme, Mari, estás ahí para mí. Y no puedo perderte".

Ella lo miró y se preguntó qué significaba eso. "¿La quería porque actuaba como una terapeuta para él? ¿Porque también la castigaba por eso cuando ella le daba consejos?"

"Su mano estaba sobre ella, pero se sentía como si fueran mundos separados. Ella había perseguido a Javy porque había sido emocionante, un desafío, y se habían divertido un poco juntos. Pero algo sobre sus interacciones siempre se había sentido difícil."

"Todo esto había comenzado porque quería ponerlo celoso. Solo unos días atrás, ella había sabido que volverían a estar juntos, pero ahora una parte de ella se preguntaba si debería jugar con alguien. No estaba segura de que le gustara más."

Sacudió la cabeza, sintiendo una mezcla de ira y tristeza.

"No debería hacer falta otra persona para que te des cuenta de eso, Javy. Es como si solo me quisieras porque alguien más podría hacerlo".

Él extendió la mano y le tocó suavemente el brazo.

"Mari, hablo en serio. Quiero arreglar las cosas".

"Tienes que entender que nunca he querido casarme, pero quiero casarme contigo, estar contigo".

Ella no sabía qué decir. Él estaba diciendo todo lo correcto, pero ella estaba allí con Marcos y le había prometido que estaría allí para él.

Se movió hacia atrás. "Dijimos dos semanas".

Necesitaba tiempo para considerar sus sentimientos y pensar en lo que realmente quería. Y quería ayudar a Marcos, sabía que ayudarlo significaba algo para ella.

De repente, sin previo aviso, él se inclinó y la atrajo hacia sus brazos. La besó con rudeza.

El gesto la tomó por sorpresa y, por un momento, no se resistió.

Pero cuando sus labios presionaron contra los suyos, se sintió mal, forzado. La mente de Mari se aceleró, la sensación era extraña e inquietante. El olor de su colonia y sus labios se sentían mal. Se habían besado antes y habían sido en su mayoría reconfortantes.

Pero ahora se sentía como si estuviera besando a un extraño.

Se apartó, la confusión y la frustración se arremolinaban en su interior. El suave resplandor de la hilera de luces del techo arrojó una luz suave sobre su rostro, resaltando su ceño fruncido y la consternación en sus ojos.

El rostro de Javy registró un breve destello de sorpresa, rápidamente enmascarado. Miró por encima de su hombro, su expresión cambiando a una sonrisa confiada.

"Hola, Marcos", saludó, su voz casual, pero teñida con un toque de desafío. "Te dejaré con eso".

Los ruidos ambientales de la fiesta se desvanecieron a medida que los pasos de Marcos se acercaban. Mari volvió su atención hacia él, su corazón latía con fuerza en su pecho. Su rostro era una máscara, carente de cualquier emoción que ella pudiera reconocer. Era inquietante.

El suave chapoteo del lago contra el barco proporcionaba un contrapunto relajante a la tensión que se acumulaba entre los tres.

MARCOS

Marcos, que había estado observando desde la distancia, sintió una punzada de celos. Había intentado darles espacio, pero ver a Javy besar a Mari era demasiado.

Apretó los puños, luchando contra el impulso de intervenir. *Este era el plan. Esto era lo que querían.* Pero ver a Javy besar a Mari despertó una posesividad que no había esperado. Ya no se trataba solo del plan: quería protegerla, ser el elegido por ella.

Javy pasó a su lado y susurró: “¿Cómo te sentiste?”

Marcos ignoró la última palabra de Javy, con la mandíbula apretada con una ira apenas contenida.

Se acercó a Mari y le ofreció una soda con una sonrisa forzada. “Te traje una soda. Mencionaste que te dolía el estómago.”

Ella asintió, con una sonrisa de gratitud por su consideración. “Gracias. Yo... no sé de dónde salió eso. Simplemente me besó de la nada.”

El brazo de Marcos rodeó su cintura, acercándola a él mientras su voz se endurecía. “Supongo que es mi culpa por dejarte llevar por ese vestido.”

Mari lo miró fijamente, desconcertada por su reacción. La calidez había desaparecido de sus ojos, reemplazada por una frialdad que la hizo temblar a pesar de su cercanía física. Se sentía a un millón de kilómetros de distancia, incluso mientras la agarraba.

Tragó saliva, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta. “Creo que ahora quiero irme a casa,” murmuró.

Su expresión no cambió. “Claro. Vamos a despedirnos.”

Veinticinco minutos y un silencio tenso después, estaban en su auto, la tensión era tan densa que parecía una fuerza física.

Cuando llegaron a su casa, Marcos puso el auto en modo de estacionamiento pero dejó el motor encendido. Miró fijamente hacia adelante, con la mandíbula apretada.

“Debes estar feliz,” dijo finalmente, con la voz cargada de una emoción que Mari no pudo descifrar.

Ella frunció el ceño, la confusión y la culpa se arremolinaban en su interior. “Marcos, yo...”

“Ahórratelo,” interrumpió, con la voz afilada mientras la miraba directamente. Un músculo se contrajo en su mandíbula, traicionando su agitación.

“Vi el beso. Supongo que funcionó. ¿Javy quiere volver con él ahora? Pero para que lo sepas, no apruebo las infidelidades. Si quieres estar con él, termina esto ahora. Basta de citas falsas. No quiero que me tomen por tonto frente a mi familia.”

Los celos crudos en su voz la sobresaltaron. “No fue así,” comenzó, pero él negó con la cabeza, apretando la mandíbula mientras se daba la vuelta.

“Marcos, por favor,” suplicó, tocándole el brazo. “Escúchame.” No podía soportar el dolor que sentía que provenía de él. No lo merecía. Y la necesidad de tranquilizarlo la sorprendió tanto como a él.

Él exhaló un profundo suspiro, con los hombros hundidos. “Bien.”

“Me besó. Fue un beso. Ni siquiera le dije que no. Fue extraño e incómodo. Nunca engañaría a nadie, incluso si solo fingimos que salimos.”

Ella lo decía en serio. La idea de engañar a alguien era inimaginable para ella.

Una risa sin humor se le escapó. “Lo siento. Estoy avergonzado. Reaccioné de forma exagerada. Primera regla de las citas falsas: puedes besar a quien quieras.”

“No lo besé,” corrigió ella, con una chispa de desafío en los ojos. “Él me besó. Y no fue un beso. Fue un picotazo antes de que yo me apartara.”

Él asintió lentamente. “Entendido.”

Mari extendió la mano y le tocó la mejilla, obligándolo a mirarla. “No hago trampas, Marcos. Nunca.”

Y lo decía en serio. Puede que jugara juegos tontos, pero eran divertidos. Nunca quiso lastimar realmente a alguien, y absolutamente nunca quiso lastimarlo a él.

Su mirada se suavizó, un rastro de vulnerabilidad regresó. “Lo sé, Mari. Yo... yo solo... Hay una historia allí, con engaños. Desencadenó algo en mí. Lo siento.”

Ella lo vio y quiso pedirle que lo compartiera, pero no parecía el momento adecuado. En ese momento, el momento era acerca de traerlo de vuelta a ella, ver en sus ojos lo que había estado allí antes. Movió su mano de su mejilla a su mano, y él la agarró fácilmente.

Una calidez se extendió por ella, inesperada y reconfortante. “Bueno, para que lo sepas,” susurró, un atisbo de sonrisa jugando en sus labios, “eres mucho mejor besando que él.”

Eso pareció romper la tensión

Una sonrisa genuina finalmente adornó su rostro. “Oh, ¿soy yo?” respondió él, recuperando lentamente la confianza.

Sus ojos castaños oscuros la encontraron, y ella sintió que su respiración se entrecortaba, ahogándose en sus cálidas profundidades.

“No hay competencia,” confirmó Mari, ampliando su propia sonrisa. La tensión en sus hombros se alivió cuando sus dedos se entrelazaron con los de ella. Para ella había sido importante hacerlo sentir mejor, más fuerte, más seguro. Verlo molesto la había lastimado.

“Podríamos practicar los besos, por si acaso surge de nuevo... durante las citas falsas.” Su tono era ligero, pero había un trasfondo de seriedad.

“Creo que un beso de buenas noches de práctica es lo indicado. Después de todo, no sabemos quién está mirando... un López podría estar listo para salir de un arbusto.”

Sin decir una palabra más, Marcos se abalanzó sobre ella y su boca aterrizó sobre la de ella en un beso abrasador y dominante. Hundió la lengua profundamente en su boca y se deleitó con una agresión desenfrenada, reclamando su lugar. Su boca era flexible y dócil contra la de él, se produjo un cambio sutil entre ellos. Un cambio en la corriente tácita que zumbaba bajo su conexión lo dejó momentáneamente sin aliento. De alguna manera, ella lo hizo sentir más fuerte, más seguro de sí mismo.

Mientras le tocaba el cabello, lo hizo con suavidad, como si tuviera la absurda impresión de que podía lastimarlo. Su mano derecha se deslizó hasta su cuello, se enroscó en el cuello de su camisa y se aferró a él. Sus labios se abrieron más, respondiendo a la presión de él.

Se movieron como uno solo, chocando sus labios una y otra vez, con impaciencia. Ella mordisqueó sus labios, sus manos en su cabello. Él profundizó el beso, su lengua explorando su boca con un hambre primaria, reclamándola como suya.

¿Por qué no podía deshacerse de la sensación de que ella estaba destinada para él? Hecho solo para él.

Sus manos agarraron sus hombros, manteniéndolo firme. Las manos de él estaban en su cuello, sintiendo el pulso allí. Sus labios abrasaron los de ella, su lengua invadió su boca con una intensidad decidida. Él no necesitaba esto. Él no quería esto. Pero estaba demasiado débil para evitar que sus labios buscaran los de ella una y otra vez.

Acunando su rostro, la besó profundamente, mucho más profundo que la última vez. Se movió para ahuecar su pecho, su pulgar rozando de un lado a otro con necesidad posesiva. Quería más para mover sus manos a lo largo de su cuerpo.

Un coche tocó la bocina a lo lejos, devolviéndolo a la realidad. Echó la cabeza hacia atrás bruscamente, sintiéndose sacudido y estúpido por el tren de sus pensamientos y sus acciones. Estaban en una calle pública.

El silencio en el coche oscuro fue un rápido golpe de realidad.

Mari exhaló un suspiro tembloroso, sus ojos buscando los de él. "Nadie me ha besado así nunca", susurró, su voz apenas audible.

Las palabras lo emocionaron y lo aterrorizaron al mismo tiempo. No debería haberla besado cuando estaban solos, no cuando sus sentimientos eran tan crudos y expuestos.

Cuando había querido demostrarse a sí mismo que ella estaba siendo honesta con él sobre Javy y ese beso. Había despertado una parte necesitada de él que pensaba en Mari como alguien a quien no podía dejar ir.

En Lotería, sabía que tenían una audiencia y que había sido medido y controlado en su acercamiento a ella. Sabía que ella quería a Javy. Pero aquí, ahora, había olvidado quién era él, quién era ella.

Abrió la boca para hablar, pero las palabras no le salían. Simplemente la miró, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

La verdad era que quería que ella le perteneciera, pero no quería pertenecerle a ella.

“Me... mejor me voy”, dijo ella, su voz apenas un susurro. “Buenas noches, Marcos”.

Él asintió, todavía tambaleándose por la intensidad del momento. “Te acompañaré”, dijo, con la voz ronca.

Ella comenzó a protestar, pero él la interrumpió. “No, Mari. Por favor. Solo déjame”.

Ella asintió en silencio y él salió del auto, sintiendo sus piernas inestables, abriendo su puerta.

La acompañó por el corto tramo de escaleras hasta su puerta, su mente era un revoltijo de emociones. Cuando ella abrió la puerta y entró, sintió un nudo de miedo apretarse en su estómago.

Esto no era bueno.

Sabía que era muy probable que alguien la hubiera visto besar a Javy. Sintió una ola de agotamiento invadirlo. No importaba; Tenía demasiadas cosas que hacer.

Iba a afrontar las cosas una a una.

DIEZ

Nuestros padres

"NO HEREDAMOS LA TIERRA DE NUESTROS ANTEPASADOS, LA TOMAMOS PRESTADA DE NUESTROS HIJOS." - PROVERBIO NATIVO AMERICANO

MARI

Después de tres días y tres noches dedicadas al trabajo y a las clases de Orange Theory, Mari estaba lista para volver a casa y disfrutar de su rutina de cuidado de la piel. El intenso encuentro con Marcos, seguido de la inesperada declaración de Javy, la había dejado emocionalmente agotada, incluso más que cualquier entrenamiento.

El recuerdo de sus besos, sus palabras no dichas y la cruda vulnerabilidad que compartían entre ellos la perseguían mientras conducía a casa desde el trabajo.

La forma en que Marcos la había besado seguía dando vueltas en su mente. Había sido algo más que pasión. Había sentido la posesividad dentro de ella y la había arrastrado.

Su teléfono vibró con un mensaje de su madre, que ahora estaba en la ciudad y ansiosa por reunirse para cenar esa noche. La perspectiva de estar en presencia de su madre la llenaba de pavor, agregando más estrés a una semana ya agotadora.

Trató de responderle con un no, pero su madre la llamó rápidamente, con la voz llena de decepción.

"Maricela, te veo tan raramente", la regañó. "¿Estás diciendo que no tienes tiempo para tu madre? ¿Tu trabajo a tiempo parcial es tan estresante?"

Con un suspiro, Mari aceptó a regañadientes ir a cenar. Condujo hasta el elegante restaurante del centro, cuyo elegante exterior de cristal reflejaba los cálidos tonos del sol poniente. Cuando cruzó las puertas giratorias, el suave murmullo de las conversaciones se mezcló con las débiles notas de la música clásica que la inundaban.

El suave resplandor de los candelabros iluminaba los suelos de mármol pulido y los lujosos asientos de terciopelo, creando un ambiente sofisticado que resultaba a la vez acogedor y sutilmente intimidante.

Escudriñó la habitación y finalmente vio a su madre sentada en una mesa de la esquina, luciendo tan serena como siempre con un vestido azul marino a medida. Respirando profundamente, Mari se acercó y sus tacones repiquetearon suavemente contra el mármol.

"Mamá," saludó, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

Joanne levantó la vista; sus ojos brillaban con una emoción que Mari no podía identificar. "Mari, cariño. Te ves hermosa. ¿Cómo estás?"

Mari intentó mantener una expresión neutral ante el saludo de su madre. Su madre rara vez, o nunca, le hacía cumplidos. "Estoy bien, mamá, acabo de salir del trabajo, así que esta es ropa de trabajo," respondió Mari lentamente, tomando asiento. "Estamos trabajando en algunos programas nuevos y…"

Su madre la interrumpió. "Maricela, no hablamos de trabajo durante la cena. Por favor."

Maricela tomó un sorbo del agua que estaba sobre la mesa, tan acostumbrada al trato de su madre que no se inmutó. Miró a su alrededor y notó la silla vacía al lado de su madre. "¿Dónde está papá?"

Joanne suspiró y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. “Está en un viaje de golf en solitario. Necesitaba algo de tiempo para sí mismo, así que esta noche somos solo nosotras las chicas”.

Antes de que Mari pudiera responder, notó que una figura familiar se acercaba a su mesa.

Su corazón dio un vuelco cuando la madre de Javy, Alana, se acercó, vestida con un elegante conjunto negro que exudaba sofisticación.

“Mari, es tan bueno verte”, saludó Alana cálidamente, sentándose al lado de Joanne.

“Alana, hola”, respondió Mari, su confusión era evidente. “No sabía que te unirías a nosotras”.

Joanne se rió suavemente. “Oh, Maricela, Alana y yo nos hemos vuelto muy buenas amigas. De hecho, nos conocimos hace unos meses en Ámsterdam. Qué mundo tan pequeño, ¿no?”

Mari frunció el ceño. “¿Ámsterdam? ¿En serio?” Nunca supo dónde estaba su madre ni qué estaba haciendo. Así que no debería sorprenderle que hubiera estado en Europa. Pero aún se sentía extraña al admitir que su madre nunca sintió la necesidad de compartir cosas sobre su propia vida con ella. Sus conversaciones giraban en torno a las críticas y siempre eran una carrera para ver quién encontraría una excusa para colgar el teléfono primero.

“Sí, de hecho”, confirmó Alana, con una sonrisa cómplice en sus labios. “Un almuerzo sobre el cáncer de mama nos reunió, ¡y descubrimos que nuestros hijos estaban saliendo! Nos hemos mantenido en contacto desde entonces”.

Mari asintió lentamente, todavía procesando esta conexión inesperada. “Eso es... interesante”.

Alana se inclinó hacia adelante, sus dedos jugando con la delicada cadena de plata alrededor de su cuello. “Espero que te haya gustado el collar que te envié. Es de una colección bastante exclusiva. Tuve que ser creativa con la entrega para evitar a Darien y su... bueno, ya sabes cómo se pone”.

La confusión de Mari se profundizó, frunciendo ligeramente el ceño. “Lo siento, ¿quién es Darien?”

La sonrisa de Alana vaciló por un momento. “El nombre de pila de mi hijo. Darien Javier, una concesión a mi esposo”.

Los ojos de Mari se abrieron de par en par con sorpresa y dijo: “¿El nombre de Javy es Darien?”. La revelación quedó suspendida en el aire, un tentador hilo de misterio desenredándose ante ella.

Había demasiada información que le llegaba y no sabía qué significaba nada de eso. Se concentró en la parte que se refería a ella. “Sí, me lo preguntaba. Traté de comunicarme contigo, pero no tengo tu información de contacto. Y, de hecho, Javy... eh, Darien, y yo no estamos saliendo en este momento”.

La sonrisa de Alana se ensanchó. “Me alegra que te haya gustado”. Luego, como si finalmente la hubiera escuchado, dijo: “¿Cómo que no están saliendo?”. Miró a Joanne y dijo: “¿Pensé que estaban prácticamente comprometidos?”.

Mari hizo una mueca cuando su madre la fulminó con la mirada. “Yo también. ¿Qué pasó, Maricela?”.

Mari se encogió de hombros cuando el camarero vino a tomar su pedido. Pidió una ensalada, sabiendo que eso era lo que su madre quería. Cuando el camarero se fue, ella dijo: “No funcionaba, así que nos separamos”.

Incluso mientras lo decía, sabía que era verdad. No podía imaginar cómo podría funcionar ahora su relación con Javy. Marcos también la confundía.

Demasiado inestable.

Alana respiró profundamente. “No quería causar ningún malentendido, así que falsifiqué una etiqueta postal para que pareciera menos importante. Mi hijo es un desafío, lo sé, pero seguro que puedes resolverlo”.

Mari se sintió incómoda y leal a Javy cuando dijo: “No es él, somos nosotros. No trabajamos”.

Alana negó con la cabeza. “Es lindo que lo protejas, querida, pero mi hijo siempre ha tenido problemas... intentamos ayudarlo de la misma manera que lo hicimos con su hermano David. Pero el problema de Darien siempre ha sido que las cosas le resultan demasiado fáciles, así que cuando no lo hacen, se enoja. No lo tomes como algo personal”.

Joanne puso una mano sobre el brazo de Mari, su mirada se suavizó. “Estamos muy contentos con tu relación con Javy, querida. Pero a Alana le vendría bien un poco de ayuda. Parece que Javy la ha estado evitando últimamente”.

Mari frunció el ceño. Su madre nunca la había llamado querida en su vida. La preocupación se dibujó en sus rasgos, pero rápidamente la ocultó. No quería involucrarse en el drama familiar de Javy, así que se quedó callada.

Alana suspiró, con un dejo de tristeza en sus ojos. “Es que ha sido muy terco”.

Su madre la miró. “Seguro que puedes ayudar, Maricela. No tiene sentido ser dramática. Los

desacuerdos ocurren en las relaciones. Hacemos que las cosas funcionen. Habla con Darien y suaviza las cosas para que podamos cenar todos juntos la semana que viene".

Su madre lo dijo como un mandamiento. La madre de Maricela le enseñó a nunca contradecir, especialmente no en público. Pero no podía prometer eso.

Una ola de compasión la invadió. Ella y Javy tenían más en común de lo que sabía.

Mari se aclaró la garganta. "De repente no me siento bien. Mamá, te llamaré más tarde. Fue agradable verte de nuevo, Alana".

Ignorando los llamados de su madre, Mari se levantó rápidamente y salió al aire fresco de la noche. Respiró profundamente y trató de recordar quién era y qué quería.

Siempre había estado de acuerdo con los deseos de su madre y había hecho lo que quería. Esta vez no sería diferente. Pero después de esa conversación, se preguntó qué la había atraído hacia Javy. ¿Por qué había perseguido sin descanso a alguien que la hacía sentir igual que su madre y por qué él la quería cuando sabía que tenía las mismas opiniones críticas que su madre?

AGOTADO por un día de conducir a varios sitios, Marcos entró en su apartamento. Dudó si comer algo o irse a dormir. Eligió dormir y estaba a punto de dirigirse al dormitorio cuando escuchó que llamaban a la puerta. Frunciendo el ceño, se acercó y abrió.

"¿Papá?", dijo Marcos, sorprendido. Su padre no era del tipo que visitaba sin avisar.

Era su padre, Israel López, que llevaba el mismo sombrero que había llevado toda su vida. Su padre era un hombre afrocaribeño que a menudo se quejaba de que no se parecía en nada a sus hijos y, sin embargo, ellos habían sacado lo peor de él.

"Mijo, tenemos que hablar," dijo Israel, entrando y observando la decoración ordenada pero sencilla. "Este lugar se ve bien," comentó, escudriñando la habitación con los ojos. "Has hecho un gran trabajo."

Marcos forzó una sonrisa. "Gracias, papá. ¿Qué estás haciendo aquí?"

El hombre mayor se acomodó en el sofá desgastado, un suspiro escapó de sus labios. "Mijo, tu madre me pidió que viniera a verte. Está molesta por la distancia que hay entre nosotros."

Marcos se tensó, su mente se apresuró a recordar su última conversación. "Sé que la última vez que hablamos, estaba molesto contigo por mi negocio, pero..."

"Entiendo que tengas estos sueños de crecer y expandirte," interrumpió su padre, "pero no podemos crecer hasta que tengamos lo suficiente para saber que podemos pagar las cosas. Solo me preocupa que te estés excediendo."

Sintió que la culpa lo abrumaba. Conocía la filosofía de su padre. Sus padres habían trabajado como técnicos médicos para que él y Daisy pudieran terminar sus estudios. Habían ahorrado y escatimado y ahora podían jubilarse cómodamente. Su padre no creía en los riesgos.

Marcos miró a su padre a los ojos, sus hombros se cuadraron y su mandíbula se tensó ligeramente. “Papá, sé lo que tengo y lo que soy capaz de hacer. No entiendo esta preocupación.”

Había tanta distancia entre él y sus padres. Y se sentía casi ideológico.

Habían buscado trabajos que les permitieran vivir cómodamente. De niño, él sabía que sus pasatiempos e intereses eran una pérdida de tiempo. Pero para Marcos, lo que hacía tenía que surgir de lo que amaba.

Había elegido una carrera que le permitía crear cosas hermosas y espacios que sabía que las familias disfrutarían mucho después de que los terminara. ¿Cómo podía explicar que su motivación para trabajar iba más allá de la supervivencia? Quería crecer porque lo sentía como una parte natural de su habilidad y alimentaba su deseo de crear.

Una mueca torció las facciones de su padre. “En parte es que siento que si te metes en problemas, no sé si puedo ayudarte. Tu mamá y yo hemos ahorrado para la jubilación, y aunque tenemos dinero ahorrado para ti y tu hermana, especialmente para la boda de tu hermana, siempre he querido asegurarme de que podamos mantenerte.”

Marcos se sentó junto a su padre, con el peso de la conversación presionándolo. “Papá, no necesito que me mantengas. Solo necesito que me apoyes.”

Su padre sacudió la cabeza, con tristeza en sus ojos. “Siempre he sentido que estás enojado conmigo desde esa vez con tu mamá. Desde que cometí ese error. Como si no me perdonaras o no pensaras que soy alguien en quien puedes apoyarte o pedirle consejo”.

Marcos sintió una oleada de emociones conflictivas. Su padre nunca había mencionado explícitamente su infidelidad antes. Era el elefante en la habitación, un doloroso recuerdo que todos acordaron ignorar en silencio.

La admisión de su padre lo tomó por sorpresa, provocando una mezcla de sorpresa y una extraña sensación de alivio cuando finalmente se reconoció lo no dicho.

Respirando profundamente, Marco levantó la barbilla y miró a su padre a los ojos. Su voz, aunque firme, tenía un temblor de emoción no resuelta. “Papá, no puedo evitar lo que siento. Sé que no quisiste lastimarnos, pero lo hiciste. Pero te respeto como mi padre, y quiero que sepas que estoy tratando de superar estos sentimientos”.

Y realmente lo estaba intentando. Sabía que era injusto reprocharle constantemente el pasado a su padre, pero esas viejas heridas resurgirían cada vez que estuvieran en desacuerdo.

Fue una batalla entre el resentimiento que sentía hacia el hombre que había traicionado su confianza y el amor y la admiración que todavía sentía por su padre.

Su padre extendió la mano y la colocó sobre la rodilla de Marco. “Lo siento, mijo. Tu mamá y yo trabajamos en esto porque nuestra familia era más importante que mi error. Pero tienes razón en saber que, si ella me hubiera dejado, yo también lo habría merecido”.

Marcos soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. “Ella acaba de sufrir mucho, papá. Daisy no lo sabía. Ella no lo vio, pero yo sí”.

Su padre sacudió la cabeza con tristeza. “No sabía que sufrieras tanto. Le pedí disculpas a tu

mamá. Y ahora, de hombre a hombre, te pido perdón".

Marcos se sintió abrumado. Sin saber qué decir o cómo responder, simplemente asintió.

Su padre continuó: "Sé que a veces lo que vemos que hacen nuestros padres puede afectar lo que queremos. Pero necesito que lo sepas. El matrimonio es algo hermoso y creo que tu madre estaría de acuerdo conmigo. Incluso cuando es difícil. Nosotros te creamos a ti y a tu hermana y mira el bien que hacen por el mundo. Por nuestra comunidad. Estoy muy orgulloso de ustedes dos".

Marcos tragó saliva, las lágrimas amenazaban con derramarse, mientras decía: "Gracias, papá".

Su padre miró a su alrededor y dijo: "Tener éxito es genial, pero hay éxito en formar una familia. Siempre he sabido que eres un hombre mejor que yo. Sería una pena que no comenzaras una familia propia debido a mi error".

Marcos inhaló profundamente.

Su padre se puso de pie entonces, una mirada de comprensión cruzó su rostro. "No tienes que decir nada. Bueno, te dejaré con eso. Solo quiero que sepas que no quiero que nuestra relación cause daño entre tú y tu madre. O tu abuela. Ella quiere verte".

La culpa invadió a Marcos, aplastándolo. "He sido un idiota. No debí desquitarme con mamá o abuela. Tienes razón, iré a verlos a ambos".

El padre de Marcos asintió y su expresión se suavizó. "Está bien, mijo. Lo entiendo. Solo debes saber que, pase lo que pase, te amo. Y fue un error por el que estoy muy arrepentido y seguiré arrepentido".

Marcos vio a su padre irse, con las emociones agitadas en su interior.

Siempre le había preocupado poder lastimar a alguien de la misma manera que su padre había lastimado a su madre. No pretendía entender cómo su madre podía ser con su padre, pero sabía que nunca podría perdonar a alguien que lo lastimara de esa manera.

Pensó en su vida y en lo que quería de ella. ¿Para qué estaba trabajando?

La conversación había reavivado viejas heridas. ¿Tenía razón su padre? ¿Había evitado las relaciones por los errores de su padre?

No quería creerlo.

Se recostó en el sofá, sintiendo que el cansancio del día finalmente lo alcanzaba. Mientras se quedaba dormido, pensó en su vida. Lo que significaba perdonar a su padre, si es que podía perdonarlo.

Y pensó en Mari, se preguntó si ella correría el riesgo de amarlo, mientras se preguntaba si él podría correr el riesgo con ella.

ONCE

Una indicación

"NO HAY ENCANTO IGUAL A LA TERNURA DEL CORAZÓN." – JANE AUSTEN

MARI

Era la primera vez que veía a Marcos desde su segundo beso. El mero hecho de que estuviera contando sus besos la hacía sentir loca; trabajar juntos lo hacía aún más surrealista.

La ejecución inicial del programa de irrigación había ido sorprendentemente bien. Ese mismo día, habían probado el sistema con familias y niños, observando cómo los niños conectaban tubos con entusiasmo y controlaban los niveles de humedad del suelo en la aplicación que había desarrollado Marcos.

Se lo habían pasado bien y, por un momento, casi se convenció a sí misma de que sus besos nunca habían sucedido. Toda su vida había sido buena para evitar pensamientos en los que no quería pensar: las críticas de su madre, su padre ausente, la forma en que ninguno de los dos reconocía el trabajo que tanto amaba.

Así que fue fácil dejar de lado la tensa cena con su madre y Alana. Pero nada podría haberla preparado para la forma en que ella y Marcos interactuaban ahora.

Era como si estuvieran en una realidad paralela en la que simplemente trabajaban juntos, nunca habían compartido el contacto ni la intimidad de haber crecido juntos. No había bromas, ni ligereza, ni rastro de su historia compartida. Nada era como ella había esperado. Javy había llamado esa mañana y ella lo había ignorado, sin saber cómo contarle sobre su madre todavía. Y ahora Marcos mantenía una actitud amable pero extrañamente distante. Nadie estaba actuando de la manera que ella esperaba y, lógicamente, debería haber estado contenta. Javy claramente la quería de vuelta.

Toda su vida, había anhelado ser la mujer que tuviera el control, pero con Javy, ella había sido la que la perseguía. En parte por su innegable atractivo, pero también por la emoción de la caza. Se había aburrido de los hombres que la adoraban. Ahora, aquí estaba, había ganado.

Javy quería volver, y sin embargo, ahora solo podía ver sus defectos, las formas en que tenían poco sentido juntos. El reloj de la pared marcaba las ocho y el resplandor de las pantallas de las

computadoras arrojaba una luz tenue sobre la habitación, que por lo demás estaba oscura.

Al final de cada programa, repartían formularios de comentarios. Normalmente, ella habría enviado a un experto a casa, prometiéndole un informe que resumiera las opiniones de las familias, pero en un impulso repentino (y verdaderamente estúpido, ahora se daba cuenta) había sugerido que leyeran las entradas juntos.

Llevaba una camisa sin cuello y jeans y, por alguna razón inexplicable, ella se distrajo con sus brazos mientras sostenía los formularios de comentarios. Había elegido un sencillo vestido de verano para el programa (un cambio con respecto a su atuendo habitual) y se sintió decepcionada por su aparente falta de atención.

Sin embargo, él parecía completamente concentrado en cada crítica que una familia había ofrecido, y al instante pensaba en soluciones y rediseños.

Esta era una de las razones por las que debería haberle enviado un informe. Leer los comentarios individuales podía volverte loca.

Ahora, tres horas después del programa, estaban implementando esos ajustes.

Mari estiró los brazos por encima de la cabeza, sintiendo la tensión en los músculos por haber estado sentada tanto tiempo. “Creo que finalmente estamos avanzando”, dijo, mirando a Marcos, que estaba concentrado en la tableta que tenía en las manos.

“Sí”, respondió él, sin levantar la vista. “Los chicos hicieron un gran trabajo, pero tenemos que hacer que esta interfaz sea aún más fácil de usar. Si un niño de ocho años no puede navegar por ella, tenemos que repensarla”.

Mari asintió y se reclinó en su silla. “Me impresionó la rapidez con la que captaron las cosas. Tu diseño es brillante”.

Se sentía cada vez más culpable. Deberían haberse ido hace horas.

Marcos finalmente levantó la vista, con una modesta sonrisa en su rostro. “Gracias. Sin embargo, es un esfuerzo de equipo. Tu aporte ha sido invaluable”.

Un silencio cómodo se instaló entre ellos mientras continuaban trabajando. La habitación se llenó de los suaves sonidos de la escritura y el ocasional crujido de los papeles.

A pesar de la hora avanzada, Mari sintió una sensación de satisfacción. Estaban haciendo algo significativo, algo que marcaría una diferencia en su comunidad. Aunque básicamente lo tenía prisionero, ya era suficiente.

Mari se reclinó en su silla, frotándose los ojos. “Creo que eso es todo por ahora. Haré un informe de los comentarios y deberíamos probar estos cambios con los niños nuevamente en unos días”.

Marcos miró el reloj. “Sí, deberíamos irnos a dormir. No me había dado cuenta de lo tarde que se había hecho”. Ya eran las ocho y cuarto.

Se puso de pie y se estiró, sus anchos hombros crujieron de manera audible. “Déjame llevarte a casa. Es demasiado tarde para que camines solo”.

Mari dudó por un momento. Le había dicho que caminaba para disfrutar del lindo día de verano.

¿Era esto lo que había querido todo el tiempo? Ella asintió. “Está bien, gracias”.

Empacaron sus cosas y se dirigieron al estacionamiento. El aire de la noche era fresco y refrescante, un cambio bienvenido de la habitación sofocante en la que habían estado trabajando.

Marcos le abrió la puerta, un gesto que Javy nunca se había molestado en hacer. Mientras conducían por las tranquilas calles de Pilsen, encendió la radio. Había elegido la misma emisora española antes y la radio seguía sintonizada en ella. Se instaló un silencio cómodo entre ellos.

“¿Recuerdas cuando solíamos dirigir los programas extraescolares en el antiguo jardín comunitario?”, preguntó Mari de repente, rompiendo el silencio.

Había una parte inexplicable de ella que quería que él reconociera su pasado compartido.

Marcos se rió entre dientes, sorprendido. “¿Cómo podría olvidarlo? Todos teníamos dieciséis años y tú siempre eras el jefe, diciéndoles a todos qué hacer. Abby todavía tiene trastorno de estrés postraumático por tus clases de cerámica”.

Mari se rió, el sonido fue suave y despreocupado, sus ojos se desviaron hacia la ventana del pasajero mientras pasaban por una panadería muy iluminada. “¡No era mandona! Solo era... organizada. Abby tenía diez años y siempre intentaba pegar plumas o tapas de botellas en su tazón cuando el punto era pintarlo”.

Un leve rubor calentó sus mejillas.

A diferencia de los otros voluntarios adolescentes, Mari siempre había sido autosuficiente en sus clases, nunca había necesitado la ayuda de un adulto. En parte porque siempre se había sentido como una adulta y se esperaba tanto de ella cuando era niña, que nunca tuvo tiempo de esperar a que alguien le dijera qué hacer. Cuando lo hacían, eran críticas.

Le había resultado fácil establecer límites, un papel que no siempre era apreciado por los adultos a cargo del programa de verano y que había hecho que un grupo de preadolescentes enérgicos la odiara.

“Todos te tenían miedo”, dijo Marcos, con un tono burlón en su voz mientras conducía con destreza el corto trayecto hasta su apartamento.

Mari resopló y luego se echó a reír a carcajadas, su voz resonó en el interior del coche.

“Marcos, no me tenían miedo”, dijo Mari, resoplando y luego estallando en una carcajada, su voz resonó en el interior del coche. Probablemente todavía se rían de mí y me odien hasta el día de hoy”.

Ella se reclinó contra el reposacabezas y una oleada de inesperada tranquilidad la invadió. La tensión que había estado entre ellos toda la tarde pareció disiparse en la risa compartida.

Sintió que él se relajaba a su lado, un sutil cambio en su postura, y supo que estarían bien.

Marcos se encogió de hombros, sus ojos se posaron brevemente en ella antes de volver a la carretera. Las luces de neón de un restaurante nocturno pintaron rayas de color en su rostro. "Creo que te respetaban. Todos lo hacían. Prácticamente manejabas a los demás voluntarios. Todos recurrimos a ti cuando necesitábamos ayuda".

Él hizo una pausa, una sonrisa maliciosa tirando de sus labios. “Eres mandona. Deberías reconocerlo. Creo que es tu mejor cualidad”.

Mari sintió que un rubor subía por su cuello. “Claro que lo es”, murmuró, mirando por la ventana para ocultar su sonrisa.

Siempre había sabido que ser mujer significaba desempeñar muchos papeles. Desafortunadamente, el papel en el que se sentía más cómoda era el de la honestidad. En algunos sentidos, se había vuelto como su madre, aunque esperaba ser menos crítica y expresar sus opiniones para tener un impacto positivo, en lugar de herir a los demás.

“En serio, Mari”, continuó Marcos, su voz adquiriendo un tono más serio. “Haces diez trabajos en el centro comunitario por muy poco dinero, y la única razón por la que puedes hacerlo es porque eres mandona”.

Echó una mirada furtiva a Marcos, su perfil iluminado por las farolas mientras conducían. Su mandíbula firme, la suave curva de sus labios... una calidez inesperada se extendió por ella. ¿Cómo sería simplemente inclinarse y besarlo? El pensamiento creció en su mente, de forma espontánea y embriagadora.

Rápidamente apartó la mirada, sus mejillas se sonrojaron de calor. Esto era una locura. ¿Fantaseando con el hombre que la estaba ayudando a salir con otra persona? Su corazón latía a un ritmo frenético contra sus costillas, un claro recordatorio de la naturaleza prohibida de sus pensamientos.

Nunca había querido besar a nadie de la forma en que quería besar a Marcos, pero allí estaba, mirando fijamente sus labios, desesperada por una distracción.

Era solo que sabía lo que se sentía al besarlo y quería saber si esos besos habían sido una casualidad. ¿Podrían haber sido realmente tan buenos como recordaba?

Una voz suave rompió la neblina de sus pensamientos. "¿Mari?"

Parpadeó, sobresaltada y volviendo a la realidad. "Lo siento. ¿Qué dijiste?"

Se sentía un poco fuera de control. Había una sensación de tranquilidad a su alrededor y una energía extraña. Quería desentrañar los intrincados hilos de su conexión, descifrar las razones por las que alguien tan gentil se sentía atraído por ella.

Pero tenía miedo de pedir lo que quería. ¿Qué veía él en ella y por qué estar cerca de él la relajaba tanto?

Él sonrió, sus ojos brillando divertidos. “Solo estaba diciendo que estamos pasando por tu antigua casa”.

Ella negó con la cabeza, pensando en el jardín que él había creado allí. Pensando en el pasado y el presente. Pero no dijo nada hasta que finalmente estuvieron frente a su apartamento.

Mari se desabrochó el cinturón de seguridad, pero no hizo ningún movimiento para salir del coche. No estaba segura de lo que quería, pero sabía que necesitaba más tiempo con él.

“¿Quieres subir a tomar algo? Te retuve allí para siempre y mi madre envió este vino elegante

para compartir. Podríamos celebrar el primer programa".

No se preguntó por qué no quería que la noche terminara. Simplemente no podía quitarse la sensación de querer más tiempo con Marcos.

Mientras estaba sentada en el coche, la calidez de su presencia la hacía sentir segura. Quería explorar lo que fuera que había entre ellos, incluso si la asustaba.

Se miraron el uno al otro durante un segundo más de lo necesario. Ella pensó que él diría que no.

Marcos dudó por un momento, luego asintió. "Sí, me gustaría eso."

Se dirigieron al apartamento de Mari, el cómodo silencio entre ellos ahora lleno de una sensación de anticipación. Cuando entraron, Mari encendió las luces, arrojando un cálido resplandor a través de la acogedora sala de estar.

"Siéntete como en casa," dijo, dirigiéndose a la cocina. "Voy a traer el vino."

Se estremeció al usar esa palabra. Su apartamento era muchas cosas, pero no era un hogar.

Mientras buscaba el vino, pensó en lo que él pensaría de su espacio y decidió que pensaría que estaba bien. Porque Marcos no juzgaba.

Regresó con dos copas de vino y le entregó una a Marcos antes de sentarse a su lado. Se sintió feliz de verlo en su espacio. Le gustaba Marcos; le gustaba mucho.

"Por un proyecto exitoso," dijo, levantando su copa.

"Por un proyecto exitoso," repitió Marcos, chocando su copa contra la de ella.

MARCOS

No se estaba enamorando de ella. Eso era imposible. Eran algunos sentimientos de amor que aún le quedaban. Esa reciente obsesión por pensar en ella y querer estar cerca de ella tenía que terminar.

Mientras bebían vino, pensó en lo tarde que era. Mañana tenía que levantarse temprano. Debería haber dicho que tenía que irse hace tres horas. Y, sin embargo, se había quedado, inventando soluciones a problemas imaginarios, todo para estar con ella más tiempo.

Porque disfrutaba estar con ella. Disfrutaba de lo fácil que era bromear con ella. De que no escondiera nada de lo que sentía. Sabía que una vida con ella siempre sería honesta, sin secretos. Era algo que siempre había deseado. Era la razón por la que había elegido su carrera.

Prefería los enfoques directos y realistas.

Por otro lado, era una situación en la que no estaba claro qué venía primero. ¿Siempre disfrutaba de esas cosas o las disfrutaba porque siempre se había sentido atraído por Mari?

Cuando terminaron su segunda copa de vino, Marcos sintió que un calor se extendía por todo su cuerpo que no tenía nada que ver con el alcohol. Miró a Mari, cuyos ojos reflejaban la misma

sensación. Estaba jugando con fuego. Esos sentimientos no podían llevar a ninguna parte. Ella quería a Javy. Tenía que volver a la realidad, sin importar cuánto le doliera.

Tomó un sorbo, el rico vino hizo poco para calmar el nudo de inquietud en su estómago. "¿Cómo están las cosas con Javy?", preguntó, su voz más ligera de lo que sentía, un intento forzado de informalidad. Ella giró la cara, y la curva de su cuello se convirtió en una distracción que él no podía ignorar. Pero fue el silencio lo que dijo mucho.

"Realmente no he hablado con él", dijo finalmente, su voz demasiado brillante, un tono alegre que no hizo nada para ocultar la tensión subyacente. Volvió a llenar su copa de vino con una mano firme, pero sus ojos traicionaron algo que él no pudo descifrar.

¿La había llamado y ella lo ignoró? El pensamiento lo carcomía. ¿O ella se había comunicado, solo para encontrarse con el silencio? Quería saber, era más directo sobre querer, necesitar saber.

Forzó una risa, el sonido hueco en sus propios oídos mientras sus ojos se alejaban del rostro de Mari, evitando su mirada. "¿Qué significa eso? ¿No se ha puesto en contacto contigo? Después de la escena en casa de Lechuga, pensé que lo haría.

“Llamó hace unos días, pero le dije que necesitábamos un descanso de dos semanas. Y lo decía en serio”.

Las palabras golpearon a Marcos como un puñetazo. Lo había sentido en el momento en que la había visto con Javy: la innegable atracción entre ellos. Sabía que Javy llamaría.

Su mano tembló ligeramente mientras se servía más vino, el líquido oscuro chapoteando en el vaso. Un sabor amargo subió por su garganta, reflejando la acidez de sus pensamientos. Así que esto era todo. Mari solo lo estaba usando. Todo esto todavía era un juego para ella. Citas falsas para conseguir al hombre que realmente quería. Algunas personas realmente tenían toda la suerte y Javy De La Torre era uno de los afortunados.

Pero el beso... Su mente reprodujo el recuerdo de sus labios sobre los suyos, el suave toque después de la fiesta de Lechuga, su declaración de que era un buen besador. ¿Todo había sido una actuación? ¿Una manipulación cruel?

Bebió el vino de un trago, tratando de ahogar las dudas y el creciente resentimiento.

Tal vez soy tan bueno besando, pensó, la arrogancia luchando contra el dolor. ¿A quién le importan los besos en estos días, de todos modos? ¿Alguien más que yo los considera algo importante?

El pensamiento de la cara de Javy, su sonrisa petulante, lo llenó de una repentina rabia. "¿Tratando de hacerlo sufrir?", escupió, las palabras mezcladas con veneno.

La escuchó inhalar bruscamente. "¿Y si dijera que lo estaba haciendo?"

Un escalofrío le recorrió la espalda. Deseó poder retroceder el tiempo, deshacer el acuerdo tácito que los había traído a este momento.

El silencio descendió sobre la habitación, denso y pesado. Se sentaron uno al lado del otro en su sofá prístino, el espacio entre ellos era un abismo.

Marcos se volvió hacia ella, estudiando cuidadosamente su expresión en blanco. "Diría que tiene sentido. ¿Recuerdas cuando solía enviarte todas esas flores? Simplemente las ignoraste. Pero supongo que eso no es lo mismo. Éramos niños. Estás en una relación real con Javy.

El dolor que atravesó el vino y los recuerdos que desenterró lo amplificaron. Todo lo que pensé que era entre nosotros... ¿era todo solo una fantasía? Su mente dio vueltas, el vino desdibujó los bordes de sus pensamientos. No quiero salir con Mari; se recordó. Disfruto estar soltero.

Ella extendió la mano y agarró su brazo con una fuerza sorprendente. “¡Eso fue diferente!”, protestó, su voz aguda con una intensidad repentina. “Estabas enviándolos como una broma. Te burlabas de mí. Tuve que ignorarlos.”

Él bajó la mirada hacia sus dedos, con los nudillos blancos en su bíceps, luego la miró lentamente a los ojos. Sus ojos estaban llenos de un fuego que él nunca había visto antes. “¿Qué estás diciendo?”, preguntó, su voz apenas un susurro.

Mari se sonrojó, su agarre se aflojó mientras retiraba la mano. “No es nada”, murmuró, sus ojos cayendo a su regazo.

Una pizca de irritación tensó la mandíbula de Marcos. “Sabes que eso no es verdad, Mari”, replicó él, con voz aguda y emoción apenas reprimida. Se inclinó hacia delante y la miró a los ojos. “Fui patético”, admitió, y las palabras brotaron en un torrente de frustración reprimida. “Te dejé flores, notas, incluso redecoré el jardín de tus padres. ¿Pensabas que era una broma? ¿Qué tenía de gracioso, además de que tú y Judit se reían de mí a mis espaldas?”

Las viejas heridas le dolían, el aguijón del rechazo todavía estaba vivo después de todos estos años. Había sido un adolescente enamorado, tratando de llenar el vacío dejado por el abandono de su padre con una búsqueda desesperada de su afecto.

Había tomado su silencio como una invitación a más, hasta ese día en que escuchó su risa, sus palabras crueles. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella no lo quería.

Ella inhaló bruscamente, sus cejas se fruncieron con confusión y dolor. "¿De qué estás hablando? Escuché a Daisy y Abby riéndose de eso. Dijeron que era solo una broma. Que sentías pena por mí, por eso me dejabas flores".

Marcos se sintió hiperconsciente de su cuerpo, cada respiración entrecortada, la carga eléctrica en el aire entre ellos. "¿Por qué creerías eso? Nunca hablé con ellos sobre eso. ¿Por qué se lo diría? Eran más jóvenes que yo. Pero te escuché con Judit. Te escuché".

Logró regular su respiración. Todo era del pasado. Él solo estaba haciendo el ridículo. Casi se estremeció cuando sintió su toque de nuevo, sus dedos rozando el dorso de su mano, trazando su muñeca.

Se apartó de ella, con la mandíbula apretada, su silencio denso con tensión no dicha.

El aire crepitaba con palabras no dichas. "Marcos", comenzó, su voz apenas un susurro.

"¿Qué?" ladró, sus emociones sintiéndose fuera de control y confusas.

"Solo dije eso porque pensé que te estabas burlando de mí. No lo decía en serio. Estaba herida y era estúpida". Su voz bajó a casi un susurro. "Amaba ese jardín. Todavía camino hacia ese jardín.

Amaba esas flores".

"Lo ignoraste cuando lo señalé", dijo, con dolor en su voz.

Ella negó con la cabeza. "No, no lo hice. Nunca lo ignoraría. Me encanta".

Las pestañas de Mari bajaron, ocultando su expresión. Cuando levantó la vista de nuevo, sus ojos eran ilegibles. "¿Habrías seguido enviándolos si no me hubieras escuchado decir esas cosas?"

La honestidad cruda en su voz hizo que el corazón de Marcos saltara de su pecho. Él le creyó. No sabía por qué; no tenía mucho sentido. La había oído burlarse de él, pero le creyó.

“¿Quieres decir que te enviaría flores hoy?” Marcos no sabía qué estaba pasando, pero la conversación se había convertido rápidamente en algo que lo hizo sentir inestable.

Ella se encogió de hombros, apretando sus dedos. “Tal vez podríamos haber sido amigos. Habría sido agradable tener otro amigo cuando éramos niños”.

Él miró sus manos. Ella había extendido la mano para tocarlo. Se preguntó si ella sabía que lo estaba haciendo. Cuando estaba cerca de ella, descubrió que tenía que contenerse para no tocarla. La necesidad se hacía más intensa cada vez que estaban juntos.

Cuando Marcos pronunció la palabra “amigos”, sus ojos se clavaron en los de ella, casi como si nunca hubiera escuchado el término antes. Cada palabra en esta conversación lo hacía sentir como si estuviera evaporando el pasado y reinterpretándolo.

De repente era demasiado. Necesitaba cerrar los ojos. La habitación daba vueltas.

Se reclinó en el sofá, estiró las piernas y las cruzó por los tobillos, mirando el techo. Cerraría los ojos solo por un minuto.

De repente, se preguntó si estaba borracho. Mari tomó la copa de vino de su mano y la escuchó como si estuviera a la distancia.

Mari sonrió y dijo suavemente: "¿Amigos? Amigos falsos de citas".

"Está bien", dijo Marcos.

Abrió los ojos y la miró fijamente. Sin estar seguro de si estaba eufórico o decepcionado, Marcos abrió los ojos y la miró fijamente.

Se colocó la mano contra el pecho, seguro de que los sentimientos que tenía por ella se habían despertado de alguna manera dentro de él y se habían derramado de él de alguna manera física.

Dios, la deseaba. La idea de rodear su cintura con el brazo cruzó por su mente. La quería encima de él. Cerró los ojos y su voz lo trajo de vuelta.

La escuchó decir: "Es tarde y has bebido demasiado vino. ¿Por qué no pasas la noche aquí y puedes conducir a casa por la mañana? Te he quitado tanto tiempo que no tiene mucho sentido conducir hasta casa.

Abrió los ojos y vio que ella arqueaba las cejas.

¿Quieres que pase la noche aquí?preguntó incrédulo. De repente, se sentó más derecho.

¿Qué? Judit lo hace todo el tiempo le aseguró Mari.

Además, sabrías que tiene sentido si no bebieras tanto vino. Escúchame. Te gusta que sea mandona, ¿recuerdas?

Sus palabras parecieron golpearlo en oleadas. Se sintió conmovido de que ella se preocupara por él, y un poco inseguro de que debiera quedarse en su apartamento. Pero pronto se encontró guiado a través de un pasillo estrecho, pasando por cuadros botánicos enmarcados y el leve aroma de lavanda, hasta una habitación de invitados que parecía intacta, prístina como una suite de hotel.

Se detuvo en el umbral, contemplando el lujoso espacio. Al detenerse en el umbral, contempló el lujoso espacio, que estaba bañado por una luz cálida y acogedora, que resaltaba las ricas texturas de la ropa de cama y las superficies brillantes de los muebles.

El arte adornaba las paredes, cada pieza elegida con un cuidado meticuloso. "Esto es..." Luchó por encontrar las palabras adecuadas para describir el espacio.

Mari se apoyó contra el marco de la puerta, sus ojos brillaban en la penumbra. "Es la habitación de invitados", dijo, su voz apenas un susurro.

"Mi mamá la decoró. Decoró todo este apartamento. Sé que es... estéril... porque es su apartamento. Mi mamá lo decoró. Ella decoró todo este apartamento. Sé que es... estéril... es su apartamento.

Él simplemente la miró, con el corazón latiendo en su pecho. La habitación se sentía cargada de una energía tácita, una tensión que no podía definir.

"Yo... mejor me voy", balbuceó Mari, su voz apenas un susurro.

"Sé que mencionaste que te levantaste temprano. Puedes cerrar la puerta principal detrás de ti por la mañana. No hay necesidad de decir adiós. Buenas noches, Marcos".

Él asintió, todavía tambaleándose por la intensidad del momento, sus palabras colgando pesadas en el aire. La puerta se cerró con un clic, dejándolo solo con el eco de sus pasos apresurados desvaneciéndose por el pasillo.

Marcos miró fijamente el techo desconocido de la habitación de invitados de Mari, con su mente acelerada. ¿Por qué había mentido su hermana? ¿Qué podría haber sucedido si no lo hubiera hecho? Las preguntas se arremolinaban en su cabeza, alimentadas por una mezcla de curiosidad y una persistente sensación de oportunidad perdida.

De repente, se dio cuenta de algo, una chispa de esperanza en la oscuridad. Si Mari no lo hubiera rechazado todos esos años atrás, tal vez hubieran tenido una oportunidad. Una oportunidad real. Un futuro juntos. El pensamiento le provocó un escalofrío, una emoción vertiginosa que no había sentido en años. Se tumbó en la cama, con la mente llena de posibilidades.

Podía usar esta situación a su favor, para demostrarle a Mari que realmente le pertenecía. Una voz persistente en el fondo de su mente le susurró una advertencia: Pero tú no quieres tener hijos. Y no los quería. Se había contentado con vivir su vida sin expectativas puestas en él. Había querido centrarse en su trabajo y simplemente dejarse llevar por la vida.

No había sido una decisión consciente de su parte. Pero su cerebro nublado por el alcohol le recordó que había querido estar soltero porque sabía que no podría tener a la única persona que realmente quería. El vino estaba nublando sus pensamientos, haciendo que todo pareciera distante y surrealista. Intentó concentrarse, anclarse en la realidad del momento, pero su mente seguía yendo hacia Mari: su risa, su sonrisa, la forma en que lo miraba esa noche.

Siempre se había convencido de que era feliz estando soltero. Era más fácil de esa manera, menos complicado. Había construido su vida en torno a su trabajo, su independencia y la libertad de moverse por el mundo tratando de escapar del peso de las expectativas de su familia.

Pero esa noche, algo era diferente.

Podía sentirlo en la forma en que su corazón latía un poco más rápido cuando ella lo tocaba, la forma en que su mente seguía reproduciendo sus conversaciones, buscando significados ocultos.

Y luego estaba esa visión, la que cruzó por su mente, sin que nadie la hubiera pedido, de una vida con Mari. Una familia. Niños con sus ojos y su sonrisa.

Marcos cerró los ojos, tratando de alejar el pensamiento. Era absurdo.

Pero por más que intentaba desestimarlo, el pensamiento seguía arrastrándose, un susurro persistente en el fondo de su mente. ¿Y si no estaba tan contento como siempre había creído? ¿Y si todos esos años de decirse a sí mismo que no quería una familia eran solo una forma de protegerse del miedo al rechazo, del dolor de querer algo que pensaba que nunca podría tener? Se movió incómodo en la cama, el peso de la comprensión lo oprimía. Había pasado años convenciéndose de que sus sentimientos por ella no eran más que un enamoramiento de la infancia, algo que se desvanecería con el tiempo.

Y, sin embargo, allí estaba, acostado en su habitación de invitados, incapaz de quitarse de encima la imagen de un futuro con ella. Abrió los ojos, mirando al techo, escuchando los débiles sonidos de la ciudad afuera, no pudo evitar preguntarse si tal vez, solo tal vez, podría haber algo real entre ellos. Suspiró, frotándose la cara con una mano, como si pudiera borrar la confusión. Ya no sabía qué pensar. Lo único que sabía era que la idea de una vida con Mari —una vida real, con todo el desorden y las complicaciones que conlleva— no parecía aterradora.

Seguía siendo Marcos, seguía siendo el hombre que valoraba su libertad y su trabajo por encima de todo. Pero tal vez había lugar en su vida para algo más. Tal vez siempre había estado reservándola para Mari.

Pero ese era un pensamiento para otro día. Por ahora, se concentraría en el presente, en lo que era real y tangible. Ayudaría a Mari con su plan y vería cómo iban las cosas a partir de ahí. Un paso a la vez.

Dicho esto, Marcos cerró los ojos, permitiendo que el vino y el cansancio del día lo arrastraran a un sueño profundo y lleno de sueños. Pero incluso en sus sueños, la imagen de Mari —de una vida con ella— persistía, un eco débil pero persistente de algo que no estaba del todo listo para dejar ir.

DOCE

Un triángulo no tiene centro (done)

"EL AMOR NO ES SÓLO ALGO QUE SIENTES, ES ALGO QUE HACES." – DAVID WILKERSON

MARI

Mari se despertó a la mañana siguiente en un departamento vacío y con un mensaje de texto de Marcos que decía: "Gracias por anoche."

"Muy vago", murmuró, arropándose más con las sábanas.

Sabiendo lo que decía la nota, la leyó de nuevo, como si entre esas palabras simples hubiera algún significado oculto. Deseaba que su mensaje le diera más claridad, algo sólido a lo cual aferrarse entre las emociones turbulentas que sentía.

La noche anterior le había mostrado tanto sobre Marcos y sobre lo que sentían el uno por el otro. Pero los sentimientos no eran algo concreto. No significaban que algo fuera a cambiar entre ellos. Y aunque cada conversación parecía acercarlos más, no creía que hubieran tenido una que esclareciera realmente lo que estaba sucediendo entre ambos.

La parte cautelosa y lógica de su mente le decía que Marcos era el hombre más decente, la persona más decente que había conocido.

Solo estaba siendo amable. Era quien él era.

Sin embargo, una ligera duda persistía. ¿Estaban acercándose, o era todo producto de su imaginación? Ahora que ambos conocían la verdad sobre su pasado, ¿cambiaba eso algo para ella? ¿Para él?

Con desgana, bajó las piernas de la cama y se dirigió al baño, mientras una decisión se solidificaba en su mente: una ducha caliente borraría el estrés residual y la ayudaría a aclarar sus pensamientos.

El vapor llenó el pequeño baño, envolviéndola en una calidez reconfortante mientras se metía bajo el chorro de agua. Cerró los ojos, dejando que el agua se deslizara sobre su cuerpo.

Sus pensamientos volvieron a Marcos, al recuerdo de su toque gentil cuando la besó, su risa

suave cuando la provocaba. Él siempre mostraba atención hacia ella, enfocándose totalmente en su comodidad.

Una leve sonrisa curvó sus labios al pensar en el esfuerzo que él ponía en todo lo que hacía. Nadie tenía una ética de trabajo más fuerte que él. Con él, la confianza surgía con facilidad.

Al salir de la ducha, se envolvió en una toalla suave, sintiendo una nueva calma asentarse en su interior.

Disfrutaría su día, se centraría en el presente y no dejaría que sus inseguridades nublaran su juicio.

Al entrar a la cocina, un suave jadeo escapó de sus labios. Un pequeño arreglo de mini-rosas rosadas descansaba sobre la cubierta de mármol, la luz del sol filtrándose por la ventana iluminando sus delicados pétalos.

Sacó la tarjeta del diminuto sobre y leyó en voz alta: “Supongo que seguiría enviando flores.”

No pudo resistirse a dar una vuelta alegre en la cocina, una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro, sus pies descalzos dando golpecitos sobre el azulejo fresco. Era un baile tonto, lleno de entusiasmo, que más tarde la avergonzaría, pero en ese momento no le importaba.

Marcos era el primer hombre, la primera persona, que la hacía sentirse vista y aceptada por quien era, con todos sus defectos. Recordaba cómo él escuchaba atentamente cuando hablaba de su trabajo, sin interrumpir ni desestimar sus ideas.

Él era el primer hombre que no había presionado para obtener más de lo que ella estaba dispuesta a dar. La sensación aterradora y a la vez emocionante que burbujeaba en su pecho le decía que ya estaba enamorándose de él.

Pero conseguir que él correspondiera a esos sentimientos se sentía como una batalla cuesta arriba.

Él no quería una familia. Ella sí. Él no deseaba una relación seria. Ella sí. Parecía contento trabajando hasta la extenuación mientras ella anhelaba equilibrio.

La idea de una vida sin el ritmo constante de una familia le provocaba un nudo en el corazón, pero la emoción que provocaba la presencia de Marcos era innegable.

No, se reprendió, sacudiendo la cabeza mientras sacaba una blusa del clóset. Sé práctica.

La estabilidad significaba seguridad, algo que siempre había ansiado.

¿Quién se casaba por amor hoy en día? Lo que ella quería era estabilidad, no esta sensación incierta en la boca del estómago. Necesitaba un consejo, pero ¿a quién podría preguntar? No podía acudir a Judit con esto; sería demasiado incómodo.

No sabía cómo avanzar.

Quizá Marcos solo quería que fueran amigos. Después de todo, ¿no había ella sugerido eso anoche?

“Amigos”, se dijo con firmeza, alisando su falda mientras se miraba en el espejo del dormitorio.

Amaba a Judit, así que sí, sería amiga de Marcos. Y le agradecería las flores.

Por un impulso, marcó el número de Marcos. Él contestó en el primer tono.

“Gracias por las rosas”, dijo Mari, su voz resonando ligeramente mientras ponía el altavoz y continuaba vistiéndose.

Se puso un vestido sobre la cabeza, la tela suave rozando su piel.

“Son hermosas”, añadió, pensando en la forma en que él nunca se había rehusado a mostrarle que se preocupaba por ella.

“Es lo menos que podía hacer”, respondió Marcos, y ella pudo oír la sonrisa en su voz, el sonido crujiendo ligeramente por la línea telefónica.

“Claro, me emborrachaste. Pero pudiste haberme dejado en las calles de Chicago; en cambio, me dejaste dormir en tu cuarto de invitados.”

Mari soltó una risita, sus dedos abrochando con destreza un delicado collar alrededor de su cuello. “¿Yo te emborraché? ¿Vas a culpar a la copa de vino también?” Sonrió a su reflejo en el espejo, disfrutando el intercambio de bromas.

Le encantaba provocarlo; él lo facilitaba con sus respuestas ligeras.

“Tenía pensado hacerlo, sí”, bromeó Marcos, con un matiz pícaro en su voz.

Mari puso los ojos en blanco, aunque con una sonrisa. “Eres un tonto”, dijo con suavidad.

“Me alegra que te hayas dado cuenta”, respondió él con un tono desenfadado. “Necesito un favor. Mis padres tienen una cena esta noche a la que, por lo visto, debo asistir, y esperaba que volvieras a ser mi escudo.”

Mari se detuvo, un zapato en la mano. Tenían relaciones muy distintas con sus padres. Sabía, intuitivamente, que aunque Marcos se quejara de ellos, mantenían una relación cálida. Él parecía no darse cuenta de cuánto lo adoraba su familia, pero ella sentía que no le correspondía mencionarlo. En lugar de eso, dejó de lado sus preocupaciones y contestó:

“Por supuesto, un trato es un trato. ¿Qué debo ponerme?”

“Mari, siempre te ves hermosa. Jamás te diría qué usar. Lo que elijas estará perfecto.”

Una calidez floreció en el pecho de Mari, extendiéndose por sus extremidades. No pudo evitar la tímida sonrisa que tironeó de sus labios. “¿Estará Daisy allí?” preguntó, con una leve inseguridad en su voz.

Sabía que eventualmente se toparía con Daisy, pero aún no estaba lista para enfrentar lo que pudiera surgir. No sabía cómo o si debería abordar ese tema. Era el pasado. Tal vez ya no importaba.

“No”, respondió Marcos, su voz ligera y tranquilizadora. “Solo estarán mis padres, mi abuela y yo.”

Mari sonrió, el corazón saltándole de emoción. “Perfecto”, dijo, caminando hacia su clóset. “¿A qué hora?”

“Paso por tu casa a las siete”, contestó Marcos, su voz cálida e invitante.

Mari colgó el teléfono con una amplia sonrisa en el rostro. Abrió de par en par las puertas del clóset, sus ojos recorriendo hileras de ropa. Ya sabía perfectamente qué ponerse: el vestido de verano con escote tipo corazón, que era a la vez modesto y sensual.

Lo descolgó de la percha, sosteniéndolo contra su cuerpo con un gesto satisfecho. Después del trabajo lo plancharía con vapor para que quedara perfecto.

Esta noche sería especial. Usaría la oportunidad para medir los sentimientos de Marcos, para ver si había algo más en su conexión que la mera amistad, sin arruinar la amistad que estaban forjando.

Sería la novia perfecta e incluso lograría que sus padres se enamoraran de ella.

JAVY

El momento en que su hermano Carlos entró a La Flor —un miércoles por la tarde bullicioso con clientes de la hora feliz—, Javy De La Torre supo que la visita no era para una charla amistosa. Carlos solo aparecía por su bar cuando iba a pedirle un favor o a soltarle un sermón.

Javy dibujó una sonrisa forzada mientras guiaba a Carlos a su oficina trasera. “¿A qué debo el honor, hermano mayor?” preguntó, añadiendo con una risa forzada: “¿Alex por fin se dio cuenta de que está enamorada del hermano equivocado?”

El chiste cayó en saco roto, como de costumbre cuando hacía bromas sobre la prometida de su hermano—que también había sido la mejor amiga de Carlos.

El ceño de Carlos se profundizó. “En realidad, ambos estamos preocupados por ti.”

La sonrisa de Javy vaciló por un segundo, pero rápidamente se recompuso. “¿Preocupados?”

Carlos asintió. “Alex se enteró por varias personas en el centro comunitario de que besaste a Mari en un barco. ¿Y tal vez discutiste o peleaste con Marcos? Esa parte no está muy clara.”

Javy aclaró la garganta. “No fue exactamente así. Mari y yo atravesamos un momento difícil. Estamos trabajando en ello.”

Las cejas de Carlos se alzaron. “La última vez que hablamos, estabas a punto de dejarla. ¿Ahora solo es un bache?”

“Me equivoqué, ¿ok?” Javy se pasó una mano por el cabello. “No todos encuentran al amor de su vida de niños. Mari es… intensa. Necesitaba tiempo para darme cuenta de cuánto me importaba.”

“Te tomó un tiempo.”

Javy suspiró. “Sí, me tomó tiempo. Mari siempre estaba ahí, pero ella… mejora mi vida, y lo di por sentado. Me equivoqué, pero sé que puedo arreglarlo.”

“¿Arreglarlo?” Carlos lo miró con el ceño aún más marcado.

Javy se inclinó hacia adelante, su voz descendiendo a un gruñido bajo. “Deja de repetir todo lo que digo. ¿Por qué viniste? Pudo ser una llamada. Deja el tema de Mari, por favor.”

Carlos asintió, imperturbable. “Pude haber llamado, pero Alex quiere que vengas a cenar, y no aceptaría un no por respuesta. Tiene esa loca idea de que estás solo.”

La sonrisa de Javy regresó. “¿Yo? ¿Solo? Jamás.”

Carlos se encogió de hombros. “Ella recuerda lo difícil que fue para ti cuando me fui a la universidad y cree que necesitas tiempo en familia. Dijo que te metías en peleas cuando yo no estaba. Si ella no está feliz, yo tampoco. Vas a venir.”

Javy asintió, dejando que sus pensamientos se dirigieran a la prometida de su hermano, Alex. Cuando Carlos se fue a la universidad, él y Alex se habían acercado; ella se volvió como una hermana postiza.

Ausente, dadas las circunstancias con la enfermedad de su padre, pero la única adulta en la que podía confiar en ese entonces. Todavía apreciaba su preocupación, incluso si a veces se sentía sobreprotectora.

Iría a cenar con su hermano. Le debía eso a Alex.

Ignoró la mención de las peleas que solía tener, y dijo,

“Está bien”, cedió finalmente Javy, intentando apartar pensamientos del pasado. “Puedo ir contigo. Solo déjame avisar a Kris que cierre.”

Javy se acercó a la barra, tomándose un momento para contar sus respiraciones. Todo estaba bien. Pasaría esa cena y le demostraría a Mari que podían hacer que las cosas funcionaran.

No había mentido a su hermano. Sus sentimientos por Mari eran genuinos, por complicados que fueran.

Cuando Mari se había presentado en la hora feliz, él se sintió halagado. Era hermosa, y su atención había sido una distracción bien recibida.

La había rechazado las primeras veces porque su terapeuta le sugirió trabajar en sus problemas de abandono antes de lanzarse a una nueva relación.

Se rió para sus adentros al recordarlo. La terapia había sido una constante en su vida desde la infancia. Sus padres se preocupaban por su enojo, sin ver que la raíz estaba en su ausencia. No eran los problemas de abandono los que lo mantuvieron lejos de ella.

No, fue su viaje a México.

A pesar de su herencia mexicana, fue criado de forma típicamente estadounidense. Tan frustrado por el silencio de su padre sobre el pasado, se había embarcado en un viaje a Nayarit, el pueblo natal de su padre, buscando respuestas sobre su identidad.

Allí descubrió que su abuela había sido parte del pueblo Wixarika.

Todavía podía oír la voz de la anciana wixarika en su mente: “hasta que no sanes tu corazón,

tendrás muy mala suerte en el amor. Y causarás más dolor a ti mismo que a otros. Guiarás a los que amas hacia sus verdaderos amores."

Las palabras lo habían conmocionado, pero cuando preguntó cómo arreglarlo, la anciana sonrió y dijo: "Escucha a tu corazón."

Y lo había intentado.

En cierta forma.

De alguna manera, supo que Mari era demasiado intensa para él, y temía que ella se aburriera de él.

Pero un hombre solo puede resistir la tentación cierto tiempo.

Su relación había sido la primera realmente adulta que había tenido. Mari organizó su departamento, le ofreció valiosas sugerencias de marketing para su negocio—mejoró su vida de muchas maneras, aunque él no lo había notado.

Sí, discutieron. Sí, ella podía ser un poco controladora. Pero ahora que ella se había ido, la extrañaba, la extrañaba a ella y esa sensación de ser el centro de su mundo. Ahora se sentía a la deriva, como si a nadie le importara.

Mientras caminaba junto a su hermano, una punzada de envidia lo atravesó. Carlos y Alex eran una unidad, siempre lo habían sido. Compartían la conexión sencilla y natural que él anhelaba, pero tal vez eso no estaba en las cartas para él. Su hermano era profesor, el tipo estable y firme.

Javy no había ido a la universidad; había hecho dinero de forma impulsiva con las criptomonedas. Era ingenuo pensar que tendría una relación fácil y fluida. Tal vez cada quien nacía con cierta cantidad de suerte, y él había usado la suya para ganar dinero.

Le sobraba más de lo que necesitaba.

Mientras él y Carlos salían al aire fresco de la noche, una oleada de determinación lo invadió. Recuperaría lo que había perdido.

TRECE

Nombres que empiezan con M

"PARA EL MUNDO PUEDES SER UNA PERSONA, PERO PARA UNA PERSONA PUEDES SER EL MUNDO." – DR. SEUSS

MARCOS

Mientras Marcos recorría las calles familiares de Pilsen, el sol poniente proyectaba largas sombras sobre los coloridos murales que adornaban los edificios de ladrillo.

El débil sonido de las norteñas que provenían de una taquería cercana se mezclaba con el estruendo del tren L que pasaba por encima de él. La vibrante vida del barrio parecía contrastar con la tensión que sentía. Se volvió hacia Mari con una mueca, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre el volante, con el ceño fruncido mientras pensaba.

“Prométeme una cosa”, comenzó, su voz era una mezcla de diversión y vergüenza. El peso de la anticipación flotaba en el aire, haciendo que su pedido pareciera más significativo.

Mari, con los ojos todavía fijos en el GPS, su largo cabello oscuro cayendo sobre sus hombros, levantó una ceja. Su postura relajada y su leve sonrisa sugerían que estaba lista para cualquier cosa. “¿Qué es eso?”

“Nunca me dejes solo con mis padres”, dijo, “a menos que mi abuela también esté allí”.

Mari se echó a reír y el sonido llenó el interior del coche. Extendió la mano para apretarle la suya. Sabía que todo estaría bien mientras ella estuviera con él.

Era raro que su madre lo llamara y no tenía idea de qué esperar. Pero sabía que después de su conversación con su padre tenía que aparecer.

Ella arqueó una ceja y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios. Le apretó la mano suavemente mientras él sostenía la suya. "Por supuesto", respondió, su voz era un eco juguetón de la suya.

Marcos se rió entre dientes y sus ojos se arrugaron en las esquinas. Se inclinó más cerca, su aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras susurraba: "Gracias".

La punta de su dedo le rozó la mejilla antes de apartarse, con un toque de timidez coloreando sus mejillas. El porche delantero de la casa de sus padres, con su hiedra crecida y sus campanillas de

viento, parecía amplificar el momento. Luego tomó el timbre y lo presionó con decisión.

Su madre, con una cálida sonrisa en su rostro, abrió la puerta principal y los hizo pasar. Cuando entraron en la acogedora sala de estar, con su sofá desgastado y fotos familiares que cubrían las paredes, Marcos notó que su madre y su abuela agarraban sus carteras, con un brillo de anticipación en sus ojos.

Su padre salió de la cocina, con un gran transportín para perros en sus manos. Lo dejó en el suelo con un ruido sordo, su expresión era una mezcla de preocupación y esperanza. “Mijo”, comenzó, con voz pesada, “tienes que llevarte a este perro. Necesita tu ayuda”.

Marcos parpadeó, la sorpresa y el desconcierto se mezclaron en su rostro mientras se giraba hacia el transportín, luchando por procesar el giro inesperado de los acontecimientos.

“¿Quieres que me lleve a este perro?”, preguntó, con su voz teñida de incredulidad. Miró a sus padres, incapaz de ocultar el tono incrédulo en su voz.

Había pensado que su madre estaba tratando de ayudar a solidificar la paz tentativa entre su padre y él. O que tal vez le preguntarían sobre su relación con Mari. ¿Pero un perro?

Esta era una bola curva que no había visto venir.

Su madre sonrió radiante, le tendió una bola de pelusa que se retorcía y se la puso en brazos. El cachorro de Cavalier King Charles Spaniel, con sus ojos grandes y redondos brillando con picardía y sus orejas sedosas colgando adorablemente, intentó lamerle la nariz a Marcos. El peso suave y cálido del cachorro en sus brazos le hizo sentir una oleada inesperada de afecto y desconcierto.

“¿Quieres que me quede con este perro?” repitió Marcos, sus ojos se movieron del adorable cachorro al rostro esperanzado de su madre, y luego a Mari, que estaba a su lado con una suave sonrisa en los labios.

“¿No puedo tener un perro?” dijo mientras Mari le quitaba el perro de los brazos. Ella lo acariciaba e ignoraba por completo su crisis nerviosa. Respiró profundamente para tranquilizarse.

Estaban en la sencilla casa de su familia en Pilsen, las paredes decoradas con fotos descoloridas de su familia e íconos religiosos.

Su padre rondaba cerca, ofreciéndole una palmadita incómoda en la espalda a Marcos como sustituto de un abrazo completo, su incomodidad era evidente. Su madre, sin embargo, lo envolvió en un cálido abrazo, con sus brazos firmes y reconfortantes. Luego se volvió hacia Mari, que había dejado al cachorro en el suelo, y la abrazó también, envolviéndolos a ambos con su naturaleza acogedora.

Su abuela, con las manos entrelazadas frente a ella, explicó: “Fue idea mía, mijo. Tu prima Andrea, ya sabes, la del asma. Ella lo contrajo y no paraba de toser. Tú eres el único que puede hacerlo. Todos los demás tienen mascotas o hijos”.

Parpadeó.

Bueno, ahora no podía decir nada. No si era idea de su abuela.

Marcos murmuró algo sobre Daisy o Judit, pero su abuela rápidamente desestimó sus protestas. “Mijo, Daisy no puede tener mascotas en casa de Michael, y Judit tiene alergias. Tú lo sabes”.

“Pero, pensé que me invitaban a cenar”, dijo Marcos, frunciendo el ceño confundido. Tenía hambre, había asumido que iba a comer algo casero.

“¿Cena?”, repitió su madre, llevándose la mano al pecho fingiendo sorpresa. “No, mijo, vamos a la iglesia. Ya comimos”.

Su abuela intervino: “Hay algo de comida que puedes tener en el refrigerador, mijo. Hice tamales”.

Marcos miró a su alrededor, desconcertado. “¿Me llamaste aquí... por este perro?”

Su madre asintió, dándole palmaditas en el brazo con una sonrisa tranquilizadora. Luego, volviéndose hacia Mari, dijo: “Mari, mija, ¿puedes ayudarlo? Tenemos que ir a la iglesia ahora. Es una novena para un amigo”.

Como si estuviera en trance, Marcos vio a Mari asentir obedientemente y decir: “Por supuesto, señora. Estoy buscando en Google lo que necesitamos ahora mismo”.

Su madre aplaudió con alegría. “Chica lista”.

El torbellino de actividad continuó mientras su familia lo sacaba apresuradamente por la puerta, dejando a Marcos en la entrada con el cachorro.

Sin tamales, sin cena, solo una sensación de desconcierto y una criatura peluda en un transportín.

Mari recogió el transportín, el cachorro ladrando suavemente adentro, y los guió de regreso al auto de Marcos estacionado en la entrada. Abrió la puerta trasera y colocó con cuidado el portabebés en el asiento, con una sonrisa amable en su rostro. “Vamos a acomodarte a ti y a tu nuevo amigo”, dijo, sacando su teléfono y escribiendo en una aplicación de notas mientras se deslizaba en el asiento del pasajero.

—Hay una tienda de mascotas genial cerca que se llama Happy Tails. Te conseguiremos todo lo que necesites: comida, juguetes, una correa, una cama...

Marcos la miró, con una mezcla de confusión y gratitud arremolinándose en su interior. Abrió la puerta y se subió a su coche en piloto automático. Después de que ella se uniera a él, ingresó la dirección de la tienda de mascotas en su GPS.

—Llévanos hasta allí —dijo, con los ojos pegados a la pantalla de su teléfono—. Estoy buscando cosas para cachorros. También le envié un mensaje de texto a tu prima Andrea y le pregunté sobre los registros veterinarios. Siempre me ha gustado. ¿Sabías que hicimos gimnasia juntos?

Marcos arrancó el coche y se alejó de la acera, con la mente acelerada. No había visto a Andrea en años, y la idea de tener su perro era desconcertante, repitiendo aturdido: "Me dieron un perro".

Echó una mirada furtiva a Mari, que seguía revisando su teléfono con una mirada decidida en su rostro. Estaba claro que tenía un plan y él solo estaba de paseo. Y como siempre, estaba asombrado por la parte de ella que entró en acción y supo exactamente qué hacer.

“Sí, cariño, lo sé”, respondió Mari, con los ojos todavía en su teléfono. “Y es tan lindo. Oh,

Andrea envió sus registros. Es un él. Tiene todas sus vacunas. Dijo que puedes ponerle un nombre. Todavía no lo había decidido".

Marcos frunció el ceño. "¿Cuánto tiempo lo ha tenido?" Mientras conducía el corto trayecto hasta la dirección que Mari le había puesto, intentó recordar lo que sabía sobre Andrea y no lo logró. Tenía demasiados primos.

¿Era ella la que estaba en la escuela de medicina? ¿De quién era hija? Su mente se quedó en blanco.

Mari, con la mirada entre el GPS y el teléfono, respondió: "Dos días. Tiene doce semanas. Ella lo encontró y ya pagó la primera semana de clases de socialización para cachorros; empiezan mañana a las once".

"¿Y no le puso nombre?", murmuró Marcos, sin poder creerlo. El perro (su perro, se corrigió) no tenía nombre. Su mente se aceleró, pensando en posibles nombres, buscando el que encajara a la perfección.

Miró a Mari y la tensión en sus hombros se alivió un poco. "¿Cómo crees que deberíamos llamarlo?", preguntó, con una voz más suave de lo que pretendía.

Una extraña lógica se había apoderado de él. Estaba abrumado por el trabajo y Mari... bueno, ella era alguien que necesitaba en su vida. Una sonrisa tiró de sus labios mientras se formaba una idea.

¿Qué mejor manera de mantenerla cerca que hacerla copropietaria de este inesperado amigo peludo? Ya podía ver que ella era amante de los perros. Era el plan perfecto. Se dio una palmadita mental en la espalda por haber sacado lo mejor de una situación verdaderamente extraña.

"¿Nosotros?", cuestionó, levantando una ceja mientras levantaba la vista de su teléfono.

"No te eches atrás ahora", insistió Marcos, su tono amable pero firme. "Este perro también es tuyo. Estuviste allí. Mi madre te dijo que me ayudaras. Prácticamente te delegó para que me ayudaras".

Fue una tontería decirlo, algo que solo quiso decir a medias. Pero se sintió bien.

Le sostuvo la mirada, una súplica silenciosa para que ella aceptara permaneció en el aire. Hizo a un lado los pensamientos que se arremolinaban en su mente; los pensamientos sobre cómo tener un perro con Mari lo llenaban de una calidez que no podía explicar de su conversación de la noche anterior.

Anoche, ella había insinuado que tenía sentimientos por él cuando eran jóvenes. Amaba sus flores. Era tanta información nueva. Sentía que su mente estaba tratando de ponerse al día. ¿Qué habría pasado si su familia no se hubiera entrometido?

¿Habrían salido juntos? Su respuesta lo trajo de vuelta al momento presente, es decir, a su cachorro.

"Supongo que sí", concedió Mari con una pequeña sonrisa. "Bueno, ¿en qué tipo de nombre estabas pensando?"

Sintió que la tensión se le escapaba del cuerpo, reemplazada por una emoción que hizo que su corazón se acelerara. Ella estaba dentro. Ya fuera por él o por el cachorro, no importaba; que ella quisiera ser parte de este momento, de su vida, era suficiente para llenarlo de una euforia esperanzada.

Se encogió de hombros, una sonrisa tímida se extendió por su rostro. “No tengo idea”, admitió. “Nunca quise un perro antes, pero ahora que tengo uno... bueno, se merece un buen nombre”.

Mari se golpeó el mentón con el dedo pensativa. “¿Tal vez un nombre con ‘M’, ya que nuestros nombres comienzan con M?”

Él asintió con la cabeza en acuerdo. “Me gusta eso”. Su mente dio vueltas por los nombres con M, buscando algo fuerte y corto. Un recuerdo de la infancia provocó una idea.

Sus miradas se cruzaron en el coche y dijeron al unísono: “Max”.

Al entrar en Happy Tails, el aire se llenó de los sonidos de los pájaros cantando y los ladridos. Con Max cómodamente acomodado en el transportín, una amable empleada de la tienda saludó rápidamente a Mari y Marcos.

“¡Tu cachorro! ¿Cómo se llama?”, exclamó, con los ojos brillantes mientras admiraba a Max, y se agachó para ponerlo.

“Los Cavalier King Charles Spaniels son tan adorables. ¿Qué puedo ayudarte a encontrar hoy?”

“Se llama Max y necesita de todo”, respondió Mari riendo.

Siguieron las recomendaciones del vendedor y eligieron comida para cachorros de alta calidad, cuencos de acero inoxidable, juguetes de peluche, un hueso de goma resistente e incluso una pelota de fútbol en miniatura para que Max la persiga. Eligieron una cama blanda con bordes elevados y una manta a juego para las siestas acogedoras. Mari eligió un arnés y una correa de color rojo brillante, mientras que Marcos optó por un collar azul clásico con una etiqueta de identificación grabada.

Terminaron su juerga de compras con golosinas para el entrenamiento, artículos de aseo y una bolsa de bolsas ecológicas para excrementos. Mientras se dirigían a la caja, la confusión inicial de Marcos se había desvanecido y había sido reemplazada por una sensación de emoción. Pero un pensamiento repentino lo hizo detenerse.

“Espera,” dijo, “¿a qué hora es su clase mañana?”

Mari, que ya estaba calculando mentalmente, respondió: “A las once.”

“Tengo que estar en el lugar toda la mañana,” gimió Marcos, pasándose una mano por el cabello. “No puedo llevarlo.”

Mari negó con la cabeza, colocando una mano sobre su hombro. “Puedo llevarlo,” ofreció. “De hecho, iba a sugerirte que se quedara en mi casa esta noche. ¿Recuerdas que tuve un perro cuando era niña? También tenemos que preparar tu casa para que Max se adapte.”

Marcos se volvió hacia ella, una sonrisa de sorpresa dibujándose en sus labios. “Sabes que estaba bromeando antes, ¿verdad? No te inscribiste para esto. Un cachorro es una gran

responsabilidad.”

Dudó, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza en su pecho. En algún momento, entre la visita inesperada de su padre y el redescubrimiento de los sentimientos de Mari, se dio cuenta de que valía la pena arriesgarse por ella. La idea de estar con alguien más era inimaginable. Pero, ¿podía admitirlo? ¿Se atrevería a ser tan valiente?

Se encogió de hombros, con los ojos brillantes. “Dijiste que Max también es mío, ¿verdad? Siempre he querido un perro, pero estar solo es demasiado. No me importa compartir.”

La miró fijamente, su voz ahora más suave. “Entonces… ¿quieres quedarte esta noche? ¿Con Max? ¿Con nosotros?”

La pregunta quedó flotando en el aire, cargada de emociones no dichas.

“Definitivamente,” respondió ella, su voz firme pero con un toque de ternura.

CATORCE

De vuelta a ti

"SOLOS PODEMOS HACER MUY POCO; JUNTOS PODEMOS HACER MUCHO." – HELEN KELLER

MARCOS

El apartamento de Marcos, impecablemente limpio, con muebles de piel, un bar bien surtido y una impresionante colección de discos de vinilo en los estantes, pronto se convirtió en un taller improvisado lleno de actividad.

Mari nunca había estado ahí antes, pero le resultó fácil orientarse; el orden y la pulcritud la hacían sentirse inesperadamente en casa. Cada cajón y gabinete que abría le revelaba algo más de Marcos, y con ello crecía una sensación de cercanía y confianza mientras recorría el lugar.

Se dividieron las tareas, trabajando en armonía al ritmo de música noventera que sonaba de fondo.

Movían objetos frágiles y adornos delicados a repisas más altas para que no quedaran al alcance de Max, el cachorro. Mari juntó cables sueltos y los aseguró con cinchos de plástico, que cerraban con un leve clic bajo sus dedos, mientras hacían el espacio seguro para Max. De vez en cuando, intercambiaban sonrisas y comentarios ligeros, sus movimientos sincronizados al afrontar cada nuevo reto.

Mari sentía que la emoción de los últimos días la impulsaba a sobrellevar todos los cambios repentinos en su vida. Cuando la mamá de Marcos la había mirado y pedido su ayuda, ella había sentido su aprobación, y descubrir que la deseaba le provocó un cosquilleo de satisfacción. Mari ansiaba esta clase de entusiasmo, esa sensación de tener un propósito al cuidar de otro ser.

Cubrieron el piso de madera con tapetes suaves para evitar resbalones y acomodaron los juguetes de Max en una esquina cerca de su jaula, creando una acogedora zona de juego. Mari notó cómo, con cada detalle, el ambiente se volvía más cálido y amigable. Mientras tanto, Marcos sacó los brillantes tazones de acero inoxidable, llenando uno con agua y colocándolo junto al plato de comida sobre un tapete de hule en la cocina.

Cuando se tomaron un momento para contemplar su trabajo, se dieron cuenta de que en tan solo dos horas habían transformado el departamento de Marcos en un refugio seguro para el cachorro,

un lugar que parecía haber estado destinado a Max desde el principio.

“Gracias por hacer esto conmigo”, dijo Marcos, y el gruñido de su estómago rompió el momento con un toque de humor. “Me muero de hambre. Déjame invitarte algo de comer.”

Fue hacia un cajón cercano a la barra de la cocina y sacó un montón de menús para llevar. Le pasó algunos a Mari, que los hojeó sentada en uno de los bancos altos junto a la isla de la cocina.

Los ojos de ella se iluminaron. “¿Comida tailandesa?” sugirió, con un dejo de anticipación en la voz.

“Suena perfecto”, concordó Marcos, mirando la carta. “¿Qué se te antoja?”

Ella señaló algunos platillos, saboreando mentalmente sus aromas y sabores.

“Deja pido ahora mismo”, dijo él, tomando su teléfono, mientras su estómago rugía otra vez, secundando la idea.

Mientras Marcos hacía la llamada, Mari dirigió su atención a la reja para mascotas. Extendió las piezas en el piso de la cocina, con una determinación fingida, esperando que su confianza le ayudara a armarla.

Sin embargo, tras unos minutos peleándose con las instrucciones y piezas que no encajaban, dejó escapar un gruñido frustrado.

Marcos, aún con el teléfono en mano, se rio de su expresión concentrada. Se acercó, se arrodilló a su lado y preguntó con un brillo travieso en la mirada: “¿Necesitas ayuda?” Luego, con facilidad, ensambló las partes sin problemas.

“Recuérdame pedirte ayuda con cualquier cosa que necesite armar o instalar por el resto de mi vida”, rezongó ella, con las mejillas sonrojadas entre la vergüenza y la diversión.

Él soltó una carcajada, sus ojos posándose un instante en el cabello oscuro de Mari, que caía sobre sus hombros, y en la curva de sus labios. “¿Qué dijiste?” bromeó con una sonrisa amplia.

“Te das cuenta de que cada vez que intento armar algo, tú vienes y lo solucionas”, replicó Mari, con una chispa divertida en la mirada.

Odiaba sentirse inútil. Le gustaba saber que aportaba lo suyo.

Marcos entrecerró los ojos con humor. “Ni me había fijado, considerando que tú fuiste la que hizo la lista de todo lo que estamos haciendo ahora. Si me prometes hacer mis listas por el resto de mi vida, entonces yo te armo lo que necesites.”

Ella captó el halago, sin pensar demasiado en todas las promesas que se estaban haciendo a la ligera, aunque sintió sus mejillas calentarse. “Hecho, López.”

Al terminar, dieron un paso atrás para admirar su obra. Mari sintió una oleada de emoción inesperada.

Marcos cerró suavemente la puerta de la jaula, asegurándose de que Max se sintiera protegido sin sentirse atrapado. “Buen chico, Max”, susurró, acariciando al cachorro a través de las rejas.

Con Max cómodo en su jaula, Mari y Marcos se relajaron por fin. Se dejaron caer uno al lado del

otro en el sillón, compartiendo una sensación de logro y satisfacción.

Mari no recordaba la última vez que se había divertido tanto, con una alegría tan pura. No era solo por haber acondicionado el departamento o haber jugado con Max; era la experiencia compartida, las risas, la sensación de construir algo juntos.

Sus pensamientos volvieron a su infancia, a su perro Buddy, un terrier desaliñado que había sido su mejor amigo. Había crecido con él, adorándolo hasta que murió cuando ella tenía diez años. La pérdida la había devastado, y la negativa de sus padres a tener otra mascota solo había profundizado la herida en su corazón.

Pero ahora tenía uno de nuevo. Era como si un sueño secreto se hubiera hecho realidad. Sabía que Marcos hablaba en serio cuando decía que compartirían las responsabilidades, como socios.

Como si leyera su mente, él dijo: “Ya que este es ‘nuestro’ perro, deberíamos organizar un horario, y también hay que preparar tu casa para él.”

Ella se enderezó, con un atisbo de inquietud.

Dijo con cautela: “Puedo compartir mi calendario contigo. Y lo agendamos.”

Antes, los hombres no querían compartir estas cosas con ella. Pensaban que era su forma de controlarlos, y tal vez tenían razón.

Esperó la reacción de Marcos.

Él ladeó la cabeza, con un matiz desafiante en la voz. “O podemos fusionar nuestros calendarios. Yo vivo pegado al mío, y puede cambiar en cualquier momento.”

Mari asintió con entusiasmo. “Igual yo. Sé que suena raro, pero disfruto estar organizada. Va, mándame el tuyo. Esto lo hago diario en el centro comunitario.”

Marcos se levantó del sillón y tomó su teléfono de la encimera de granito, con las mangas de la camisa recogidas, revelando antebrazos bronceados. Tecleó un momento y le envió su calendario.

“A mí también me gusta ser organizado. Creciendo en mi familia, si no tienes tu vida en orden, te arrastra la marea de cada actividad y evento que planean.”

Ella le sonrió. “Somos parecidos. Quiero saber qué hago y poder verlo de un vistazo. La vida ya es lo bastante caótica.”

En segundos, el teléfono de Mari emitió una notificación. Ella fusionó rápidamente sus horarios, sintiendo su corazón latir con una mezcla de anticipación y nervios.

Ya estaba. Un paso que nunca había dado con nadie más.

Acordaron un plan para cuidar a Max. Mari lo llevaría a clases para cachorros a la mañana siguiente, y después alternarían semanas. Quien estuviera en casa se haría cargo las noches entre semana, y se repartirían los fines de semana.

Mari rió, con los ojos brillando de emoción. “¡Tengo un perro! ¡Estoy tan emocionada!”

Marcos se rió, acomodándose a su lado en el suave sillón de piel, su brazo rozando el de ella al

recargarse. Max, en su jaula, suspiró suavemente en sueños.

El timbre sonó, y Marcos se levantó para traer la comida tailandesa. Colocó los recipientes sobre la mesita frente al sillón, sintiendo un calor agradable extenderse por su pecho al ver la mirada iluminada de Mari.

Volvió a la cocina por platos, cubiertos y una botella de vino blanco frío, colocándolos con cuidado sobre la mesa.

Mientras comían, Mari, con los palillos en el aire, miró a Marcos con curiosidad y cierta preocupación. “Me alegra que hoy no haya sido tan malo como creías.”

Marcos asintió, esbozando una pequeña sonrisa. “Creo que pasé un punto crítico con mi papá. Hablamos de… cosas, pero no estaba seguro. Gracias por acompañarme.”

La preocupación asomó en el rostro de Mari. “¿Arreglaron todo?” preguntó con suavidad, dejando el plato a un lado. Sus ojos se posaron en su cabello alborotado, en la firmeza de sus brazos, en la línea de su mandíbula, y en la vulnerabilidad que asomaba en su mirada. Su estómago se encogió entre anhelo y aprensión.

Con él no podía fingir indiferencia. Su honestidad la obligaba a ser más honesta.

Marcos vaciló, y la sonrisa se desvaneció mientras miraba su plato. “Fue hace mucho tiempo”, empezó, apenas susurrando. El peso de los recuerdos flotó entre ellos.

“Cuando era niño… bueno, adolescente. Mi papá engañó a mi mamá. Ocurrió cuando sus papás estaban enfermos en Puerto Rico. Daisy era muy pequeña, apenas se enteró de algo. Pero yo sí.”

Mari bajó los palillos y puso su plato junto al de él, sus ojos llenos de compasión. “Debe haber sido muy duro”, dijo en voz baja, extendiendo la mano para tocarle el brazo con delicadeza.

La atmósfera alegre dio paso a una más solemne.

Él asintió, los hombros tensos bajo la camiseta. Su voz se mantuvo casi firme. “Lo fue. Llegaba a casa y mi mamá lloraba. Me aseguraba de que Daisy no viera nada, y de repente, todo estaba ‘bien’. Pretendían que no nos torturaban con ello.”

Mari apretó suavemente su brazo, sin decir nada, su contacto un consuelo silencioso. “Lo siento mucho”, murmuró, quitándose los tacones y acercándose un poco más a él.

Marcos se encogió de hombros, dejando escapar una risa amarga. “He tratado de soltarlo, pero a principios de año discutí con mi papá por mi negocio, y todo volvió a la superficie.”

Marcos desvió la mirada hacia sus manos antes de regresar a ella. “Quiero expandir el negocio, pero mi papá cree que no vale la pena el riesgo.” Se encogió de hombros, intentando restarle importancia, pero Mari notó la frustración bajo la fachada.

Mari retiró la mano, mirándolo con atención. Vio la determinación en su rostro, la firme voluntad que alimentaba su ambición. Se dio cuenta de que quería estar ahí para él, brindándole el apoyo que merecía pero no había recibido.

Una sonrisa cómplice apareció en su rostro. “Mis papás siempre tomaron riesgos. Invirtieron el dinero de sus tiendas y así lograron no tener que trabajar más. Supongo que creo en jugársela en

los negocios.”

“¿En serio?” preguntó Marcos, intrigado.

Mari asintió, con los ojos brillando. “Claro. Creo que el crecimiento es importante, sobre todo con tu talento.”

Pausó un momento y añadió: “Pero eres afortunado de que tu papá se preocupe por ti. Mi mamá me ignora a menos que intente controlarme, y casi no veo a mi papá. Fue duro de niña. Ahora sólo lo acepto.”

Tragó con dificultad. Era una verdad dolorosa, incluso para ella misma, saber que sus padres nunca llenarían sus vacíos. Sabía que su madre ignoraría lo del restaurante, esperando que Mari la llamara para disculparse.

Marcos asintió lentamente. “Todo es difícil de niños”, coincidió, pasando un entendimiento silencioso entre ambos.

En ese momento, su instinto protector salió a flote, y supo que no quería ninguna duda entre ellos. Hoy se sentía como el inicio de algo nuevo y frágil, algo que anhelaba cuidar.

Su corazón martillaba mientras hablaba, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas. “Yo nunca te engañaría, Marcos. Quiero decir, nunca engañaría a nadie, pero a ti menos, después de saber lo que pasaste.”

Se sintió expuesta, como si le entregara un pedazo de su alma para que él lo examinara. Esperó la incomodidad que solía llegar con la vulnerabilidad, pero esta vez no apareció. Era casi liberador decirlo en voz alta.

Lo miró, la garganta apretada. No había planeado decir eso, y ahora sentía que el cuarto contenía el aliento, esperando su reacción.

¿Qué tal si era demasiado? ¿Demasiado pronto? Odiaba sentirse tan expuesta, como si le ofreciera parte de sí sin saber si él la aceptaría.

Sus pulmones recordarían cómo inhalar tarde o temprano. Nunca antes había sido tan vulnerable con nadie, pero le preocupaba. Querían cosas distintas.

El pecho se le oprimía, y tuvo que cerrar las manos en puños a su costado para no lanzarse a abrazarlo. Necesitaba algo ajeno para ella.

La conversación se desvaneció, dejando un silencio cómodo entre ellos. Observaron a Max dormir plácidamente, el suave ascenso y descenso de su pequeño pecho brindando un paisaje tranquilizador. Era como un instante de calma tras la tormenta emocional.

La mano de Marcos se deslizó hacia la de Mari, sus dedos rozando los de ella antes de entrelazarlos, dándole un apretón reconfortante.

La sencilla acción de su mano acariciando la de ella provocó un calor agradable, un hormigueo subiendo por su brazo, envolviéndola en un capullo de seguridad y cariño. Se dio cuenta de que con Marcos cada caricia era una promesa silenciosa, una forma de decir “estoy aquí” sin necesidad de palabras.

Él acarició con suavidad el dorso de su mano con el pulgar, cada movimiento encendiendo un calor reconfortante en su interior.

Cada caricia era una tranquila confirmación de que estaban dando un paso hacia algo más profundo, algo más real de lo que Mari se había permitido esperar.

Sintiendo su vacilación, él susurró, con la mirada fija en sus manos entrelazadas: “Perdón. No quiero incomodarte… sólo soy cariñoso.”

Mari le apretó la mano en respuesta, con los dedos temblorosos. Una calidez inundó su pecho, sin calmar del todo el revoloteo de nervios en su estómago.

Podía sentir su pulso en las yemas de los dedos y no sabía si era su toque o la intensidad del momento lo que la hacía sentirse a la vez anclada y a la deriva. Mientras el pulgar de Marcos trazaba lentos círculos sobre el dorso de su mano, Mari soltó un suspiro sin saber que lo retenía, relajando el cuerpo al fin.

“Creo que me estoy acostumbrando”, confesó, su voz más suave de lo que pretendía.

Era cierto. Ahora casi sentía que necesitaba su contacto, buscándolo sin pensarlo. Había algo reconfortante en sentirlo bajo sus dedos, como un ancla.

Marcos respondió: “Bien. Porque no pienso dejar de hacerlo.”

Sus palabras le provocaron un escalofrío, no de miedo, sino del extraño consuelo de saberse deseada, no por capricho, sino con verdadera intención.

Mari giró el rostro hacia él, buscando en su mirada cualquier rastro de falsedad. Solo encontró calidez y vulnerabilidad reflejada en sus ojos. Notó cómo sus pestañas enmarcaban esa mirada tranquila, cómo las comisuras de sus labios se curvaban ligeramente, como si no pudiera contener su satisfacción en ese momento.

Las últimas notas de la música noventera dieron paso a una melodía más suave, y fuera, el crepúsculo se había posado sobre la ciudad. El murmullo del tráfico y las risas lejanas en la calle sirvieron de banda sonora a su silencio.

Carraspeó suavemente, inclinándose un poco más para que sus hombros se rozaran. “Me alegra que hayamos hecho todo esto”, dijo, señalando con la mano libre el apartamento transformado. “Y no sólo porque Max necesitara un hogar seguro. Yo necesitaba… necesitaba esto también.”

La presión de la mano de Marcos aumentó ligeramente, como reconociendo el peso de su confesión. “Yo también”, dijo, su voz baja y sincera. “No me imaginaba lo rápido que podíamos lograr que un lugar se sintiera más… más como un hogar. Y no estoy hablando solo de mi departamento.”

QUINCE

Algo bueno

"EL AMOR SE COMPONE DE UNA SOLA ALMA QUE HABITA DOS CUERPOS." – ARISTÓTELES

MARI

Los dedos de Mari se aferraron con más fuerza a los de Marcos, sus manos entrelazadas descansando sobre el fresco cuero del sillón. Un calor reconfortante se extendió desde el punto de contacto, provocando un leve cosquilleo que subía por su brazo. Cuanto más tiempo pasaba con él, más deseaba estar a su lado. Le preocupaba volverse adicta, asustarlo con sus necesidades y exigencias.

Los recuerdos de los últimos días inundaron su mente: las risas compartidas, las miradas cómplices, la electricidad que chisporroteaba entre ellos cuando estaban cerca. Anhelaba acortar la distancia, presionar su cuerpo contra el de él, sentir esas palabras no dichas que flotaban en el aire. Pero la duda se colaba. ¿Cómo expresar todo lo que sentía?

Por un instante, regresó a su infancia, y el miedo brotó de nuevo. Las críticas constantes de sus padres resonaban: *No eres suficientemente buena, eres demasiado emocional, un fracaso.* Había creído esas palabras, esforzándose cada vez más por ganarse su amor, por demostrar su valor.

Marcos era diferente. La colmaba de elogios y atención sin pedir nada a cambio, haciéndola sentir apreciada sin tener que ganárselo. Pero luego todo se había derrumbado. Su hermana había mentido o malinterpretado, y Mari lo había alejado. Casi lo perdió, y la idea de perderlo de nuevo la hacía dudar. No sabía cómo mostrarse suave, cómo ser la clase de mujer que se relaja en una relación.

Pero ya no era una niña. Se negaba a creer las mentiras de sus padres. Quería a alguien que la mirara como Marcos lo hacía, alguien que la hiciera sentir digna de amor solo por ser ella misma.

En ese momento, supo que estaba enamorada de Marcos López.

No sabía cuándo ni cómo sucedió, pero era verdad. Sin embargo, ¿qué importaba si querían cosas tan distintas?

Aun así, ahí estaban, tomados de la mano en su sillón, el silencio entre ellos cargado de tensión.

Él volvió la cabeza, sus miradas se encontraron en una conversación muda.

“Gracias por hoy”, murmuró él, su voz acariciando su piel, sacándola de sus pensamientos.

El corazón de Mari retumbó. “De nada”, susurró, inclinándose imperceptiblemente, desesperada por cerrar el diminuto espacio que los separaba.

Sus ojos se mantuvieron fijos el uno en el otro, el aire denso de palabras no dichas.

Él ladeó la cabeza y rozó un tierno beso en su mejilla. “Soy cariñoso”, soltó con una risita, convirtiendo la frase en un código entre ellos, su aliento tibio junto a su oreja.

Luego, sus labios encontraron los de ella. El beso fue lento, hambriento, minucioso. Mari se rindió a su tacto, abriendo los labios para recibirlo. Sus cuerpos se acoplaron en el sillón, su pierna cruzándose con la de él, una declaración silenciosa de su necesidad, de saber que él le pertenecía tanto como ella a él.

Sintió el calor de las manos de Marcos sobre su piel, guiándola más cerca. “Esto no es falso para mí”, susurró él, su aliento acariciando los labios de ella.

El corazón de Mari se aceleró. Su lengua se adentró en su boca con un beso que la hizo sentirse vista, entendida, como si él supiera lo que necesitaba sin tener que decirlo. Un suave gemido escapó de su garganta.

La mano de él se posó en su nuca, sus labios bajando por su cuello. Mari jadearon, temblando mientras él descendía por su piel. Sintió cómo le mordía suavemente el hombro, succionando con fuerza.

Ella lo sostuvo contra sí, queriendo la marca, queriendo que todos supieran que estaban juntos. Que él era suyo tanto como ella de él. Quería todo con él.

Su cuerpo reaccionaba a cada caricia, como si él desbloqueara algo profundo dentro de ella. Le gustaba cómo la hacía sentir la única persona en el cuarto. Como si fuera la única que importara.

Él repitió sus caricias una y otra vez, su boca buscando nuevos ángulos. Mari perdió la noción del tiempo, sintiendo su adoración en cada beso, hasta que de pronto él se apartó.

Ella miró sus labios hinchados, luego sus ojos. Contuvo el aliento mientras el aire entre ellos se cargaba de deseo no expresado.

La mandíbula de Marcos se tensó mientras susurraba: “No puedo hacer esto a menos que…”

Dudó; sus ojos castaños oscuros fijos en el rostro de ella. “Sé que es una tontería, pero… ¿todavía quieres volver con Javy?”

La respiración de Mari se detuvo. Alzó la mano, sus dedos rozando la mejilla de Marcos, sintiendo el calor de su piel.

Un recuerdo relampagueó en su mente: su rostro cuando vio a Javy besarla. Ella había pensado que su reacción demostraba que le importaba, pero ahora entendía cuán profundamente lo había lastimado.

“Mírame”, susurró, con la voz apenas audible.

Él giró la cabeza, sus ojos encontrándose con los de ella. La vulnerabilidad en su expresión le encogió el corazón. Mari negó con la cabeza, su voz ahora más firme. “No, no quiero estar con él. Creo que nunca quise. Mañana hablaré con él, lo terminaré de una vez. Yo… te quiero a ti.”

Mari siempre había atado su valor personal a sus relaciones. Javy, como sus padres, tenía la habilidad de hacerla sentir insuficiente. Por ello, nunca se había involucrado por completo, siempre sintiéndose distante.

Pero con Marcos, todo era diferente. El calor en su mirada, el suave toque de su mano, la forma en que la hacía sentirse vista y valorada, era tan real, tan palpable.

“Siento… no sé cómo decirlo.”

Él negó con la cabeza. “No tienes que decir nada más. Yo también lo siento.”

El momento se volvió abrumador, emocionante.

Ella intentó atraer sus labios de nuevo, pero él resistió, en cambio le tomó el rostro. Presionó un beso tierno en su frente. “Cuando hablé con mi papá, dijo que mi miedo a formar una familia estaba conectado con él.”

Continuó, sus labios rozando la mejilla de ella. “Y creo que tiene razón. Cuando estoy contigo, Mari, quiero hijos, una casa y una vida sencilla, normal.”

Otro beso, esta vez en la comisura de su boca, le provocó un escalofrío. Su corazón parecía a punto de estallar. Cada beso era una respuesta a una pregunta que ella no se atrevía a formular.

Cada caricia le aseguraba que pertenecían el uno al otro, como si este momento en su sillón hubiese estado destinado para ellos desde siempre.

“Sé que dije que no quería eso”, susurró, besándola con suavidad otra vez. “Pero lo que quise decir es que solo lo quiero si es contigo.”

Su pulgar trazó su labio inferior antes de estrecharla en un abrazo intenso.

Ella se fundió en él, el corazón palpitando con fuerza. Armándose de valor, habló: “Yo también quiero todo eso contigo. No tiene sentido, pero es verdad.”

“La forma en que me miras me vuelve loco”, murmuró contra su boca antes de besarla con profundidad, sus dedos enredándose en su cabello.

La besó.

Sus labios viajaron de su boca a su mandíbula, descendiendo por su cuello. El hambre latía en su tacto, el leve roce de sus dientes enviando oleadas de placer a través de ella.

Su cuerpo tembló al sentir su boca volver a la suya, sus lenguas entrelazándose en una danza ardiente.

Otro gemido escapó de sus labios.

“Los sonidos que haces”, gimió él, sus manos explorando su cuerpo. “Todo en ti es perfecto.”

La levantó sin esfuerzo, las piernas de ella envolviéndole la cintura mientras él se ponía de pie.

El corazón de Mari se aceleró al sentirlo llevarla por el pasillo, la luz suave de la sala desvaneciéndose tras ellos. Podía sentir el latido firme del corazón de Marcos contra su pecho, su agarre firme y seguro mientras pasaban junto a fotos enmarcadas y rincones silenciosos, muy lejos de todo lo que no fuera este instante.

El aire entre ellos era espeso de anticipación, cada paso amplificando la conexión eléctrica que los unía. Marcos la besaba con intensidad mientras avanzaban, su boca hambrienta contra la de ella, sus respiraciones mezclándose en la penumbra.

Su espalda rozó la puerta del dormitorio, y con un leve empujón, esta se abrió con un chirrido.

El cuarto estaba envuelto en suaves sombras, la cama esperando como una promesa silenciosa.

Él entró sin dejar de besarla, apretando sus muslos con más fuerza mientras la llevaba hacia la cama.

La depositó con cuidado sobre el colchón, colocándola en el centro con una ternura que le provocó un escalofrío. Mari lo contempló, respirando con dificultad, mientras él se cernía sobre ella, sus ojos oscuros de deseo. La conexión entre ellos era innegable, un imán que ninguno podía resistir.

Necesitaba aire, la cabeza le daba vueltas, pero cada vez que intentaba levantarse, Marcos enmarcaba su rostro con las manos, guiándola de vuelta a él. Beso tras beso, cada vez más profundos, oscuros e íntimos.

Perdía el control, rindiéndose al fuego que él encendía dentro de ella.

Su tacto, su boca—ella lo igualaba, beso a beso, caricia a caricia, hasta que ya no supo dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba el de él.

Sus manos recorrieron su pecho, empujando su camisa. De algún modo, en el frenesí del deseo, terminó sobre su cabeza.

Su vestido no tardó en seguir el mismo camino, quedando abandonado en el piso. Cuando él fue a desabrocharle el sostén, ella se arqueó contra él, desesperada por sentir la piel de él contra la suya. Él gimió, profundo y gutural, al tomar sus pechos entre las manos, apretándolos hasta que un gemido escapó de ella, reflejando el creciente deseo entre ambos.

Ya estaban desnudos, el aire a su alrededor cargado con el aroma de su necesidad. Sus dedos bajaron por su cuerpo, cada roce dejando un rastro de fuego.

Él separó sus piernas, deslizando los dedos entre sus labios hinchados, deslizándose sobre la humedad que cubría su piel.

Las caderas de Mari se alzaron instintivamente mientras sus dedos rodeaban con cuidado la abertura sensible, acariciándola, provocándola, extrayendo cada reacción con precisión experta.

La besó de nuevo, sus labios ardientes y exigentes, ahogando el zumbido del timbre de la puerta. Ella se separó un instante, el ruido irrumpiendo en su mente, pero Marcos negó con la cabeza, la besó con más fuerza, y cualquier pensamiento del mundo exterior se desvaneció.

Sus muslos se abrieron más, su cuerpo ofreciéndose mientras sus caderas seguían el ritmo de su

mano. Su clítoris rozó su palma, la presión aumentando con cada contacto. Estaba cerca—más cerca de lo que jamás había estado tan pronto.

La respiración se le entrecortó cuando él sacó los dedos, y ella estuvo a punto de protestar, pero él la acalló con una suave promesa.

“Necesito saborearte por completo primero”, murmuró, su voz espesa de deseo.

Descendió por su cuerpo, dejando un rastro de mordiscos húmedos en su cuello y clavícula hasta llegar a sus pechos. Sus pezones estaban duros, sensibles, rogando por su atención.

Ella gimió cuando su boca atrapó uno, succionando con lentitud, mordiéndolo con cuidado antes de calmar la mordida con su lengua.

Su espalda se arqueó, los dedos de Mari enredándose en su cabello mientras el placer invadía sus sentidos.

“Más”, se oyó rogar, su voz irreconocible al salir de su boca. “Por favor, más.”

“Me encanta lo receptiva que eres”, susurró contra su piel, sus palabras vibrando en ella. Succionó con más fuerza su pezón, enviando una oleada de placer directo a su centro. Ella gimió, su cuerpo temblando, desesperada por más.

Su lengua continuó bajando por su vientre, dejando un rastro de calor húmedo, hasta colocarse entre sus piernas. Sus manos empujaron las rodillas de Mari hacia atrás, exponiéndola por completo.

Por un instante, él solo la contempló, sus ojos llenos de reverencia. “Eres tan hermosa”, susurró, su voz cargada de asombro.

El cuerpo de Mari se estremeció ante su elogio, las palabras hundiéndose en ella, haciéndola sentir vista de una forma que nunca antes conoció.

Su lengua recorrió su sexo, provocándola, antes de hundirse en su interior, subiendo hacia el clítoris y de regreso.

“¡Más!”, gritó ella, elevando las caderas, persiguiendo el placer que él ofrecía justo al borde. Era demasiado y a la vez insuficiente. Jadeaba mientras él se adentraba más, sus dedos uniéndose a su lengua en perfecta sincronía.

Él soltó una risita suave, la vibración cosquilleando en su piel. “Tan mandona”, bromeó, pero había afecto en su voz, en la forma en que la saboreaba.

Él permaneció ahí, tomándose su tiempo, como si supiera cuánto lo anhelaba, retorciendo sus dedos dentro de ella, su lengua moviéndose en lentos y deliberados círculos. La estaba torturando con esa construcción pausada, encendiendo en su cuerpo un fuego que ardía sin dejarla caer aún.

“Marcos, no puedo… Yo—”, las palabras salían entre jadeos.

Él la acalló, no con palabras, sino con el ritmo constante de su lengua rodeando su clítoris, una y otra vez, cada vez más intenso. Sus muslos temblaron, su cuerpo al borde del colapso, lágrimas asomando de la intensidad.

“Más rápido”, suplicó, arqueando la espalda, desesperada por desbordarse. Había esperado demasiado—demasiado tiempo—y ya no podía contenerse. Sus manos se aferraron a su cabeza, presionándolo hacia abajo, una orden silenciosa. Él volvió a reír, pero obedeció, su lengua moviéndose más rápido, sus dedos curvándose dentro de ella, incrementando el calor y la fricción hasta dejarla jadeando, al filo de algo explosivo.

Él gimió contra ella, sus movimientos volviéndose más urgentes, empujándola más arriba. Y entonces, con una última caricia, usó el pulgar, y ella se rompió.

Se corrió con fuerza, temblando sin control, su cuerpo sacudido por la fuerza de su orgasmo. Mordió su labio para no gritar, pero el sonido salió de todos modos, un gemido primario y quebrado que llenó el cuarto.

Su cuerpo aún temblaba cuando las sacudidas finalmente se calmaron.

Yacía ahí, con el pecho agitado, tratando de absorber el inmenso placer que él le había dado, pero no era suficiente.

La mano de Marcos se deslizó, sus dedos ascendiendo por su piel mientras volvía a su lado. Con cada centímetro que escalaba, la anticipación crecía, el aliento de ella entrecortándose mientras aguardaba su siguiente movimiento.

Cuando llegó a sus labios, la besó con pasión, vertiendo en ese beso toda la emoción que sentía.

Mari se deshizo, su cuerpo fundiéndose con el de él, como si no tuviera más opción que ceder ante la intensidad del momento.

Su mano acarició el rostro de ella, apartando su cabello, su pulgar rozando su mejilla. Con el otro brazo la rodeó, atrayéndola hacia él, sus cuerpos presionados en contacto delicioso.

Piel contra piel, corazón contra corazón.

La besó con pereza, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, y ella suspiró en su boca, abrumada por todo lo que experimentaba. Pero quería más—quería todo de él.

Quería a Marcos dentro de ella, en todos los sentidos.

Él la hacía sentir amada, apreciada, perfecta.

Sus manos exploraron su cuerpo con necesidad desesperada, y ella se arqueó contra su tacto, sintiéndolo duro contra su vientre.

Lo había visto cuando se desnudaron, y ahora lo quería dentro de ella.

El calor entre ambos creció, una corriente eléctrica que hacía hormiguear todo su cuerpo. Su erección presionaba caliente y firme contra su estómago, y ella alargó la mano, envolviéndolo con su palma, acariciándolo lento, sintiendo la humedad en la punta.

“Marcos”, suspiró, su voz ahogada de deseo. “Te necesito dentro de mí.”

Él la miró a los ojos, intensos, llenos de emoción mientras ella lo acariciaba.

Su respuesta fue una promesa, cruda y llena de necesidad: “Lo que necesites, te lo daré.”

Mari parpadeó, reprimiendo lágrimas, abrumada por las emociones que corrían por sus venas mientras lo sostenía en su mano.

Era grueso, pesado en su puño, y ella lo acarició, queriendo darle el mismo placer que él le había regalado.

Marcos la observaba, su expresión dividida entre la lujuria y algo más profundo, más intenso.

Él colocó su mano sobre la de ella, apartándola con cuidado, susurrándole al oído: “Bésame.”

Ella obedeció, besándolo con entrega, dejándose llevar otra vez, sabiendo que este era el lado de él que solo ella veía. Existía el Marcos que el mundo conocía, y luego este—su Marcos.

El amante tierno que la miraba como si fuera lo más valioso de su mundo.

Mientras se besaban, él la recostó hasta que, finalmente, la penetró con una embestida lenta y profunda.

Ella jadeó, su cuerpo adaptándose a su tamaño, la sensación mezclando dolor y perfección. Mantuvo los ojos fijos en los de él, conteniendo la respiración al sentirlo llenarla por completo.

Marcos permaneció quieto un momento, rozando sus labios antes de mover las caderas con lentitud, enviando oleadas de placer a través de ella.

Ella se perdió en su mirada, la conexión profundizando con cada movimiento calculado. La fricción, el calor—era distinto a cualquier cosa que hubiera vivido. No era solo placer; era intimidad.

Conexión.

Enredó sus dedos en su cabello, acercándolo, rozando sus labios con los de él una y otra vez, sin romper el contacto visual, mientras él se movía dentro de ella con embestidas seguras y profundas. Cada acometida la elevaba más, el fuego interno creciendo hasta amenazar con consumirla.

Perdida en el acto, perdida en él, jadeó, casi en un susurro: “Sigue cogiéndome.”

La respuesta de él fue igual de cruda, su voz ronca de emoción: “Lo que necesites, quiero ser todo lo que necesites.”

Perdida en el placer, sus manos recorrieron su espalda fuerte, clavando las uñas en su piel, incitándolo a ir más rápido, más duro. Él respondió con un gemido profundo, abandonándose a ella.

Sus besos se volvieron imprecisos, sus movimientos frenéticos, impulsados por la necesidad compartida de devorarse, de ser uno de todas las formas posibles.

El peso de él, la sensación de su cuerpo presionándola, la llevaba al límite. Sus uñas rasgaron su espalda, provocándole un siseo afilado que lo impulsó a embestir más profundo, más fuerte, hasta que el cuarto se llenó con el sonido de sus cuerpos al unísono.

“¿Te gusta?”, susurró él, un gruñido bajo en su oído, su aliento ardiente contra su piel. Se inclinó hasta que sintió todo su peso, su longitud completa sepultada dentro de ella. La presión, la

tensión—era exquisita.

“Siente cómo entro en ti. ¿Esto era lo que necesitabas?” Sus ojos descendieron hacia el punto donde sus cuerpos se unían, contemplando cómo se deslizaba dentro y fuera con cada embestida.

“Sí”, jadeó ella, la palabra escapando de sus labios en un suspiro ahogado. Lo apretó con fuerza, su cuerpo contrayéndose a su alrededor mientras rodeaba su cintura con las piernas, atrayéndolo más. Sus caderas respondieron a sus embestidas, placer sobre placer acumulándose.

Él gimió, su voz áspera de deseo. “Tan perfecta para mí.”

Su elogio encendió otro fuego dentro de ella, su cuerpo respondiendo a sus palabras, a su tacto, a la pura intensidad de él. Sonrió con los ojos entrecerrados, temblando mientras se elevaba para encontrarse con él, moviéndose juntos mientras buscaban su liberación.

“Tú eres el que es bueno”, logró decir entre gemidos, su voz apenas audible sobre el frenesí de sus movimientos. “Es… tan bueno…”

Los labios de Marcos buscaron los de ella de nuevo, esta vez más urgentes, más demandantes. Sus dientes mordisquearon sus labios, su cuello, el dolor agudo provocando un chispazo de placer que la atravesó. Cada mordida quebraba algo dentro de ella, y gritó, ya sin controlar su voz, perdida en el momento, en la promesa de lo que estaban formando.

Sus movimientos se volvieron más frenéticos, más desesperados, sus cuerpos retorciéndose en una danza sincronizada de necesidad. Caderas, manos, bocas buscándose.

Nunca había sentido algo así. Jamás una experiencia tan total, tan abrumadora, que la hiciera sentirse perdida y encontrada al mismo tiempo. El clímax que buscaban no era solo físico; era la culminación de todo lo que había estado gestándose entre ellos: la tensión, el anhelo, las promesas silenciosas. Era todo.

“Marcos”, jadeó, su nombre una plegaria en sus labios mientras se tambaleaba al borde.

Él murmuró su nombre también, bajo y áspero, su voz llena de emoción mientras aceleraba, sus caderas moviéndose más rápido, más fuerte. Sus embestidas eran poderosas ahora, atravesándola con una fuerza que hacía vibrar todo su cuerpo.

Mari se sintió perder el control, rindiéndose a las sensaciones, a ese hombre que las provocaba con cada beso, cada caricia, cada estocada. Gritó cuando la tensión interna se rompió, sumergiéndola en un orgasmo blanco y ardiente. Su cuerpo tembló incontrolablemente en sus brazos, sus uñas hundiéndose en su espalda mientras ola tras ola de placer la sacudía, dejándola sin aliento.

Marcos no tardó en seguirla. Con un gruñido grave y gutural, se dejó llevar por su propia liberación, penetrándola con una última embestida, su cuerpo estremeciéndose contra el de ella. Se aferraron el uno al otro, los cuerpos enredados, cabalgando la tormenta juntos.

Durante un largo momento, se quedaron así, abrazados, respirando con dificultad, sus cuerpos cubiertos de sudor. La intensidad de su pasión retrocedió, dejando únicamente la quietud de su conexión.

Mari apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el latido constante de su corazón, el suyo aún

acelerado. El aire a su alrededor se sentía diferente ahora, cargado con algo más profundo, algo no dicho pero entendido.

La mano de Marcos encontró la de ella, entrelazando sus dedos una vez más, el toque suave pero firme, una promesa muda. Besó la cima de su cabeza, sus labios demorándose ahí mientras susurraba: “No quiero soltarte nunca.”

El corazón de Mari se apretó con sus palabras, el pecho lleno de emociones que no podía nombrar. Pero tenía una certeza: ella tampoco quería soltarlo. No ahora, ni nunca.

“Entonces no lo hagas”, respondió en un susurro, su voz suave pero firme.

Y lo decía en serio. Por primera vez en su vida, no temía lo que vendría después.

Con Marcos, todo parecía posible.

Se quedaron así, en la cómoda quietud de los brazos del otro, la noche extendiéndose ante ellos, repleta de posibilidades.

DIECISÉIS

Vale la pena intentarlo

"UN CORAZÓN QUE AMA SIEMPRE ES JOVEN." – PROVERBIO GRIEGO

MARCOS

Mari se acurrucó más profundamente en el calor del pecho de Marcos, sus párpados pesados por los últimos restos de sueño.

El constante subir y bajar de su respiración la arrulló hasta un estado de paz, cada exhalación un ritmo reconfortante contra su mejilla.

Todavía le resultaba difícil comprender del todo que estaba en la cama de Marcos, su noche juntos un recuerdo borroso de risas, besos secretos y un deseo innegable.

El recuerdo de su risa y el roce persistente de sus besos le trajeron una sonrisa a los labios mientras repasaba mentalmente los acontecimientos de la noche anterior.

Él había conseguido un perro, su perro, Max, y eso de alguna manera había llevado a la noche más apasionada de su vida.

Marcos le había inculcado un sentido de valor, amor y anhelo. Su toque había encendido un fuego dentro de ella, un anhelo que no se había dado cuenta de que existía. Era como si él alimentara el anhelo que creó dentro de ella.

Ella nunca se había enamorado antes, no tenía un marco para este deseo repentino y abrumador. Pero sabía, con una certeza que la asustaba y la emocionaba a la vez, que quería más. Levantó la cabeza y le dio un beso suave y distraído en el pecho. Su brazo se tensó instintivamente alrededor de su cintura, acercándola más a él mientras dormía. Una calidez se extendió por ella, una mezcla de ternura y excitación. Al principio, había descartado la primera vez como una casualidad, un momento de pasión compartida alimentada por la emoción del día. Pero luego, después de unas horas de sueño irregular, ambos se despertaron hambrientos alrededor de las 2 de la mañana.

Asaltaron su refrigerador y encontraron dos manzanas, un poco de mantequilla de maní y queso. Ella terminó su porción mientras él la observaba y, de repente, él le dio de comer su manzana. El

calor de sus dedos rozando sus labios envió una descarga de electricidad a través de ella.

Antes de procesar el pensamiento, se inclinó hacia adelante, el sabor de la manzana y la mantequilla de maní se mezcló con el calor de su beso, provocando un fuego que se convirtió en una llama.

Él respondió al instante, sus brazos la acercaron más, sus cuerpos se moldearon juntos como si fueran dos piezas de un rompecabezas que finalmente encajaban en su lugar. El aroma de su colonia se mezcló con las plantas de su dormitorio, creando un aroma reconfortante que la envolvió. Cuando hicieron el amor por segunda vez, fue incluso más intenso que la primera, una conexión más profunda se encendió entre ellos. Ahora ella estaba despertando en sus brazos nuevamente.

Sus ojos se abrieron lentamente, pero rápidamente se llenaron de una intensidad feroz y posesiva.

"Pensé que era un sueño", murmuró, su voz ronca por el sueño.

Ella se apretó contra él, arrastrando su cuerpo contra el suyo, y susurró: "Lo fue", su aliento cálido contra su piel.

Sus manos se deslizaron en su cabello y atrajeron su boca hacia la de ella mientras agarraba su muslo. Su erección se empujó entre ella, sintiendo su humedad. La penetró fácilmente, perezosamente.

El placer repentino la sorprendió por su rapidez.

Sus lenguas se enredaron mientras corrían juntos. Avanzaron con embestidas profundas y desesperadas hasta que su respiración se volvió irregular y se perdieron en el placer una vez más. Un gemido salió de su garganta cuando explotó alrededor de él, apretándolo contra ella. Su liberación llegó poco después. Se dio cuenta de un leve zumbido mientras yacía contra él, tratando de recuperar el aliento.

"Mmm, ignóralo", murmuró Marcos, su voz era un retumbar bajo y soñoliento mientras apretaba su brazo alrededor de su cintura. "Probablemente solo mi teléfono". Presionó un tierno beso en su frente, sus labios se demoraron contra su piel.

El zumbido persistió, haciéndose más fuerte e insistente, llevándolos de vuelta a la realidad. Mari gimió, sus dedos se curvaron en la suave piel del pecho de Marcos mientras lo golpeaba.

"No se detiene", se quejó, su voz ronca por el sueño, mientras se acurrucaba más cerca de la curva de su cuello. Sus labios rozaron su piel, dejando un rastro de calidez a su paso.

El cuerpo de Marcos reaccionó al instante.

Su boca recorrió su cuello, dejando un rastro de besos calientes con la boca abierta que la hicieron jadear.

“Sabes que me diste un chupetón”, murmuró Mari, con la respiración agitada cuando sus labios rozaron la piel sensible de su clavícula. “Nunca antes me habían hecho un chupetón”.

Marcos se rió entre dientes, su voz era un murmullo bajo contra su piel. “No me digas”. Continuó su exploración, sus labios trazando un camino más abajo, dejando un rastro de marcas

ardientes.

“Sí”, suspiró Mari, sus dedos trazando los contornos de su espalda, “y por eso creo que debería hacerte chupetones también”.

Sus besos cesaron abruptamente cuando levantó la cabeza para mirarla. Una sonrisa traviesa se formó lentamente en sus labios. “Sí, por favor, señorita Ortega”, murmuró, su voz cargada de anhelo.

Él se recostó, con el brazo todavía envuelto posesivamente alrededor de su cintura, dejándola flotando sobre él, sus ojos se encontraron en un intercambio silencioso que crepitaba con anticipación.

Ella movió sus labios hacia su cuello mientras ambos escuchaban un sonido metálico agudo perforar el aire, el clic distintivo de una llave girando en la cerradura.

Marcos se congeló, sus ojos se abrieron alarmados. “¿Quién es ese?” susurró, su voz era una mezcla de confusión y pánico.

Mari se sentó, su corazón latía con fuerza en su pecho. “No son tus padres, ¿verdad?” preguntó, una risita nerviosa escapándose de sus labios. Había sido amiga de Judit el tiempo suficiente para saber que era un miembro de la familia López.

Antes de que Marcos respondiera, voces gritaron.

“¡Primo!” exclamó una voz alegre. “Escuchamos que tienes un perro nuevo y queríamos conocerlo antes de ir al campamento de verano. No hay necesidad de levantarse, tu mamá nos dio una llave. ¿Qué tal si lo llevamos a dar un paseo? ¿Ya le pusiste nombre?”

“Son las siete de la mañana,” gruñó Marcos, frotándose la cara con cansancio. “Y ni siquiera estoy vestido. Y dos de mis primos están en la sala de estar con Max.”

Mari reprimió una risa, subiéndose las sábanas hasta la barbilla. “Es amable de su parte venir a sacarlo a pasear,” susurró, con un brillo travieso en los ojos.

Marcos le lanzó una mirada juguetona por encima del hombro mientras rebuscaba en su tocador un par de pantalones cortos. “Quédate en la cama,” ordenó, con la voz apagada mientras se los ponía. “No te muevas. Yo me encargaré de esto.”

Salió del dormitorio a grandes zancadas, sus pies descalzos pisando el frío suelo de madera.

Mientras caminaba hacia la sala de estar, se tomó un momento para recomponerse, cada paso lo devolvía a la realidad de una mañana bulliciosa.

Parpadeó, sus ojos se adaptaron a la repentina afluencia de luz cuando entró en la sala de estar. Eran sus primos, los únicos gemelos de su familia, Mateo y Camila, ambos sonriendo de oreja a oreja cerca de la jaula para perros de Max.

Mateo sostenía en la mano una bolsa de golosinas para perros mientras Camila sostenía en alto un juguete chirriante con forma de taco.

Marcos levantó una mano, con una sonrisa cansada tirando de las comisuras de su boca.

“Se llama Max”, dijo, señalando el transportín para perros que estaba en la esquina. “Sí, puedes sacarlo a pasear. Pero por favor”, agregó, con su voz adquiriendo un tono suplicante, “no vuelvas a venir a mi casa a las siete de la mañana sin una invitación”.

Mateo y Camila se echaron a reír, sus voces resonaron por la habitación. “Ay, Primo”, dijo Mateo con una risita, “hay tantas formas nuevas de decir ‘gracias’ en estos días. Tu mamá le dijo a nuestra mamá que necesitarías a alguien que lo cuidara mientras trabajabas. Nos dio tu llave de repuesto. Queríamos ayudar, al menos hasta el mediodía”.

Marcos negó con la cabeza, con una sonrisa resignada en su rostro. "Gracias, pero no, gracias", respondió. "Tengo el horario de Max arreglado."

Camila frunció el ceño con sospecha. "¿En serio?", lo desafió, con los ojos brillantes de diversión. "¿Con quién?"

Marcos levantó las manos en señal de rendición. "No más preguntas", dijo, con un tono ligero pero firme. "Vámonos. Llévense a Max y tráiganlo de vuelta sano y salvo, por favor."

Miró a sus primos, que con entusiasmo cogieron el transportín y se dirigieron hacia la puerta; sus voces ya se desvanecían en el aire de la mañana. No pudo evitar sonreír; la familia siempre estaba ahí, lista para intervenir, lo pidiera o no.

Cuando cerró la puerta, una oleada de alivio lo invadió. Había esquivado una bala, o al menos un aluvión de preguntas de sus primos excesivamente curiosos. Pero una calidez se extendió por todo su cuerpo al imaginar a Mari, todavía acurrucada en su cama, vistiendo su camiseta.

En ese momento, Mari salió, y él la encontró a mitad de camino, con picardía bailando en sus ojos.

"Estábamos en medio de tu lucha por la igualdad", dijo con una sonrisa. "¿Estabas a punto de hacerme un chupetón?"

Ella se rió con facilidad, rodeándolo con sus brazos. "Lo estaba, pero ¿no tienes que prepararte para ir a trabajar?"

"Sí, en media hora", respondió él, acariciándole el cuello con la nariz. "Tienes mucho tiempo."

Ella sonrió cuando él la levantó de repente, deteniéndose en seco con una expresión de seriedad fingida. "Espera", dijo, "puede que no vuelvan en media hora."

Ella sonrió en sus brazos, despreocupada. "Estaré aquí. Puedo dejarlos entrar y acomodar a Max. Recuerda, lo llevaré a su clase para cachorros esta mañana, luego al centro comunitario para una cita de juegos. Puedes recogerlo allí después del trabajo. Lo puse todo en el horario."

Hizo una pausa, su sonrisa se ensanchó. "Si no te importa."

"¿Te importa?" Él se rió entre dientes. "Debería pagarte dinero. Te harán un millón de preguntas y le dirán a todos los que hayas conocido tus respuestas."

"No me importa", repitió ella, con voz suave y tranquilizadora.

Los gemelos eran curiosos y le dirían a toda su familia que Mari había dormido en su casa. Y de alguna manera eso se sentía bien. Era una manera fácil de anunciar a su familia que su relación

con ella era seria.

Y era serio. Nunca había estado en aguas tan profundas.

Había un tamborileo en sus oídos que bloqueaba todo sonido.

Al principio, pensó en Mari como un sueño de la infancia.

Pero se había equivocado. La realidad de ella era mil veces mejor que todo lo que imaginaba.

Ella lo deseaba, y le demostraba con cada mirada y cada toque que era suya.

Mientras observaba a Mari reír, con los ojos brillantes de alegría, Marcos la imaginó en futuras reuniones familiares, su risa mezclándose con el caos familiar del clan López.

La vio sosteniendo a un bebé, su bebé, rodeada de sus tías, tíos y primos. La visión le calentó el corazón, solidificando su creciente convicción de que Mari no era solo una parte de su presente, sino una parte integral de su futuro.

Quería darle todo lo que quisiera. Quería saber que estaba feliz y a salvo en el mundo.

Sus ojos se oscurecieron de deseo mientras la acercaba más, sus cuerpos fundiéndose juntos en la tranquila intimidad de la mañana. Mientras la sostenía en sus brazos, estaba seguro de que la amaba.

Supo entonces que pasaría el resto de su vida mostrándole lo increíble que era, lo mucho que la necesitaba y que no podía imaginar su vida sin ella.

Pero no lo dijo.

Era demasiado pronto.

Tenía que controlarse, convencerla de que valía la pena amarlo, de que lo que tenían era especial.

“Vamos”, murmuró, “vamos al dormitorio. Tienes algunos chupetones para darme”.

La llevó a la habitación, donde cayeron sobre la cama en una maraña de extremidades y risas.

En ese preciso momento, nada importaba excepto que ella estaba en sus brazos, el sabor de su risa en sus labios y la certeza de que la amaba.

DIECISIETE

Sentimientos encontrados

"LA MAYOR FELICIDAD DE LA VIDA ES LA CONVICCIÓN DE QUE SOMOS AMADOS; AMADOS POR NOSOTROS MISMOS, O MEJOR, AMADOS A PESAR DE NOSOTROS MISMOS." - VICTOR HUGO

MARI

Mari miró al vacío, con una sonrisa tonta estampada en su rostro. Llevaba lo que consideraba un atuendo para una cita, esperando ansiosamente volver a ver a Marcos cuando llegara a casa a las ocho.

Parpadeó, dándose cuenta de que se refería al apartamento de Marcos como "casa". ¿Era demasiado pronto?

Esa mañana, él le había dado su llave de repuesto, diciendo: "Eres la primera persona a la que realmente he querido darle esta llave. Todavía no sé cómo mi familia sigue recibiendo copias".

Después de eso, la había besado con besos lentos y prolongados antes de finalmente salir.

El corazón de Mari se aceleró con una mezcla de emoción y anticipación. El torbellino de los últimos días la había dejado sintiéndose eufórica y un poco abrumada. Sin embargo, a pesar del rápido ritmo del cambio, una sensación de calma la invadió, alejando las ansiedades habituales que la atormentaban.

Miró el reloj de su teléfono nuevamente. Eran las 6 p.m. ahora. Los programas nocturnos del centro comunitario estaban en pleno apogeo, aunque técnicamente ella no estaba trabajando.

Más temprano, se había apresurado a recoger a Max de la guardería para perros. Como Marcos no volvería a casa hasta dentro de dos horas, había vuelto al centro comunitario para atar algunos cabos sueltos.

Max dormitaba suavemente en su jaula debajo de su escritorio, y verlo todavía la llenaba de asombro e incredulidad.

Tenía un perro. Cada vez que lo miraba, los acontecimientos vertiginosos de los últimos días la invadían: los besos inesperados, la discusión acalorada, las confesiones vulnerables.

A pesar de todo lo que había sucedido, una verdad innegable permanecía: ella y Marcos ahora

eran una pareja. Era real, tangible y absolutamente estimulante.

Siguió tratando de concentrarse en el trabajo, pero la pura alegría de todo era demasiado para contener. Su teléfono vibró y apareció un mensaje de texto de Marcos: Hay un problema en el sitio. Puede que llegue más tarde de lo que pensaba y no pueda llamar. Comparto mi ubicación contigo. Nos vemos luego con Max.

Un calor se extendió por el pecho de Mari, una mezcla de emoción y anticipación nerviosa. Abrazó su teléfono contra su pecho, luciendo una sonrisa tonta.

Ella rápidamente escribió: "¡Max es genial! Jugó con algunos niños antes y ahora está exhausto. Además, estoy compartiendo mi ubicación."

Justo cuando presionó enviar, como si sintiera su alegría, Daisy López apareció de repente en su oficina.

Daisy llevaba un elegante vestido tubo, su cabello rubio recogido, acentuando sus delicados rasgos. Siempre había tenido una cualidad etérea, casi de hada.

Daisy se detuvo en la puerta y sonrió tentativamente. "¿Podemos hablar? Vi tu auto en el estacionamiento y me arriesgué a que estuvieras aquí, y aquí estás", dijo, su voz suave pero con un matiz de seriedad.

Mari asintió, indicándole que entrara, pero la inquietud se instaló en su estómago. No se molestó en preguntar cómo Daisy sabía cómo era su auto.

"Por supuesto", respondió Mari, tratando de mantener la calma. "¿Qué pasa?"

Daisy se sentó frente a ella, cruzando las manos cuidadosamente en su regazo. "Mari", comenzó, "siempre hemos sido cordiales, pero necesito hablar contigo sobre Marcos."

Mari se puso rígida. "¿Qué pasa con él?", preguntó, con un dejo de desafío en su voz.

La expresión de Daisy no vaciló. "Todos saben que tú y Javy van a volver juntos. Quiero que dejes a mi hermano fuera de esto. No es justo darle largas."

El corazón de Mari se aceleró mientras Daisy hablaba. Luchó por mantener su rostro neutral, pero una tormenta de emociones se estaba gestando en su interior: miedo de perder a Marcos, ira por las suposiciones de Daisy y la determinación de mantenerse firme.

"Daisy", comenzó Mari, con voz controlada, "lo que pase entre Marcos y yo no es asunto tuyo."

Los ojos de Daisy se entrecerraron, su actitud tranquila cambió a algo más intenso. "Ahí es donde te equivocas. Él es mi hermano. No me voy a ir a ninguna parte y siempre lo protegeré."

Mari respiró profundamente, armándose de valor. "Daisy, Javy y yo rompimos", dijo, con voz firme a pesar del retortijón en el estómago.

Daisy la interrumpió rápidamente.

"Ahora sé que mientes", se burló Daisy, con su escepticismo claro. "Le dijiste a Javy que necesitabas dos semanas para resolver las cosas."

Mari suspiró, encontrando la mirada de Daisy. "Lo hice, pero las cosas han cambiado. Voy a

terminar las cosas con Javy hoy."

Daisy se puso de pie, con la voz baja pero llena de advertencia. "Será mejor que digas la verdad, porque si lastimas a mi hermano, te complicaré mucho la vida."

Una fiereza emanó de los ojos de Daisy, una visión que Mari nunca había presenciado, y la inquietó profundamente.

Mari tragó saliva, su mente acelerada. No quería alejar a la familia de Marcos, pero tenía que hacer que Daisy lo entendiera. "Daisy, amo a tu hermano. No estoy jugando con él. He cambiado."

Daisy se encogió de hombros, su expresión indiferente, pero Mari vio la intensidad que hervía debajo. De pie frente a ella, emergió un feroz protector, un guerrero, cambiando su percepción de Daisy de dulce e inofensiva.

"Lo protegí", dijo Daisy, con voz fría. "Lo incitaste, y tuve que detenerlo."

"Tenía miedo", admitió Mari en voz baja. "No sabía lo que estaba sintiendo en ese momento."

Los ojos de Daisy se suavizaron por un breve momento. "Si estás diciendo la verdad ahora, entonces me alegro. Pero si estás mintiendo..."

"No miento, Daisy", dijo Mari con firmeza. "Te lo prometo."

La mirada de Daisy se detuvo un momento antes de asentir lentamente. "Espero que me demuestres que estoy equivocada", dijo en voz baja, luego se dio la vuelta y salió, dejando a Mari sola con Max y un torbellino de emociones.

JAVY

Javy estacionó en el aparcamiento del centro comunitario, la vista familiar hizo poco para calmar el nudo en su estómago. El sol poniente proyectaba largas sombras sobre el asfalto, cada una un eco alargado de su propia inquietud. El mensaje de texto de Mari había llegado como un golpe frío: *¿Podemos hablar, hoy, ahora*.

La brevedad del mensaje fue una advertencia clara.

Apagó el motor, y el repentino silencio amplificó su incomodidad. Miró su reflejo en el espejo retrovisor, la tenue luz revelando la tensión alrededor de sus ojos y la rigidez en su mandíbula. ¿Estaba aquí, no? Tal vez hablarían y arreglarían lo que estuviera roto.

Con una respiración profunda, salió de la camioneta. El aire de la tarde estaba cargado con el aroma de césped recién cortado y el zumbido distante de risas. Se dirigió al centro comunitario, cada paso un signo de interrogación vacilante. Al llegar a la puerta de su oficina, se detuvo, sus dedos flotando sobre la manija. Cerró los ojos por un momento, preparándose para lo que fuera que le esperaba al otro lado.

Cuando abrió la puerta, una sorpresa lo aguardaba: un cachorro acurrucado debajo del escritorio.

Se arrodilló para saludar al cachorro, un Cavalier King Charles Spaniel. Estaba bien educado, sentado pacientemente con sus grandes ojos marrones fijos en Javy.

"¿Quién es este cachorrito?" preguntó, incapaz de resistirse al encanto del perrito.

Mari sonrió nerviosa.

"Es un macho. Se llama Max. Lo saqué del transportador porque estaba inquieto. Creo que necesitaba un paseo", dijo casi distraídamente, mientras acariciaba las orejas del cachorro.

Max corrió hacia Javy, lamiéndolo alegremente y dando vueltas a su alrededor, ansioso por atención. Javy rió y le rascó detrás de las orejas una última vez antes de acomodarse en la silla frente a Mari. El cachorro correteaba por la oficina, añadiendo un toque absurdo a toda la situación.

"¿Tanto miedo me tienes ahora que necesitaste un perro guardián?" preguntó Javy, dejando apenas un respiro antes de lanzar otra pregunta. "¿De quién es este perro?"

Frunció el ceño al notar el cambio en su apariencia. Claramente había cambiado su ropa habitual de trabajo por algo más casual, señal de que ya había terminado su día: sandalias, una blusa ajustada y una falda corta.

"¿Una cita importante más tarde?" preguntó, levantando una ceja.

"Tengo planes después de esta conversación, sí", respondió ella con vacilación. "Javy, quería hablar contigo sobre —"

"Planes." Cruzó los brazos sobre su pecho y la miró fijamente. "¿Tienen algo que ver estos planes con este perro?" Por primera vez desde que la conocía, Mari se sentó frente a él sin mostrar ninguna señal de emoción.

ELLA ESTABA TRANQUILA Y SERENA. Era molesto no ver ninguna reacción en su rostro.

Ella arqueó una ceja, pero aparte de eso, no respondió. Él lo sintió entonces: un cambio en sus emociones, la ira que intentaba controlar, había hecho un esfuerzo por dominar toda su vida, justo debajo de la superficie.

De repente, necesitaba moverse.

Se levantó y dijo: "¿Por qué estoy aquí? ¿De quién es este perro, Mari?"

Su cara de póquer permaneció firmemente en su lugar mientras respondía: "Es mío y, eh, el perro de Marcos. De eso es de lo que quiero hablar contigo. Por favor, siéntate, Javy".

Con los dientes apretados, se acomodó en su silla.

El aire en la habitación estaba cargado de electricidad, creando tensión dentro de él. Después de una noche con Alex y Carlos, lo habían convencido de darle espacio, pero se habían equivocado.

Javy miró alrededor de la habitación, sus ojos escaneando el rostro de Mari con una mezcla de curiosidad y confusión. Era como si estuviera mirando a un extraño, alguien que nunca había conocido antes. Un extraño frío e insensible.

Las manos de Javy se flexionaron a los costados mientras la miraba, tratando de mantener un tono uniforme. "¿Tienes un perro con Marcos?" repitió, con incredulidad e irritación en su voz. "Veo que se mueven rápido".

Mari asintió lentamente, con voz firme. "Sí, lo hicimos".

Sintió el cambio entre ellos, el cambio en ella. Esta versión de Mari solo quería tener una charla amistosa, sin emociones involucradas. Sonaron campanas de advertencia profundas dentro de él.

Su mente corría, tratando de recuperar el control de la conversación. Controló sus emociones.

"Genial. Entonces eso está claro. Las cosas terminaron. Mari, podrías habernos ahorrado el viaje a ambos. Un simple mensaje de texto hubiera bastado". La amargura en su voz era palpable, incluso para él.

No necesitaba esto. Además de todo lo demás en su vida, no necesitaba ser humillado en una ruptura, pero algo en la expresión de Mari lo hizo detenerse. Sus ojos.

"Javy, me preocupo por ti. Siempre lo he hecho. Por eso necesitaba hablar de esto en persona. Creo que nos hemos hecho daño el uno al otro". Se le quebró la voz cuando añadió: "Y lo siento mucho".

La confusión nubló el rostro de Javy. "¿Perdón por qué?"

Probablemente pensó que esta escena era para su beneficio, pero era para ella. La haría sentir menos culpable por dejarlo.

De niño, la realidad le había distorsionado. Y luego tuvo que escuchar sus mentiras. Su madre le decía que iba a ir a buscarlo y luego decía que nunca había dicho eso. O su padre se ofrecía a ir a uno de sus partidos de fútbol y luego afirmaba que había tenido una reunión.

Sabía lo que se sentía cuando alguien intentaba culparte por algo que había olvidado o que no había hecho.

La verdad era que le había mentido sobre las dos semanas. Probablemente siempre había sabido que quería estar con Marcos. Lo estaba lastimando, castigándolo a propósito.

Los ojos de Mari se posaron en sus manos, retorciéndose en su regazo. “Tenía tanto miedo en nuestra relación”, confesó. “Traté de controlarte, y creo que tú también trataste de controlarme”.

La mandíbula de Javy se tensó. “¡No, no lo hice!”. Su voz era cortante, defensiva. Ella estaba tratando de darle la vuelta a las cosas y culparlo. Siempre se había visto a sí mismo como el razonable, el que tenía que controlar la naturaleza impulsiva de Mari.

Mari se encogió de hombros, con un dejo de resignación en su voz. “Está bien, bueno, lo hice, y simplemente no creo que así sea como debería sentirse el amor. O incluso las citas. Quiero que sepas que me equivoqué al querer que fueras algo que no eres. Deberías estar con alguien que te acepte como eres”.

Javy se inclinó hacia adelante, su tono despectivo. “¿Eso es todo?” Se sentía como un fracasado, pero no podía culparla completamente. ¿No había sido él quien había roto con ella dos veces antes?

“No, hay una cosa más”, respondió Mari, con inquietud cruzando su rostro.

“Tu madre estuvo en una cena con la mía. Conmigo. Mi madre la invitó, y yo cené con ellas”.

Por un momento, Javy se quedó congelado, la incredulidad se apoderó de él como una manta fría. Su madre había hecho esto antes, se había insertado en su vida sin preguntar, pero ¿esto? ¿Reunirse con la madre de Mari? Era más que una intromisión; se sentía como una traición.

¿Su madre lo había emparejado con Mari para empezar? Trató de calmar su mente. Estaba cayendo en picada. La confusión de Javy era palpable. “¿Qué?”

“Ella estaba muy... Quiere hablar contigo. Te extraña. Me siento mal por ella. Creo que tal vez deberías ir a verla”. Mantuvo la voz baja, reprimiendo la ira que Mari cuestionaría, y trató de recordarse a sí mismo que Mari no sabía nada sobre su relación con su madre.

Él era el tranquilo. Y sin embargo, no pudo evitar la conmoción que recorría su sistema. “Para. Esto es una locura. ¿Hablaste con mi madre?”.

Mari lo miró a los ojos sin pestañear. “No, ella habló conmigo”.

Una ola de frustración invadió a Javy.

Su voz se endureció. “Estoy harto. Me alegro de que me lo hayas dicho. Lamento que no haya funcionado entre nosotros. Gracias por el consejo de vida”.

Se levantó. Su madre, siempre entrometiéndose, siempre insertándose donde no debía. Ahora, de alguna manera, se había abierto camino en la vida de Mari, envenenando su relación ya frágil.

Javy estaba a punto de irse cuando notó a Max. El cachorro había acorralado un clip brillante que había caído al suelo. Antes de que Javy pudiera reaccionar, Max lo agarró de un tirón y el metal desapareció en su pequeña boca con un rápido trago.

Los ojos de Mari siguieron a los de Javy y se abrieron de par en par cuando vio que el cachorro se tragaba el clip. Su silla se volcó cuando se puso de pie de un salto. “¡Max, no!”, gritó, pero el clip ya había desaparecido.

Una oleada de preocupación se extendió por la oficina cuando los voluntarios del centro comunitario cercano la oyeron gritar. Un voluntario entró corriendo. “Oh, no, ¿está bien el cachorro?”, preguntó Sarah, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

“Creo que sí”, respondió Mari, con la voz llena de pánico. “Se tragó un clip. No sé qué hacer”.

La voz de Javy atravesó el caos, tranquila y tranquilizadora. “Mari, no te preocupes. Probablemente estará bien. Llevémoslo al veterinario las 24 horas solo para estar seguros”. Asintió, puso a Max en su transportador y siguió a Javy hasta su camioneta.

DIECIOCHO

Nuestro Hogar

"EN MEDIO DEL CAOS TAMBIÉN HAY OPORTUNIDADES." – SUN TZU

MARI

Mari entró corriendo al veterinario de 24 horas, con el corazón palpitando fuerte y las manos temblorosas, llena de ansiedad. Ver a Jenny López detrás del mostrador de recepción la sorprendió y la aterrorizó.

Jenny levantó la vista, parpadeando sorprendida. "Oye, Mari, ¿quién es? Espera, ¿es el perro de Marcos?".

Los ojos de Mari se llenaron de lágrimas. Trató de mantener la voz tranquila, pero sintió que se le quebraba cuando dijo: "Es nuestro perro y se tragó un clip".

Su corazón latía con fuerza en su pecho, y un sudor frío brotó de su piel. La familiar sensación de pavor la invadió, amenazando con arrastrarla.

Jenny asintió. "Déjame llevarlo al veterinario. Puedes completar el papeleo y sentarte".

Mari tomó mecánicamente el portapapeles que le dio Jenny, con los dedos entumecidos e inestables, y lo colocó a su lado en el sofá.

"¿Estás bien?", preguntó Javy. Mari sintió que saltaba. Javy la había llevado hasta allí. Casi había olvidado que él estaba allí con ellos. Jenny lo había visto, ahora toda la familia López lo sabría. Se lo dirían a Marcos. Todo habría terminado.

Se sentaron en la sala de espera, y ella sintió que todo su cuerpo se tensaba. Había sido su culpa; debería haber notado el clip.

Javy le entregó unos pañuelos, preocupación en su voz. "Nunca te había visto llorar antes".

Las manos de Mari temblaron cuando tomó los pañuelos; sus dedos estaban fríos y húmedos.

Alzó la mirada, sorprendida. "¿Estoy llorando?".

Sintió las lágrimas en sus mejillas. Su visión se nubló, y cerró los ojos, deseando que se detuvieran mientras contenía la respiración.

Marcos estaría furioso cuando viniera. La culparía o, peor aún, pensaría que lo había estado engañando. Todo se lo quitarían. Todo se habría ido.

Sus pensamientos se arremolinaron hasta que se sintió envuelta en los brazos de alguien, besada en sus mejillas.

Abrió los ojos y vio a Marcos. “Vi tu ubicación y estaba en camino cuando Jenny llamó y me dijo lo que había sucedido. Todo va a estar bien. Max va a estar bien”.

Al notar a Javy, Marcos asintió. “Gracias por traerlos”.

Javy asintió y dijo: “Parece que estarás en excelentes manos. Nos vemos, Mari”.

Mari se encogió de hombros con impotencia y se dejó abrazar por Marcos, con lágrimas corriendo por sus mejillas. “Lo siento mucho. Estaba hablando con Javy y le decía que...”.

Marcos susurró: “Shhh, lo sé, cariño. Estás muy alterada. Cálmate. Puedes contarme lo que pasó más tarde. Solo respira. Está bien. Estoy aquí”.

Ella lo abrazó fuerte, su cuerpo temblando contra el de él. “Te amo”, dijo con voz entrecortada, cargada de emoción. “No quiero perderte”. Sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza; lo había dicho y no podía pensar con claridad. No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta porque era simplemente la verdad.

Su sonrisa se ensanchó mientras la apretaba suavemente. “Nunca podrías perderme, mi amor. Yo también te amo. Te amo tanto”.

El alivio intentó recorrer su cuerpo, pero el miedo era demasiado fuerte. La tenía demasiado agarrada.

“Tenía tanto miedo de que pensaras que hice algo mal”, confesó, su voz apenas un susurro.

Él negó con la cabeza, sus manos se movieron para acariciar su espalda en círculos relajantes. “Confiamos el uno en el otro, ¿recuerdas? Mi amor, respira profundo”, murmuró, su voz era un bálsamo calmante.

Mari se acomodó contra Marcos en el sofá desgastado en la sala de espera. El aroma estéril del desinfectante hizo poco para calmar sus nervios. El pánico dentro de ella se negaba a disminuir.

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta finalmente se abrió y apareció un joven veterinario, Max acunado suavemente en sus brazos.

“Max es un chico afortunado”, anunció con una sonrisa tranquilizadora. “El clip pasó sin causar daño. Vamos a querer controlar sus heces durante los próximos días, y si nota cualquier signo inusual como vómitos o letargo, tráigalo de inmediato”.

Mari dejó escapar un suspiro de alivio, una ola de gratitud la invadió. “Muchas gracias”, dijo, extendiendo la mano para llevarse a Max del veterinario.

“De nada”, respondió el veterinario. “Solo recuerde, los cachorros son criaturas curiosas. Es

mejor mantener objetos pequeños como clips fuera de su alcance".

Con Max a salvo de nuevo en su jaula, Marcos se dirigió a la recepción para pagar la cuenta.

Jenny ofreció una sonrisa comprensiva mientras le entregaba a Marcos un recibo, sus palabras un suave murmullo destinado solo para los oídos de Marcos. "Me alegro de que todo haya salido bien. Estaba tan molesta. Nunca había visto a Mari llorar".

Una ola de vergüenza invadió a Mari; el alivio por la noticia del veterinario que le había dado el visto bueno a Max se vio eclipsado por la certeza de que había perdido por completo el control frente a extraños. Forzó una débil sonrisa, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

"Gracias por llamarme, prima", le dijo Marcos a Jenny, con la voz llena de gratitud.

Jenny asintió, sus ojos moviéndose entre Marcos y Mari con preocupación. "Primo, puedo llevarme al cachorro esta noche. A mis compañeros de cuarto les encantará. Creo que Mari necesita calmarse".

Una nueva ola de lágrimas amenazó con derramarse cuando Mari sacudió la cabeza con vehemencia. "No, deberíamos traerlo con nosotros". La idea de estar separada de Max, aunque fuera por una noche, era insoportable. Se sentía avergonzada y agotada.

La mano de Marcos envolvió suavemente su brazo, su calidez contrastaba marcadamente con el gélido apretón de ansiedad que se apretaba alrededor de su pecho.

Le susurró al oído: "Vamos a casa, amor. Podemos hablar allí. Por favor, confía en mí".

Sus palabras atravesaron la niebla del pánico, como un salvavidas durante una tormenta. Mari asintió, incapaz de formar una respuesta coherente. Le permitió que la guiara hasta su coche, cada paso era una lucha contra la creciente marea de miedo.

El mundo se redujo a una confusión de colores y formas mientras conducían. La respiración de Mari se entrecortaba, y sus dedos se apretaban y aflojaban en su regazo. Era vagamente consciente de las miradas preocupadas de Marcos, pero no podía reunir la energía para mirarlo a los ojos.

Finalmente, llegaron a su apartamento, un paraíso de colores cálidos e iluminación suave. Marcos la condujo hasta el sofá, con la mano todavía apoyada en su brazo, un ancla firme en el caos.

Sus manos firmes sobre su piel, la calidez de su tacto, eran las únicas cosas que la mantenían con los pies en la tierra mientras luchaba por recuperar el aliento.

MARCOS

Marcos observó el rostro de Mari, con los ojos abiertos y desenfocados, respirando entrecortadamente y sin aliento. La imagen le retorció el estómago con un dolor familiar. Ya había visto eso antes, la forma en que el pánico podía apoderarse de una persona, robándole el aliento y dejándola varada en un mar de miedo.

Su primo Martin solía tener ataques de pánico cuando eran niños, y Marcos siempre había sido el que lo consolaba. Conocía las señales: la respiración rápida, las manos temblorosas, la abrumadora sensación de miedo.

La condujo suavemente hacia el sofá, su mano era una presencia reconfortante en su espalda.

"Mari", susurró, su voz era un murmullo bajo que pretendía tranquilizarla, "voy a prepararte un té de manzanilla. Te ayudará a relajarte".

Se dirigió a la cocina, sus movimientos decididos pero sin prisa, cada paso un esfuerzo deliberado por crear una atmósfera tranquilizadora. Llenó la tetera con agua, y el sonido rítmico hizo eco en sus oídos, en contrapunto con el latido errático del corazón de Mari.

Mientras esperaba a que el agua hirviera, rebuscó en los armarios y sus dedos rozaron la taza de cerámica que siempre usaba. La encontró entre su colección desigual. La tetera silbó y lo devolvió al presente. Vertió el agua humeante sobre la bolsita de té y observó cómo el líquido pálido se transformaba en un tono ámbar relajante. Añadió un toque de miel, recordando la preferencia de Mari por lo dulce.

Llevando la taza con cuidado, regresó a la sala de estar. Mari estaba acurrucada en el sofá, con los brazos firmemente alrededor de sus rodillas.

Se arrodilló a su lado y le ofreció la taza caliente con una sonrisa amable.

"Toma, amor", murmuró, "toma un sorbo. Te ayudará".

Esperó pacientemente mientras ella, vacilante, tomaba la taza; sus dedos temblaban al rozar los de él.

Ella tomó un sorbo superficial, luego sacudió la cabeza y le devolvió la taza.

Él tomó su mano, acariciando el dorso con el pulgar en un movimiento rítmico. “Respira conmigo, Mari, mi amor”, le indicó, su voz era un ancla tranquila en la tormenta. “Inhala... aguanta... exhala...”

Continuó guiándola con el ejercicio de respiración, su tono constante y calmado mientras ella luchaba por seguir su ritmo. Poco a poco, sus respiraciones se volvieron más profundas y regulares con cada repetición.

Gradualmente, la tensión en sus hombros comenzó a aliviarse. Marcos la observó de cerca, su corazón dolía por la intensidad de su lucha. Sabía que esto no sería una solución rápida. “Los ataques de pánico son como olas gigantescas”, pensó, “se estrellan contra una persona, dejándola maltrecha y exhausta”. Pero también sabía que podía ser su faro, una presencia constante en el mar turbulento de sus emociones hasta que se calmaran.

Le entregó la taza nuevamente, y esta vez ella tomó dos sorbos antes de que él la colocara con cuidado sobre la mesa. Al mirarla, vio un destello de calma regresar a sus ojos. Era una pequeña victoria, pero le daba esperanza.

Se sentó en el sofá a su lado y le rodeó los hombros con el brazo, una promesa silenciosa de seguridad y consuelo.

“Estoy aquí, Mari”, susurró, su voz era un murmullo bajo contra su oído. “No me voy a ir a ninguna parte”.

La abrazó. El tiempo pasó y se quedaron allí sentados. La estrechó con fuerza, sus brazos musculosos la envolvieron mientras su barbilla descansaba sobre la parte superior de su cabeza. Su agarre se hizo más fuerte mientras ella enterraba el rostro en su pecho, el latido constante de su corazón era un ritmo reconfortante contra su mejilla.

Marcos le acarició el cabello suavemente, sus dedos trazando patrones relajantes en su cuero cabelludo.

“Nombraremos a mis primos más molestos”, sugirió, su voz era una suave persuasión.

Ella soltó una pequeña risa renuente, su cuerpo se relajó ligeramente contra él. Él apartó un mechón de cabello de su rostro, sus dedos se demoraron en su mejilla. “Mi prima más molesta es Abby. Desde que obtuvo un doctorado, es la peor. Y ya era la peor antes.”

Él sintió su risa contra su pecho, un sonido que lo calentó más que el té de manzanilla que acababa de preparar. Continuó, su tono burlón, “¿Quién más? Hmm, estoy convencido de que Lechuga está en algún tipo de negocio de la mafia.”

Ella se rió entonces, una risa genuina que brotó como un manantial oculto y murmuró, “Él no está en la mafia.”

“Hm. ¿Te gusta Lechuga, eh? ¿No nos parece extraño que tenga un barco? Y honestamente, ninguno de nosotros sabe realmente a qué se dedica. ¿A quién más odiamos?”

Ella se rió abiertamente, su agarre sobre él se aflojó. “No odio a ninguno de tus primos. Bueno, tal vez a uno o dos.”

La abrazó con más fuerza, su brazo era una banda reconfortante alrededor de sus hombros. “Ahí tienes. Sigue respirando.”

Él la sintió relajarse, un escalofrío la recorrió mientras exhalaba. “¿Cómo supiste lo que me estaba pasando?” preguntó, su voz era una mezcla de curiosidad y alivio.

“Mi primo Martin,” dijo con dulzura, ahuecando su rostro entre sus manos, “solía tener ataques de pánico cuando era niño,” explicó en voz baja. “¿Recuerdas cuando se escondía en el armario durante las tormentas eléctricas?”

Ella lo miró, con los ojos muy abiertos por la comprensión y un dejo de asombro. “Oh,” respondió, la palabra un susurro de comprensión. “Gracias,” agregó, su voz cargada de emoción. “Por estar aquí.”

“Siempre,” susurró, inclinándose para depositarle un tierno beso en la frente. “Siempre.”

MARI

Mari se despertó con el calor de los brazos de Marcos a su alrededor, una sensación a la que se

estaba volviendo cada vez más adicta. Era muy temprano en la mañana, demasiado temprano para levantarse de la cama.

Habían pasado algunos días desde su ataque de pánico. Habían probado la siguiente versión de su programa del centro comunitario y estaba listo para funcionar.

Todo había cambiado y era aterrador. Se sentía triste por la persona que había sido y asombrada de que toda su perspectiva de la vida pudiera haber cambiado tan rápidamente.

Todo por una persona. Alguien que había conocido toda su vida se había convertido de repente en la persona más importante de su vida.

O tal vez siempre lo había sido. Sonrió al pensar en el tiempo que había pasado pensando en él cuando era adolescente.

¿No decían que el odio y el amor eran la misma cosa? Sonrió para sí misma, sabiendo que la única persona que sabría si esa cita era real o imaginaria era Judit.

Él poseía un pedazo de su corazón y su felicidad dependía de él.

Sintió que el brazo de Marcos la acercaba más.

Mientras lo observaba dormir, su dedo trazó los contornos de su rostro, y su amor por él creció con cada respiración que tomaba. La profundidad de sus sentimientos ahora era diferente a cualquier otra que hubiera conocido antes.

No era solo que él la había consolado durante su ataque de pánico, era la sensación de ser realmente vista y comprendida. Confiaba en él de una manera en la que nunca se había permitido confiar en nadie.

Durante mucho tiempo, había ocultado partes de sí misma, pero ahora...

No tenía que esconderse. Él la conocía por completo. Sabía que podía ser mezquina, amorosa, asustadiza, desagradable y todo lo demás. Sin embargo, la amaba y se lo decía varias veces al día.

Y en su abrazo amoroso, ella había descubierto su propia plenitud.

Pero ahora sentía la necesidad de demostrarle que lo amaba. Saber que él podía sentirlo tan claramente como ella. Necesitaba demostrárselo físicamente.

Sus dedos trazaron sus labios hasta que de repente su mano agarró la suya, atrayéndola más profundamente hacia su abrazo. Besándole suavemente el cuello, le dijo: “¿Por qué siempre te despiertas antes que yo? ¿Tengo que ponerme una alarma para ganarte?”

Ella sacudió la cabeza y dijo tímidamente: “No lo sé. Nunca me había despertado temprano antes. Tal vez estar aquí contigo me dé más razones para permanecer despierta”.

Sus labios cubrieron los de ella. Este beso era una pregunta. Ella la recibió. Su lengua presionó contra él, sintiendo su camino hacia la comodidad de estar conectada con él.

Él se apartó y ella lo besó de nuevo. Devoró sus labios. Su beso fue un beso de posesión. Una declaración de que se pertenecían el uno al otro. De que estarían juntos.

Ella tocó su pecho, sus uñas dejando marcas allí, queriendo verlas y saber que las había hecho ella.

Su mano se movió hacia su polla. Él llenó sus manos. Le había traído tanto placer los últimos días que quería devolverlo.

La dura longitud con sus venas y dureza la había tentado más allá de lo creíble. Y ahora finalmente ella diría lo que tenía que decir. Se apartó y viajó por su cuerpo.

Y antes de que él pudiera detenerla, ella llenó su boca con él. Él sabía como si le perteneciera, terroso e irresistible. Nunca había querido hacer esto con nadie más, pero necesitaba hacerlo con él.

Era un paso lógico que su corazón necesitaba. Una manera de reclamarlo como suyo y volverlo loco de la misma manera que él la volvía loca a ella. Se trataba de control y amor. Siempre amor.

Ella lo miró y lo escuchó gemir mientras decía: "Mi amor. No sé cuánto tiempo puedo durar". Ella chupó más fuerte, su mano se movió para ahuecar sus bolas y apretarlas suavemente. Ella sonrió cuando lo sintió corcovear bajo sus manos.

Él agarró su cabello y dijo: "Joder Mari, te amo muchísimo". Los dedos en su cabello se apretaron y descubrió que eso le gustaba. Le gustaba poder hacerle perder el control.

No. Le encantaba.

Mientras sus labios lo recorrían a lo largo, Mari sintió una oleada de necesidad mezclada con amor. No se trataba solo de placer, se trataba de conexión, de mostrarle de una manera que las palabras no podían, cuánto lo apreciaba.

Con cada movimiento, ella lo reclamaba, tal como él había reclamado su corazón sin esfuerzo.

Se sintió poderosa cuando movió su mano hacia la base de él, chupando más fuerte y más fuerte. Concentrándose en la cabeza, probó el pre-semen allí, empujándolo al borde.

Él estaba embistiendo contra sus labios hasta que un gemido lo rompió y explotó. Ella lo sintió en su boca y tragó cada gota antes de soltarlo de su boca.

Apoyando su cabeza contra su muslo, sintió que él la levantaba y la sostenía contra él.

La besó profundamente y dijo: "Vas a estar en muchos problemas".

Sus labios se movieron hacia su cuello, enviando escalofríos por su columna vertebral mientras su mano bajaba por su cuerpo. Ella lo detuvo, susurrando: "No. Quiero amarte. No quiero nada, solo abrazarte. Déjame amarte, por favor”.

Él no dijo nada, simplemente la abrazó con calidez. Ella se aferró a él con fuerza, con los brazos alrededor de sus hombros, su cuerpo presionado contra el de él.

La abrazó fuerte, con las manos apoyadas en su espalda, proporcionándole un ancla reconfortante. Ella apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo constante de los latidos de su corazón.

Mientras yacían juntos, la calidez de su cuerpo debajo del de ella y el suave subir y bajar de su

pecho la arrullaron hasta un estado de paz. Su mano le acarició el cabello, cada toque tierno y tranquilizador.

El mundo exterior se desvaneció, dejando solo la intimidad que compartían y el amor que fluía entre ellos.

Ella cerró los ojos, sintiendo que su tensión se derretía, reemplazada por una profunda sensación de paz.

Acurrucándose más cerca, inhaló su aroma familiar y se dejó llevar de nuevo, sintiéndose más amada y apreciada que nunca. En la serena quietud de la madrugada, se durmieron abrazados, sus sueños entrelazados con la promesa de su amor.

DIECINUEVE

El Amor

"YO SOY DE MI AMADO, Y MI AMADO ES MÍO." - CANTAR DE LOS CANTARES 6:3

DOS MESES después

MARI

Mari se paró frente al espejo, ajustando el delicado encaje de su vestido color durazno por centésima vez. Los últimos dos meses habían sido un torbellino de emociones y decisiones. Miró a Max, quien rápidamente se había convertido en un miembro querido de su pequeña familia, trayendo alegría y una sensación de plenitud a su vida y la de Marcos.

La noche era especial, llenándola de anticipación y un toque de nerviosismo. La familia López la había invitado a una fiesta, y era la primera a la que asistiría como su novia real.

Cuando le había preguntado a Marcos para qué era, él se encogió de hombros y dijo: "Ni lo sé. Pero todos van a estar allí. Tal vez Lechuga finalmente nos diga que pertenece a la mafia".

La había besado entonces, y ella había estado tan distraída que había dejado de hacer preguntas.

Esta noche era su oportunidad de mostrarles a todos lo felices que eran ella y Marcos. Para obtener esa aceptación absoluta que haría que su felicidad fuera completa. Se sentía como si la última pieza del rompecabezas estuviera encajando en su lugar.

Aunque había asistido a reuniones familiares más pequeñas con él, todavía sentía que la desaprobaban. No es que se lo hubiera mencionado a Marcos.

Su teléfono vibró en el tocador y lo cogió para ver un mensaje de Marcos: “No puedo esperar a verte esta noche. Ya te ves hermosa, lo sé. Te amo”.

Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras leía el mensaje. Rápidamente escribió: “Yo también te amo. Nos vemos pronto”.

Mientras terminaba de prepararse, Mari respiró profundamente y se recordó a sí misma que esta noche no se trataría de la familia López. Se trataría de celebrar su amor por Marcos y su compromiso mutuo, un amor que había soportado desafíos, malentendidos y dudas. Un amor que

se había hecho más fuerte debido a esos mismos obstáculos.

Todo estaría bien.

EL AIRE de la tarde era fresco mientras conducían por las calles familiares de Pilsen, los vibrantes murales que adornaban los edificios de ladrillo destellaban en un caleidoscopio de colores. Mari observó pasar el bullicioso paisaje urbano, un tapiz de culturas entrelazadas: el aroma del maíz asado de los vendedores ambulantes se mezclaba con el ritmo rítmico de la música latina que se derramaba por las ventanas abiertas.

Sin embargo, cuando entraron en el estacionamiento del centro comunitario, la curiosidad de Mari aumentó. "¿Qué estamos haciendo aquí?", preguntó, su voz teñida con un dejo de sospecha.

Marcos apagó el motor, el repentino silencio amplificó la molestia en el estómago de Mari. "Mi amor", dijo fácilmente, "mi familia alquiló una habitación aquí. ¿Olvidé decírtelo? Sabes que no llevo un registro de las cosas que hacen".

Una ola de incredulidad la invadió. "¿Cómo pudieron alquilar una habitación? Esta noche, todas las habitaciones estaban completamente reservadas. Todas las habitaciones", le informó, enderezándose en su asiento y mirando alrededor del estacionamiento con una creciente sensación de confusión.

Había al menos 30 autos en el estacionamiento.

Él asintió con la cabeza de manera agradable. "No sé cómo lo reservaron, pero lo hicieron".

Tomó su mano y besó su muñeca antes de salir.

Mari estaba molesta y tratando de recomponerse, pero una fiesta en el centro comunitario significaría que necesitarían un equipo de limpieza. Gimió porque Arturo no sabía lo que implicaba organizar un evento, por lo que dudaba que hubiera reservado uno.

Miró su teléfono, tratando de reservar un servicio de limpieza para la mañana.

Marcos abrió su puerta, y ella tomó el brazo que él le ofrecía, un destello de ira se encendió dentro de ella. Todavía enviaba correos electrónicos para ver quién podía conseguir que viniera a limpiar después de este evento en la mañana.

Esto no era solo un inconveniente; era una interrupción del programa cuidadosamente planificado que había trabajado incansablemente para organizar.

Marcos miró su teléfono y suspiró. "¿Estás trabajando?"

"No. Sí. Déjame enviar otro correo electrónico y podemos entrar".

"Lo que necesites, cariño", dijo él.

Cuando presionó enviar, dejó que él tomara su mano y la guiara por el centro comunitario vacío hasta el gimnasio principal.

“No puedo creer que Arturo haya hecho esto”, declaró, elevando la voz con cada sílaba, mientras la frustración burbujeaba en su interior.

Marcos se rió entre dientes, su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras la acercaba. Deteniéndose justo antes de la puerta del gimnasio, la besó en la mejilla y la abrazó. “Deberías hablar con Arturo sobre esto cuando lo veas. Dile lo que piensas”, bromeó, con los ojos brillantes de diversión.

Mari suspiró, la ira se calmó momentáneamente mientras se derretía en su abrazo. No era su culpa; se recordó a sí misma, respirando profundamente. Él era tan víctima de las excentricidades de su familia como ella.

“Lo haré”, murmuró ella contra su pecho, con la voz amortiguada por la camisa de vestir.

Se suponía que esta sería su noche, una oportunidad para celebrar su amor y para que ella demostrara que era lo suficientemente buena para él, no para discutir por conflictos de agenda.

Respiró profundamente otra vez, el aroma de su colonia fue un ancla reconfortante en medio del caos. Ella lo amaba.

Cuando entraron al gimnasio, un jadeo escapó de sus labios. Jadeó cuando el espacio familiar se transformó en un espectáculo impresionante. Las luces de hadas centelleantes adornaban las paredes, arrojando un brillo cálido sobre los vibrantes carteles de papel picado que ondeaban en lo alto.

El tentador aroma del pan dulce llenó el aire, acompañado por el sonido de una animada charla.

La familia López se había volcado en convertir el humilde gimnasio del centro comunitario en un paraíso de color y calidez.

A pesar de su enojo inicial, Mari no pudo evitar sentir una sensación de asombro mientras asimilaba todo.

Marcos tomó suavemente su mano y la condujo al centro de la habitación. Ella lo miró y dijo: “¿Qué está pasando?” ¿A dónde me llevas?”

El parloteo circundante se apagó, reemplazado por las suaves notas de una banda de mariachis que se había reunido silenciosamente en la esquina. Los ojos de Mari se abrieron de sorpresa cuando los músicos tocaron, sus melodías conmovedoras llenaron la habitación.

La condujo suavemente al centro de la habitación, un foco iluminaba un esparcimiento de pétalos de rosa en forma de corazón. Mientras tanto, la música se suavizó hasta convertirse en una balada romántica y los otros bailarines se apartaron para darles espacio.

Al girarse para mirarla, los ojos de Marcos se encontraron con los de Mari. El amor y la adoración que sentía por ella irradiaban desde su propio ser.

Él tomó sus manos entre las suyas, sus dedos callosos contrastaban con su piel suave. Luego, con una sonrisa gentil, se arrodilló ante ella. Ella vio que alguien le entregaba un micrófono.

“Mari”, comenzó, su voz alta por los altavoces cargada de emoción, “desde el momento en que te vi, supe que nadie más en este mundo jamás se compararía. Eres fuerte, amable y ferozmente

apasionada. Amas con todo tu ser, y me siento increíblemente honrado de que me hayas amado".

Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando vio a su madre y padre en la esquina de la habitación. Había hablado con su madre ese mismo día, creyendo que estaba de regreso en Europa.

La sorpresa de su presencia, combinada con la abrumadora emoción del momento, la dejó sin palabras.

Mientras hablaba, metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo. Al abrirla, reveló un anillo impresionante, su centro de esmeralda y diamante atrapaba la luz y brillaba intensamente.

"Quiero pedirte aquí frente a todos en nuestro mundo. Frente a todos los que son parientes míos. ¿Me amarás para siempre? A cambio, prometo amarte para siempre", dijo con voz firme pero llena de emoción.

La sala circundante estalló en vítores y aplausos, pero Mari no escuchó nada. Todo lo que podía ver era a Marcos; todo lo que podía sentir era el amor abrumador que la envolvía por él.

Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras lo miraba a los ojos, el mundo a su alrededor se desvanecía en el fondo. Se dejó caer al suelo y lo abrazó. "Te amo. Sí. Te amaré por siempre", susurró, su voz apenas audible.

Marcos miró profundamente a los ojos de Mari, le entregó el micrófono a alguien mientras sus brazos la envolvían. Su voz era apenas un susurro mientras apretaba su mano con firmeza. "Eres mi corazón, mi alma y mi todo. No puedo imaginar mi vida sin ti".

Las lágrimas brotaron de los ojos de Mari, derramándose por sus mejillas mientras asentía, sus emociones demasiado abrumadoras para expresarlas con palabras.

La sala estalló nuevamente en vítores y aplausos cuando Marcos deslizó el brillante anillo en el dedo de Mari y la ayudó a levantarse. La banda de mariachis, como si fuera una señal, entonó los acordes familiares de *Eres mi religión* de Maná.

"Baila conmigo", murmuró, su voz era un retumbar de felicidad.

Mari asintió, su corazón rebosaba de amor. Se balancearon juntos, perdidos en su propio mundo privado mientras el resto de la fiesta giraba a su alrededor. La música parecía hablarles directamente al alma, cada nota era un testimonio de la profundidad de su conexión.

Después de unas cuantas canciones, Marcos condujo a Mari hacia una mesa llena de comida deliciosa, sus manos todavía entrelazadas.

Daisy se dirigió hacia la feliz pareja, su expresión se suavizó mientras extendía la mano para tomar la de Mari. "Mari", comenzó, su voz apenas un susurro, "puede que no siempre lo haya entendido, pero ver a mi hermano tan feliz... eso es todo lo que siempre he querido para él. Felicitaciones a los dos".

Mari, con los ojos aún brillantes por las lágrimas, apretó la mano de Daisy. "Gracias, Daisy", susurró en respuesta. "Significa mucho para mí tener tu bendición".

Marcos le sonrió cálidamente a su hermana, y se dieron las gracias en silencio.

El resto de la velada fue un torbellino de celebración, lleno de risas, bailes y brindis sinceros. Más tarde, cuando la fiesta llegó a su fin y los invitados se marcharon, Mari se encontró sola con Judit.

Saltaban de arriba abajo, con las manos entrelazadas. “¡No puedo creer que vayas a ser mi prima oficial!”, gritó Judit. “¡De verdad vamos a ser primas! Podremos decirles a los extraños: ‘Oye, somos primas’, y esos extraños dirán: ‘Espera, ¿ustedes son primas? ¡No se parecen!’. Y luego podremos decirles: ‘¡No, somos primas!’”.

Mari se rió del entusiasmo de Judit. Todo se sentía ligero, brillante y maravilloso. No pudo evitar dejarse llevar por la tontería del momento.

De repente, la expresión de Judit cambió. “Sabes, que Marcos te proponga matrimonio después de dos meses de noviazgo ha asustado literalmente a todos los hombres de esta sala”.

Mari se rió, pero había un dejo de nerviosismo en su voz. “¿En serio?”

No podía admitir que estaba preocupada. Desde el momento en que tuvieron a Max, había asumido tácitamente que ella y Marcos estaban destinados a estar juntos. Su relación era sencilla, llena de alegría, un regalo. Pero sabía cómo operaba la familia López y no podía evitar preguntarse cuáles eran sus opiniones.

Judit asintió solemnemente. “Ah, sí. David me preguntó qué pensaba sobre el matrimonio. Él se limitó a vacilar y titubear. Parecía muy nervioso por nuestra relación. Quiero decir, podría haberle dicho que todavía no estoy lista para casarme”.

Mari se rió entre dientes y le dio un codazo juguetón a Judit. “Los hombres son tontos. ¿Estás segura de que no estás lista?”

Personalmente, Mari creía que todo el mundo debería casarse, pero hoy estaba increíblemente parcializada.

Judit negó con la cabeza y una tímida sonrisa adornó sus labios. “Acabamos de empezar a salir. No tengo el mismo nivel de valentía que Marcos o tú. No puedo arriesgarlo todo por amor todavía. Necesito algún tipo de... certeza práctica”.

Su sonrisa se ensanchó. “Aunque diré que ustedes dos me han hecho creer en confiar en el amor cuando las cosas se ponen difíciles”.

Mari arqueó la ceja con sorpresa. “¿Cómo es eso?”

Judit se encogió de hombros. “En algún momento, David me dijo que dejara que las cosas se resolvieran para ustedes, que confiara en lo que sea que los uniera. Así que lo hice, confié en el amor y, bueno, aquí estamos”.

Los ojos de Mari se llenaron de lágrimas, su corazón se hinchó de gratitud. “Gracias, Judit. Yo... no podría haber imaginado algo tan maravilloso como esto”. Hizo una pausa, su voz cargada de emoción. “Y supongo que estoy de acuerdo contigo. Todos necesitamos cometer errores y resolver las cosas para encontrar...” Se interrumpió, incapaz de terminar la frase.

“¿Amor?” ofreció Judit con suavidad.

Mari asintió, una lágrima escapó y rodó por su mejilla. “Amor”.

Era extraño decir la palabra. Un sentimiento en el que nunca había estado segura de creer y, sin embargo, de alguna manera la rodeaba.

Una sombra pasó por el rostro de Judit. “Algunas personas están ansiosas porque te comprometes tan pronto”, murmuró.

El corazón de Mari dio un vuelco. “¿Oh? ¿Quién está preocupado?”

Judit la tranquilizó rápidamente. “¡No, yo no! Son solo los tíos y las tías. Así son ellos. Son protectores. Pero, honestamente, Marcos se iba a casar contigo en el momento en que comenzaran a salir. Siempre iba a ser un compromiso de dos meses. Así son las cosas. Cualquiera que lo conozca lo sabe”.

Mari abrazó a su amiga con fuerza. “Así son las cosas para mí también. No quiero esperar. Quiero que formemos una familia”.

Judit saltó de nuevo, su emoción rebosaba. “¡No puedo creer que vamos a ser primas!”

ANTHONY

Anthony Coppens, con una copa en la mano, se acercó a Marcos, que estaba solo en un rincón, con una sonrisa en el rostro mientras observaba a Mari y Judit bailando en la pista, con su risa haciendo eco a través de las serpentinas y globos de colores.

La vista de Mari, su prometida, con su rostro iluminado de alegría mientras saltaba y reía, lo hizo sentir de tres metros de altura. Sabía que la misión de su vida era mantener esa sonrisa en su rostro.

Mientras estaba allí, Anthony brindó por él, con su característica sonrisa perezosa.

Marcos frunció el ceño. “Es mejor que sea sin alcohol. ¿No tienes diecinueve años todavía?”

Anthony se encogió de hombros sin comprometerse y dijo: “Normalmente discutiría contigo sobre las leyes de consumo de alcohol en este país, pero hoy me hiciste ganar dinero, así que no lo haré”.

Marcos se rió entre dientes, sabiendo exactamente lo que vendría después. “¿Cuánto?”

“Acabas de ganarme quinientos dólares”, anunció Anthony, golpeando ligeramente a Marcos con el codo.

Marcos apartó la vista de Mari y una leve mueca reemplazó su sonrisa. “Estoy muy preocupado por las apuestas de mi familia. ¿Apostaron a que yo le pediría matrimonio a Mari?” suspiró, pasándose una mano por el pelo.

Anthony sonrió y tomó un sorbo de su cerveza. “La pregunta era sobre cuándo le propondrías matrimonio. Yo adiviné más cerca. Pero debo admitir que dos meses es demasiado”. Levantó su copa en un brindis simulado. “Por ser quinientos dólares más rico”.

Marcos sonrió y preguntó: “¿Cuánto tiempo adivinaste?”

Anthony se encogió de hombros. “Seis meses me pareció razonable”.

Marcos puso los ojos en blanco. “Sabes que todo es diversión y juegos hasta que eres tú el que está en medio de una apuesta”.

Anthony se rió entre dientes y sacudió la cabeza. “Nunca voy a ser yo el que esté en medio de una apuesta, amigo mío. No me confundo fácilmente. Cuando conozca a alguien a quien ame, me casaré con esa persona y eso será todo”.

Marcos arqueó una ceja, con escepticismo coloreando su voz. “¿Cómo que ‘así será’? ¿No tienen nada que decir?”

Anthony esbozó una sonrisa arrogante. “¿Estás bromeando? ¿Quién podría resistirse a mí?”

Marcos se rió y sacudió la cabeza. “Bueno, no puedo esperar a verlo. Porque si hay algo que debes saber, es que no importa a quién elijas, mi familia tendrá opiniones”.

En ese momento, Daisy, con una mirada traviesa en los ojos, se acercó a ellos. “Entonces, ¿finalmente la tienes?” bromeó, mirando a Marcos y luego en dirección a Mari.

“Los héroes ganan”, respondió Marcos, con un dejo de orgullo en su voz.

Daisy le dio un puñetazo en el brazo. “Tú y tus héroes. ¿Así que te ves a ti mismo como el héroe de esta historia?”

Marcos se rió entre dientes. “Por supuesto. ¿Quién más podría ser el héroe?”

“¿Quién era el villano?” intervino Anthony, con los ojos brillantes de diversión.

Marcos hizo un gesto hacia la habitación, señalando primero a su hermana, su sonrisa se suavizó mientras contaba con los dedos. “Daisy, por supuesto, Javy, toda mi familia, Abby… no, espera, Abby me ayudó, aunque supongo… sí, es una villana”.

Daisy fingió ofenderse. “¡Eso no es algo agradable de decir! Tu familia te ama. No somos villanos”.

“Bueno, es la verdad”, replicó Marcos, con su voz adquiriendo un tono burlón. “Todos ustedes eran villanos que intentaban impedirme encontrar a mi verdadero amor. Pero yo gané”, declaró, levantando la barbilla triunfante, “y ahora seré feliz para siempre”.

Levantó su copa hacia Anthony, quien respondió con una sonrisa y un tintineo. “Brindaré por eso”.

Daisy puso los ojos en blanco, pero una sonrisa tiró de sus labios. “Eso espero, hermano. Eso espero”.

Marcos sonrió. “Ahora, si me disculpas, creo que debería ir a bailar con mi prometida antes de que todos limpien”.

Enfatizó la palabra con un guiño travieso a Daisy.

Daisy puso los ojos en blanco nuevamente, con un dejo de diversión en su voz. “Va a decir eso

cada vez que tenga la oportunidad", le comentó a Anthony, quien simplemente se rió entre dientes en respuesta.

Con un suave tirón, Marcos apartó a Mari de Judit, con los ojos brillantes de picardía.

"Deberías conseguirte uno, hermanita", gritó por encima del hombro antes de hacer girar a Mari hacia la pista de baile.

De la mano, pisaron la pista de baile una última vez, sus cuerpos balanceándose al unísono al ritmo de sus corazones. El mundo fuera del centro comunitario se desvaneció, dejando solo a ellos dos, su amor y las posibilidades ilimitadas que les esperaban.

Daisy los observó, con una sonrisa melancólica en los labios cuando vio a Michael desde el otro lado de la sala.

Se balanceaban al ritmo de la música, sus movimientos sincronizados y sin esfuerzo. Mari apoyó la cabeza en su hombro, sintiendo el latido constante de su corazón contra su mejilla.

"Esto es solo el comienzo", le susurró Marcos al oído, su voz llena de promesas.

Mari sonrió, con el corazón a punto de estallar. "Lo sé", respondió. "Y no puedo esperar a que lleguen todos los momentos".

VEINTE

La Razón

HOGAR ES LA PALABRA MÁS BONITA QUE EXISTE." - LAURA INGALLS WILDER

UN AÑO DESPUÉS

El sol de la tarde se filtraba por las ventanas y arrojaba un cálido resplandor sobre la acogedora sala de estar. Mari estaba sentada en el lujoso sofá, con las manos apoyadas suavemente sobre su creciente vientre. Con siete meses de embarazo, la bebé, Rosa, se había convertido en una fuente de alegría y emoción sin fin tanto para ella como para Marcos. Su viaje juntos estuvo lleno de amor, crecimiento e innumerables momentos hermosos. Ahora, esperaban con entusiasmo la llegada de su primer hijo.

Mari miró alrededor de la habitación, admirando las vistas familiares de su hogar. El apartamento de Marcos era pequeño, pero rebosaba de recuerdos. Las fotos del día de su boda adornaban las paredes, capturando la alegría y la felicidad de ese día especial. Los estantes llenos de libros, baratijas y recuerdos de sus viajes se sumaban a la sensación de calidez y comodidad. El suave zumbido del refrigerador y el leve aroma a lavanda del difusor realzaban la atmósfera serena de la casa.

Max estaba acurrucado a sus pies, sus suaves ronquidos eran un ruido de fondo reconfortante. Se había convertido rápidamente en un miembro querido de su pequeña familia, trayendo alegría y una sensación de plenitud a sus vidas.

Mientras esperaba que Marcos volviera a casa, Mari reflexionó sobre cuánto habían cambiado sus vidas en los últimos años. Desde su compromiso relámpago hasta la preparación para la llegada de Rosa, su corazón se llenó de amor y gratitud.

El centro comunitario, donde había volcado tanto de su corazón y alma, estaba prosperando. Recientemente, había capacitado a alguien para que se hiciera cargo de sus responsabilidades, asegurando que el centro siguiera prosperando mientras ella se concentraba en su creciente familia. Las risas de los niños que jugaban fuera del centro resonaban en su mente, un recordatorio del impacto que había tenido.

Le asombraba lo mucho que podía cambiar en un año. En aquel entonces, todo le parecía

incierto, su mente estaba nublada por dudas sobre sí misma, sobre el amor, sobre si merecía ese tipo de felicidad. Pero ahora, sentada en el cálido resplandor de su hogar, esperando al hombre que amaba, todo se sentía bien. El futuro ya no la asustaba. En cambio, la llenaba de esperanza.

El sonido de la puerta principal al abrirse sacó a Mari de su ensoñación. Max levantó la cabeza, las orejas erguidas, y corrió hacia la puerta, moviendo la cola con entusiasmo. Mari se giró para ver a Marcos entrar, su rostro se iluminó al verla. Se veía tan guapo como siempre, sus ojos llenos del amor y la ternura que nunca dejaban de hacer que su corazón se acelerara.

Marcos abrazó a Mari con calidez, susurrando contra su cabello: "Hola, mi amor". Luego se arrodilló, colocando suavemente una mano sobre su creciente vientre. "Hola, Rosa, ¿cómo estás hoy?" Max empujó su nariz fría y húmeda contra la mejilla de Marcos, buscando atención y afecto.

Enderezándose, Marcos miró a Mari, sus ojos brillaban de amor. “¿Y cómo te sientes?” Una cálida sonrisa se extendió por su rostro.

Mari se rió entre dientes, una mano revoloteando hacia su vientre. “Rosa está dando una fiesta de gimnasia allí, y me ha invitado. Tuve que dejar de preparar a prueba de bebés para darle la oportunidad de terminar su rutina”.

Marcos se sentó a su lado en el sofá, un rastro de preocupación arrugó su frente. “Estás haciendo demasiado, Mari. Pensé que me estabas esperando. Yo también quiero preparar a prueba de bebés”.

Luego lo besó, tomándose su tiempo, murmurando contra su boca: “Puedo hacerlo. Haces tanto por nosotros”.

Él negó con la cabeza. “Y tú seguirás trabajando. Es demasiado”.

“Necesito entrenar a mi reemplazo”, insistió Mari, con un brillo decidido en sus ojos. “O Arturo dice que me acompañará de regreso al trabajo cuando llegue Rosa”.

Marcos soltó una carcajada. “Creo que toda mi familia hará fila para hacerlo. Mi mamá ya está dando pistas sobre lo importante que es para las mujeres modernas tener una carrera”. Puso los ojos en blanco juguetonamente. “Pero ambos sabemos que ella solo quiere robarnos a nuestro bebé”.

“Bueno, me gustaría tenerla un poco antes de que alguien intente robárnosla”, replicó Mari, con una sonrisa cada vez más amplia.

Marcos la acercó a él, con un brillo travieso en sus ojos. “Hablando de Rosa”, comenzó, su voz bajando a un susurro conspirativo, “tengo algunas noticias”.

Mari arqueó una ceja, intrigada. “¿Ah, sí?”

Marcos hizo un gesto alrededor de la habitación. “Puede que hayas notado que estamos un poco apretados en este apartamento”.

Mari se encogió de hombros y se inclinó hacia su abrazo. “Me gusta pensar que es acogedor”.

“Sí, pero nuestro acogedor apartamento me está volviendo loco”, admitió Marcos. “Sé que

dijimos que esperaríamos para comprar una casa hasta que yo estuviera más estable financieramente, pero... con Max y Rosa y nosotros, necesitamos espacio".

Mari lo miró. "Siempre podríamos usar el dinero..."

"No", dijo Marcos con firmeza, colocando una mano sobre su pecho.

Esta era una discusión familiar: Mari quería usar el dinero que había ganado con su trabajo en Eco Tech y Marcos insistía en que lo ahorraran. Ella lo había dejado pasar porque estaba demasiado feliz como para discutir sobre cualquier cosa en esos días.

Él le tomó la mano y dijo: "Hemos hablado de esto, mi amor. Ese dinero es para los fondos universitarios de Rosa y los otros niños".

Una sonrisa bailó en los labios de Mari. "¿Cuántos vamos a tener de nuevo?"

Esta era su conversación favorita, y aunque sabía que era una tontería hablar de eso cuando ni siquiera había pasado por el parto, no podía evitarlo.

Marcos se encogió de hombros, sus ojos brillaban de amor. "Eso depende de ti, mi amor".

"Oh, pues... quiero al menos seis", declaró, su voz llena de alegre certeza. Realmente quería una gran familia: el caos bullicioso, las tradiciones compartidas, las vacaciones llenas de risas. Todo el hermoso desorden que conlleva.

"Lo que me lleva a mi punto", dijo Marcos, su sonrisa se ensanchó. "Necesitamos una casa".

Hizo una pausa, evaluando su reacción. "Entonces, miré los números nuevamente. Mi negocio va bien y podría contratar a más personas. Creo que nos merecemos una casa. Estaba conduciendo por ahí, ¿y adivina qué casa está en venta?"

Mari frunció el ceño. "¿Qué casa?"

"Tu antigua casa", reveló Marcos, su voz mezclada con emoción y un dejo de inquietud.

Mari jadeó, sus ojos se iluminaron. "¿Mi antigua casa?" exclamó. "¡Eso sería increíble!"

"¿En serio?" preguntó Marcos con un dejo de incertidumbre en su voz.

"¡Sí!" Mari sonrió radiante, su emoción rebosaba. "¿Qué tenemos que hacer?"

La sonrisa de Marcos volvió con toda su fuerza. "Bueno", comenzó, su voz cálida y afectuosa. "Esperaba que no te molestara, pero en realidad ya la conseguí para nosotros".

"¿Qué?" Mari se quedó con la mandíbula abierta, su voz apenas era un susurro.

"Sí, entonces todo está en marcha. Solo tenemos que preparar el cierre y terminar el papeleo".

Mari negó con la cabeza, con una mezcla de diversión y exasperación en su rostro. "Marcos, siempre estás planeando cosas para nosotros antes de pedirme mi opinión. Un día te vas a meter en problemas".

Marcos se rió entre dientes, acercándola más y acariciando su cuello con la nariz. "Bueno, no me importa meterme en problemas siempre y cuando pueda ver esa sonrisa en tu rostro. Así que en

mi mente, es un riesgo 50/50, y estoy dispuesto a correrlo para hacerte feliz".

Los ojos de Mari se llenaron de lágrimas mientras abrazaba a Marcos y lo agarraba con fuerza.

Max ladró felizmente, corriendo en círculos alrededor de ellos, sintiendo la emoción y la alegría. "Oh, Marcos, ¡es increíble! No puedo creer que hayas hecho eso".

Se quedaron así sentados durante un largo rato, abrazados, saboreando la alegría y la anticipación de su nuevo capítulo.

La mente de Mari se llenó de visiones de su futuro: criando a sus hijos en la casa que una vez había llamado hogar, llenándola de risas, amor e innumerables recuerdos preciados.

Se imaginó sus propias reuniones familiares, cumpleaños, días festivos, cada uno agregando otra capa a sus vidas.

Marcos se apartó un poco, sus ojos buscando los de ella. "Espero que sea todo lo que quieres que sea, Mari. Quiero que nuestra Rosa crezca en un lugar lleno de amor e historia, donde cada rincón tenga una historia".

Ella le tocó la mejilla, con el corazón rebosante de amor. "Es perfecto, Marcos. Igual que tú".

En ese momento, rodeada por la promesa de un futuro brillante, Mari sintió una profunda sensación de paz.

Juntos, podrían enfrentar cualquier cosa.

LA CARIDAD ***en el Amor*** estará disponible el **16 de marzo de 2025**. ¡Haz tu *preorder* ahora y no te pierdas esta emocionante historia!

Otras Obras de Everalda Ocampo

[Sígueme por siempre: Una comedia romántica y picante | Una historia de Pilsen]



Daisy López maneja las cuentas de redes sociales de un hospital de tamaño medio; se encarga de las publicaciones y hace que su hospital se vea bien. En su vida real, no puede entender cómo hacer que la vida que publica coincida con la que vive, y se pregunta si es aburrida. Luego aparece Michael Coppens. Su vida es tan curada como su feed en redes sociales, todo sonrisas, viajes y selfies con abdominales marcados. Pero, bajo los filtros, él está preocupado por su hermano, intentando dar sentido a una ruptura, y siempre ha sido profundamente inseguro.

Una queja en línea de Michael sobre el hospital de Daisy, y PUM, chocan en la vida real. Saltan chispas, se desdibujan las líneas y, de repente, la vida real de Daisy se siente... ¿eléctrica? ¿emocionante? ¿intensa?

¿Pueden dos personas acostumbradas a filtrar sus realidades navegar por las aguas desconocidas de la autenticidad y el amor?

En este libro encontrarás: hermanos menores que te sacarán canas verdes, botellas de agua que son más que simples bebidas, rutinas matutinas que nunca salen según lo planeado, malentendidos que te harán reír a carcajadas y un final feliz que te llenará de esperanza.

Acerca del Autor

Evie Ocampo es una escritora de romance con mucha experiencia. Inspirada desde una edad temprana por la diversa trayectoria profesional de Christopher Pike (¡después de leer su sección "sobre el autor"!), pasó tiempo en los mundos del comercio minorista, seguros, banca, cocina, enseñanza y, finalmente, investigación (por nombrar solo algunos).

Estas aventuras inspiran sus historias. Sus pasatiempos incluyen meditar, ver mala televisión de realidad, karaoke, intentar completar el desafío de 30 días de yoga con Adrienne cada año y la astrología. Lee de todo, desde romance oscuro hasta alienígenas azules, pasando por memorias y Shakespeare.

Este es su segundo libro, con muchas más novelas completas, novelas corta! ¡Síguela en las redes sociales y suscríbete a su boletín! <3